

LLAMANDO A LA ALIANZA POR LA RESTAURACIÓN DEL BOSQUE ORIGINARIO

La presente edición de Los montes arbolados, el régimen de lluvias y la fertilidad de los suelos, texto extraído del capítulo final de la obra Naturaleza, ruralidad y civilización de Félix Rodrigo Mora (Brulot, 2008) ha sido publicada bajo permiso expreso del autor con el objetivo inmediato de difundir la necesidad y el significado de la restauración del bosque originario u autóctono en la Península Ibérica. Se concibe además como un texto de apoyo ideal para facilitar a participantes de acciones reforestadoras, foros, congresos y todo tipo de iniciativas relacionadas con este ámbito por la documentada perspectiva global que aporta, abundante en información técnica, ecológica e histórica.

El propósito que nos mueve es el de llamar a la alianza entre colectivos, personas y familias para la restauración de nuestros montes y ríos, creando círculos de reforestadores para compartir conocimientos y recursos, deliberando colectivamente estrategias desde una perspectiva biorregional y global coherente, desplegando redes de semillas y viveros autónomos, fortaleciendo nuestros lazos fraternos y empoderándonos, en definitiva, de nuestro espacio natural de relación con el entorno y el tiempo que vivimos. Un llamado a afrontar aquello que las instituciones no tienen intención ni capacidad de asumir, a rescatar nuestra condición de hijos y cuidadores de la tierra que nos sustenta tal y como lo fueron nuestros ancestros de los pueblos aboríginarios por miles de generaciones. Rescatar, al fin y al cabo, nuestra libertad y autenticidad como seres humanos.

Pero como bien reza el conocido aforismo no se puede resolver un problema con la misma mentalidad con la que se creó, por lo que para que sea posible la restauración de la naturaleza también debemos restaurar nuestra percepción y nuestra consciencia del colosal engaño en que vive sumergida la sociedad moderna: La irreal ilusión del mundo de una ideología del progreso economicista, mecanicista y vacía de significado que sólo puede ser superada desde el cultivo de nuestra sensibilidad y la relación directa con nuestro entorno natural. Y es esta la verdadera razón por la que hemos elegido este texto, en el que reconocemos una sensibilidad de orden superior que trasciende los estrechos límites cognitivos y

sensitivos de las obras académicas comunes, y desde el que el autor nos invita a desarrollar todo aquello que nos hace auténticamente humanos por medio del trabajo colectivo y restaurador en el seno de nuestra madre naturaleza.

*Cauac Editorial Nativa,
marzo de 2012*

www.cauac.org

INDICE

- 5 Presentación
- 13 Los montes arbolados, el régimen de
lluvias y la fertilidad de las tierras
- 15 La destrucción del bosque natural autóctono
- 26 La perturbación del régimen de lluvias
- 45 La fertilidad de las tierras
- 51 Por una reforestación general de significación histórica
- 70 El gran y fundamental mal de la ciudad

PRESENTACIÓN

La decisión de Cauac Editorial Nativa de editar la sección final de mi libro *Naturaleza, ruralidad y civilización*, de título *Los montes arbolados*, el régimen de lluvias y la fertilidad de los suelos con el propósito de promover las actividades populares de forestación, me ha causado un enorme júbilo, sobre todo porque se propone contribuir a ampliar y mejorar nuestra canija, enfermiza y devastada masa forestal autóctona en un momento crítico para ella.

Los últimos 30 años, justamente los que hemos vivido bajo el régimen de dictadura constitucional, partidocrática y parlamentaria con gobiernos predominantemente de izquierda, han sido letales para el bosque autóctono. Éste está hoy peor que nunca anteriormente al haber sido reducido a su mínima expresión, padecer constantes y múltiples agresiones, sufrir temibles manifestaciones de sequía estival, ampliada año tras año, padecer una contaminación creciente y ser triturado por numerosas plagas y enfermedades, alguna, como es el caso de “La Seca” de los *Quercus*, tan misteriosa en su etiología como aniquiladora en sus efectos.

Pensar hoy y aquí en el bosque y en el árbol es llorar.

Para sentirse impulsado a un estado de ánimo que bordea la desesperación basta con observar una nocividad entre varias, la que se manifiesta en cada vez más numerosos chaparrales y encinares a finales del verano, cuando sus hojas tienden a virar hacia el pardo. Es éste un fenómeno nunca visto que es consecuencia de la aridez estival, cada temporada más duradera y severa, y de la bajada de la capa freática por el productivismo frenético que domina el agro desde la aniquilación por el franquismo de la agricultura popular tradicional, en los años 60-80 del siglo pasado.

En efecto, la angustia fisiológica por falta de agua, que padece el arbolado año tras año, y cada vez más aguda, terminará dañando irreversiblemente los bosques de la península Ibérica. En las 4/5 partes del territorio vamos hacia el cuasi desierto primero y el desierto pleno después y eso se realizará en lo que queda de este siglo, si no se toman providencias decisivas y colosales que sólo el pueblo puede realizar.

Las instituciones, el Estado en sus tres niveles, central, autonómico y local, es la causa principal del mal como primer responsable y culpable de la destrucción de los bosques desde al menos hace cuatro siglos. Por tanto dirigirse a aquél con mentalidad implorante, leguleya y pedigüeña resulta al mismo tiempo inútil y negativo. Es el pueblo, y no las instituciones (que algunos denominan, en su desvarío, “la administración”, olvidando que la función de aquéllas no es administrar sino tiranizar a las clases populares), el único que puede remediar el descomunal desastre medioambiental y el arboricidio que han ocasionado siglos de dominio creciente de la razón de Estado.

Escribo estas líneas en los últimos días de 2011, tras un otoño terrible por particularmente tórrido y seco en Iberia que ha llevado a una situación todavía más calamitosa a los restos y girones de bosque que quedan. Pues bien, 2011 fue declarado Año Internacional de los Bosques por las Naciones Unidas, lo que no ha servido para casi nada bueno y sí para incrementar aún más nuestras aflicciones. La intervención de Naciones Unidas, esa forma embrionaria de gobierno mundial a las órdenes del imperialismo de EEUU, tiene como primera consecuencia sembrar ilusiones en la acción institucional y, por tanto, desmovilizar a las gentes, que son conminadas a delegar en el Estado y las entidades para-estatales las tareas de preservación, cuidado y forestación. Dado que uno y otras no hacen prácticamente nada útil, y que ni desean ni pueden hacerlo, lo que dimana de todo ello es la catástrofe en desarrollo que vivimos.

En consecuencia, todas mis simpatías van hacia quienes se organizan para forestar, sin ponerse galloferos y mendicantes, esperándolo todo de ellos mismos y nada de la acción institucional, o empresarial. Cuando toman la azada, la bolsa de bellotas o las plántulas, junto con el bocadillo y la bota de vino, bien abastecidos de buen humor y afecto mutuo, y se lanzan con espíritu esforzado a esos campos hórridos, sedientos, sin un árbol, cuya contemplación produce daño a los ojos y dolor en el alma, están haciendo algo grandioso.

Su épico actuar es la esperanza de una recuperación no sólo del bosque sino de los seres humanos en tanto que sujetos de calidad superior, idóneos para todas las transformaciones y todas las revoluciones, aptos

para realizar los imperecederos ideales de verdad, libertad de conciencia, conocimiento, bien moral, hermandad, comunión con la naturaleza, belleza, espiritualidad, rehumanización, colectivismo y autogobierno por asambleas que esta difícilísima y más que dramática hora de la historia demanda. Cuando está en juego el ser o no ser de lo humano tanto como el ser o no ser de la naturaleza, la valía de la persona, ente individual y social al mismo tiempo, es factor determinante para alcanzar remedios, si los hubiere.

He hecho reforestación como voluntario en las provincias de Segovia, Madrid, Guadalajara y Toledo sobre todo. He puesto encinas, quejigos, sauces, tejos y otras varias especies, además de rosales silvestres, endrinos y diversos arbustos más. Me queda la frustración de no haber realizado nada en favor del tilo, ese árbol grandioso y magnífico, que en tiempos fue el dominante en vastos espacios peninsulares, sobre todo en la impresionante Serranía de Cuenca. Espero hacerlo en el futuro.

Mi ideario personal expuesto de un modo breve y sintetizado acudiendo a lo mejor de nuestra historia, a la exigencia del cambio social y a lo más decisivo de las necesidades vitales del ser humano en tanto que humano, se puede concretar en la trilogía árboles, niñas-niños y concejo abierto.

Árboles es reconciliación con la naturaleza; niñas y niños es la manifestación del impulso genésico que otorga futuro a la humanidad y amor a nuestras vidas, pues nada es más puro, por desinteresado, que el amor maternal y paternal, y concejo abierto expresa la idea de una liberación integral en la que se fusione tradición y revolución.

Forestar es duro. Lo he hecho tras levantarme de noche, salir de casa con temperaturas bajo cero, viajar muchos kilómetros, trasladar cuesta arriba herramientas y plántulas, sin olvidar la mochila, tan cargado que el sudor me empapaba la camiseta a pesar de la metálica gelidez del aire, cavar el hoyo en una tierra endurecida por la helada, pedregosa y escasa, para luego meter el arbolito, con la esperanza de que algún día fuera árbol, los pájaros se posaran en sus ramas y el viento le meciera pausadamente en

los hermosos días de mayo cálido y florido de los años por venir, cuando probablemente yo ya no sea más que polvo y nada, en el torbellino impensable y casi indecible del tiempo y la eternidad.

Es duro forestar, sí, pero precisamente porque es duro nos construye como seres humanos, puesto que nos libera de varios de los grandes males que hoy nos acechan, la pereza, el hedonismo, la comodonería, el egoísmo y la abulia, de la degeneración física por ausencia de esfuerzo y la degradación psíquica por demasía de comodidades y deleites. Al rehacer el bosque nos rehacemos como personas y como comunidad. Al recuperarlo recuperamos la esencia concreta humana, ahora en rápida disolución y liquidación.

Nada somos ante el tiempo que nos zarandea, domina y finalmente destruye. Pero, con todo, los árboles son la expresión más señera de lo viviente, por su vigor, belleza, fuerza, grandiosidad, serenidad y elevación. Tan quietos, tan fuertes, tan firmes, tan asombrosamente hermosos. Son la afirmación de la vida y el impulso de ser frente a las fuerzas implacables de la aniquilación y la nada. Por eso el árbol es sobre todo esperanza. Y también alegría. Muchas veces mirando algún gran roble, o quejigo, o tilo, o acacia, o abedul, o almez, o sabina, o álamo blanco, o fresno, o madroño, u olmo (los pocos que han sobrevivido), o sauce, o aliso, o castaño, o encina, o algarrobo, o arce, o tejo, o saúco, o taray, o morera, o chopo, o negrillo, o avellano, o haya, o alcornoque, o nogal me he fijado en la más elevada de sus ramas y la más cimera de sus hojas y he deseado ser precisamente esa verde lámina anónima que se balancea deliciosamente, y permanecer allí eternamente, gozando desde esa susurrante atalaya vegetal de la compañía de la totalidad del mundo y de los seres.

Hacerme hoja, hacerme árbol, hacerme tierra, hacerme universo; ser con lo que es y no contra lo que es, como ahora nos impone el vigente régimen de dictadura, ser algo más que individuo-nada o neo-siervo perfecto y de ese modo remediar la tragedia mayor del ser humano, su aterradora insignificancia, soledad, pequeñez y finitud, insoslayables determinaciones a las que sólo una vida vivida con grandeza, destinada a

la verdad, la libertad, la naturaleza y el amor, puede proporcionar algún remedio, aunque al final la muerte nos espera a todas y todos para destruirnos de manera absoluta.

Concibo forestar como un acto de amor, sobre todo de ese modo, como un acto de amor. No me mueve tanto el cálculo utilitarista (aunque en este caso sea un utilitarismo legítimo) sobre los innúmeros males tangibles que la destrucción de la cubierta vegetal está originando como la idea, bien simple, de que amo los árboles y por eso deseo que estén, sean y se eleven al azul por doquier.

Amar, en su componente espiritual, es servir esforzadamente, salir de la cárcel del ego, y por eso me entrego al servicio de los árboles sin más complicaciones, y no tengo otra mira que su bien. Soy su amante más cumplidor, atento y desinteresado, y muero de amor por ellos. Esto, en su parte carnal, me impulsa a suspirar por una mística cópula y monta continuadas, que desean ser riquísimas en ardor, estremecimientos, furia fecundante y emisión de esperma. De ella espero salga una prole incontable de florestas, sotos y bosques, de aguas y arroyos, de hierbas y flores, de suelos de nuevo abundosos en materia orgánica y tierras ubérrimas en criaturas de toda condición.

Con lo expuesto retorno sin darme casi cuenta al recuerdo emocionado y doloroso de mi infancia en el aldeano mundo castellano. Los pueblos estaban bajo la cubierta vegetal de miles de árboles, sobre todo olmos y chopos, mientras en los huertos perfumaban el aire y alegraban la vista los ciruelos, manzanos, cerezos, nogales y perales. En los días de verano se vivía bajo la deliciosa penumbra creada por la fronda arbórea, y en las noches de tormenta el ruido del formidable follaje movido por la tempestad podía llegar a ser tan ruidoso como el mar embravecido. En el monte del pueblo de mi madre, un magnífico territorio forestal formado por quejigos y encinas, había ejemplares de tan gran porte, tan copudos, tan poderosos, tan abundantes en todas las especies de aves, que excitaban mi admiración de niño cándido y observador. En el pueblo de mi padre, más pobre en arbolado, se usaba el monte bajo para alimentar el fuego del magnífico horno comunal, que encendían dos veces por semana, en el que se hacían arder arbustos sabiamente escogidos, los cuales en varios

kilómetros a la redonda difundían un olor tan fragante, tan perfumado, tan delicioso, que dejaba extasiadas a las personas, un aroma tan intenso y embriagador que nunca más he vuelto a percibir algo similar. Era una existencia buena -pero no perfecta- fusionada con la naturaleza y hermanada con la comunidad de los iguales, bajo aquellos formidables árboles de más de 25 metros de altura. Luego vino la catástrofe.

Los fascistas dijeron que “España” tenía que ser grande industrializándose, los izquierdistas que el desarrollo de las fuerzas productivas emanciparía inexorablemente al proletariado, los modernos y vanguardistas que los paletos eran repulsivos, los profesores que la cultura y el saber debían prevalecer sobre el atraso y el analfabetismo aldeanos, las feministas que había que aniquilar el mundo rural popular tradicional, ese horripilante reducto del patriarcado más carpetovetónico, los progresistas que la gran ciudad era el Bien más deseable y el campo el Mal más detestable. Además llegó la grafiosis, la concentración parcelaria, los tractores, el cine, la codicia, el Seat 600, el ecologismo devoto del Estado, el autoodio, la renuncia a ser, la tirria al otro como estilo de vida, los fitotóxicos, la universidad de masas, el placerismo, la ganadería industrial, la admiración ciega por la ciudad, el escupir con fruición sobre las tumbas de nuestras abuelas y abuelos, la comida basura, el cambio climático, la búsqueda de paraísos artificiales en el alcohol y las drogas, El Estado de bienestar y los insensatos que lo apoyan, el egotismo, la dejación de pensar para seguir a este o al otro mercader de teorías “emancipadoras” a la moda, el música anglosajona, los partidos políticos, la amoralidad chulesca e insociable según los dictados del Maestro de Maestros, Nietzsche, la idea de que más es igual a mejor, la aculturación planificada desde arriba y todo aquello se fue al carajo para mayor gloria del par capital-Estado. Hoy no hay árboles, ya no hay gente, ya no hay concejo abierto, ya no hay aldeas. Ni siquiera los arroyos de mi infancia, con sus inocentes criaturas, ranas, cangrejos y culebras de agua sobre todo, han sobrevivido. Incluso el huerto de mi abuelo, con sus humildes ciruelos y sus modestos bancales de berzas y patatas, es ahora un erial infame. Por eso, permitid que antes de continuar limpie mis ojos de lágrimas.

Antaño el concejo aldeano, la solemne asamblea de las y los iguales para gobernar en lo político y económico sus vidas, se celebraba en ocasiones debajo de grandes árboles. Bajo el gigantesco olmo, que en muchos territorios llamaban en femenino, olma, de la plaza, o la frondosa encina o el siempre misterioso tejo, cuando no a la sombra del recio roble, el alimencio castaño o el aromático tilo. Así, fusionando libertad política con devoción por la naturaleza, vivían las gentes una vida imperfecta y a menudo mezquina pero, con todo, humana. Hoy en las junglas de cemento que son las grandes ciudades se acumulan y concentran todas las nocividades, desde el parlamentarismo a la desconexión total con la naturaleza, sin olvidar el adoctrinamiento continuado, la soledad más afflictiva, el trabajo asalariado, la tristeza de masas, el imperio absoluto de la mentira, la guerra de los sexos y el odio de unos a otros. Aquí, sin árboles, se lleva una vida quizá cómoda, fácil y perezosa pero ya no humana sino simplemente incivilizada y barbárica, bestial y del todo infrahumana, dirigida desde la cuna a la tumba por el Estado y sus perversas criaturas políticas, mediáticas, económicas, educativas, estéticas e intelectuales.

Hoy el reto es claro: en los próximos 50 años es necesario plantar por lo menos 2.000 millones de árboles de especies autóctonas, con una cantidad al menos 5 veces mayor de arbustos de sotobosque, sobre una superficie de 10 millones de hectáreas, la mayoría de ellas hurtadas a la agricultura. O eso o Iberia se degradará en una extensión europea de los semi-desiertos norteafricanos. El ente estatal no hará nada porque la razón de Estado no necesita de los árboles, y el capitalismo tampoco porque forstar no es negocio. Por tanto, o lo hace el pueblo o se quedará sin hacer. Así las cosas, tenemos que coger la azada, el morral, las bellotas, la tortilla y la bota de vino y echarnos al monte, hoy requemado y feísimo secarral, a como dé lugar.

Pero seré sincero, a fin de salir al paso de los infantilismos utopistas, socialdemócratas, de siempre, tal tarea ha de hacerse, si se desea que sea eficaz, como parte de una gran revolución integral, que modifique sustantivamente el orden social y el ser humano tanto como la cosmovisión y el sistema de valores en curso. Sin ir más lejos, mientras la ciudad pre-

domine tan absolutamente sobre el campo como ahora lo hace, mientras las megalópolis sean las nuevas super-cárceles de la plebe, ello no puede ser realizado.

Lo dicho, amigas y amigos: árboles, niñas-niños y concejo abierto. ¡Ahí nos encontraremos!

Félix Rodrigo Mora

<http://felixrodrigomora.net/>

<http://esfuerzoy servicio.blogspot.com/>

LOS MONTES ARBOLADOS, EL RÉGIMEN DE LLUVIAS Y LA FERTILIDAD DE LAS TIERRAS

En la actual situación, de declive muy acelerado de la biosfera, no basta con idear un modelo óptimo de cultivo, pues cualquiera de las agriculturas posibles, incluso la más adecuada y benéfica, contiene elementos inerradicables de artificialización y regresión de los sistemas biológicos. Debemos, por tanto, considerar el problema de la radical decadencia del mundo natural en su hiper-complejidad, integrando lo agrícola en lo no agrícola, y reflexionando sobre la totalidad. Ello demanda abrir una investigación sobre al menos, cinco realidades singulares interconexionadas, la agricultura, los bosques, las aguas, los suelos y lo que es en todo opuesto al universo de lo natural, las ciudades. Quizá de todo ello sea posible extraer propuestas para el futuro que rompan con el conformismo y estrechez de miras prevalecientes.

Como advertencia epistemológica, es necesario señalar que tal investigación no puede realizarse con un espíritu utilitarista. Está fuera de lugar el pretender, como propósito central, restaurar la naturaleza para alcanzar mejores y más duraderos rendimientos en la apropiación de sus esquilmos, como hacen los partidarios de la sostenibilidad, sino que la primera convicción debe ser el considerar a la naturaleza como valiosa en sí y por sí, y sólo secundariamente como medio para el desenvolvimiento de la vida humana. Tal enfoque lleva a una posición de magnanimidad civilizatoria, de amor desinteresado, que se pregunta sobre qué debemos hacer por la naturaleza más que acerca de lo que podemos recibir de ella. Ello subsume el conflicto, realmente existente, entre los seres humanos y la biosfera en el otro polo de tal contradicción, nuestra cooperación con la naturaleza para alcanzar la superación del actual estado de cosas, a través de nosotros y, por tanto, en nosotros al mismo tiempo que en ella misma.

Restaurar la naturaleza por su magnificencia en sí, y no por su utilidad, significa que al comprometernos en tan exigente empresa, nos restauramos, nos construimos, a nosotros mismos como sujetos mejores y superiores, pues en ese obrar entramos en liza, necesariamente, con todas las formas de destructividad que son propias de la modernidad victoriosa, la aniquilación de la libertad interior, política y civil, la desarticulación

de la civilización, la trituración de la vida espiritual, la nadificación de la esencia concreta humana. Ello equivale a decir que ahora asistimos al fin traumático y planeado por devastación de todo lo que da sentido, belleza y grandeza a la vida humana, empezando por el mundo natural, sin el que no podemos existir como seres corporales pero, sobre todo, no podemos realizarnos como seres dotados de entendimiento, sensibilidad y afán de realizar esforzadamente el bien y la virtud.

LA DESTRUCCIÓN DEL BOSQUE NATURAL AUTÓCTONO

Que los bosques de la península Ibérica están padeciendo una espiral de devastación que, probablemente, terminará con ellos en unas décadas es algo admitido, entre líneas, por las autoridades que, sin demasiado pensar, se disponen a sustituirlos por las plantaciones forestales de especies de crecimiento rápido, coníferas y frondosas. Un dato que dice bastante sobre el pésimo estado del monte es el grado de defoliación promedio. Hasta 1990 sólo de manera excepcional superaba el 5%, pero en lo que llevamos de siglo XXI parece haberse situado en el 13%, sin que falten años en que se eleva al 23,5% (en la encina se ha llegado hasta el 30%), cifras alarmantes¹. Es fácil atribuir esto en exclusiva al cambio climático ocasionado por los gases de efecto invernadero pero existen más factores causales, tal vez más importantes. Ese cambio climático está siendo convertido por la propaganda institucional en elemento omniexplicativo que excluye todo lo demás, por dos motivos, porque su remedio, dicen, resultará de acuerdos entre gobiernos para limitar las emisiones, lo que otorga a aquéllos la utilísima función, desde el punto de vista político y mediático, de salvadores del planeta, y porque con ello se niegan las otras muchas causas de quebranto, que serían de terribles efectos incluso sin el citado cambio climático.

Las formaciones de quercíneas padecen “la Seca”, esa dolencia de ignorada etiología que lleva al declive y desvitalización de extensas masas de robles, quejigos, encinas y, sobre todo, alcornoques, ocasionando la muerte súbita, o apoplejía, así como la muerte lenta, de un buen número

¹ Sobre este asunto, “Ecología del bosque mediterráneo en un mundo cambiante”, F. Valladares (editor). Tres cuestiones añadidas suscita este libro. Una es su baja calidad reflexiva y argumental (aunque hoy no es nada fácil encontrar textos mejores, dado el “cierre de la mente moderna” a que asistimos), con abuso de una erudición libresca y verbalista que evita toda referencia seria (dejando a un lado alguna excepción) a la experiencia, los hechos y la práctica. Otra es la ignorancia de sus autores en materia de historia medieval, lo que lleva a pifias de mucho calado cuanto se adentran en esa materia. Una tercera es el maniático culto de los autores por la sapiencia académica anglosajona, así como por la nueva lengua del imperio, el inglés. Desde luego, es grotesco que para tratar del bosque mediterráneo, escasísimo en el mundo anglosajón, se valgan de bibliografía casi toda en inglés, e incorporen un “Summary” a cada uno de los capítulos. Sin duda, la calidad intelectual de la obra habría sido mucho mayor si los autores hubiesen destinado a vivir dentro del bosque mediterráneo el mucho tiempo que, al parecer, han invertido en absorber servilmente la pretendida sapiencia anglosajona. Este asunto, la imitación irracional de lo foráneo, no es algo baladí en selvicultura, pues la repoblación con coníferas realizada bajo el franquismo se hizo siguiendo modelos alemanes, inadecuados a nuestras condiciones edafoclimáticas, culturales, históricas y económicas, tropelia presentada como todo un acontecimiento histórico en “Los montes de España en su historia”, por el Dr. Erich Bauer Manderscheid, obra en que la ignorancia presuntuosa sobre lo que trata está a la altura de los muchos títulos académicos de su autor.

de árboles, habiendo fracasado, hasta el presente, todos los tratamientos realizados para atajar el mal. “La Seca”, si continúa progresando podría liquidar las variedades forestales más significativas de la península Ibérica².

Alguna de ellas, el roble en concreto, es de enorme significación para contrarrestar la tendencia a la acidificación de los suelos hoy en curso (asunto grave, aunque sólo sea porque la lombriz de tierra, fundamental factor fertilizador, no admite la acidez más allá de un punto), debido a que moviliza y extrae los componentes alcalinos profundos de las tierras, dotando con ello a su hojarasca de propiedades bastante valiosas como abono natural. Un asunto más, nada desdeñable, es que la proliferación anómala de roedores en los montes y eriales, por las malas prácticas agrícolas y por el declive de sus predadores, deja muy pocas bellotas para la regeneración de las glandíferas. En última instancia, “la seca” es continuadora de plagas como la lagarta de la encina, la tinta del castaño, el brugo de encinas y robles y varias otras que resultan de la artificialización extrema de las comunidades vegetales por las talas a gran escala y la expansión alocada del cereal, con los trastornos climáticos y edáficos que todo ello lleva aparejado.

En mal estado están también los abetales del área pirenaica, con decaimiento de las masas y mortalidad elevada. Los hayedos, al parecer, padecen cada vez más de un índice de infertilidad creciente en los hayucos, lo que plantea interrogantes sobre su regeneración natural a medio plazo.

2 La publicación más significativa al respecto es “La Seca: el decaimiento de encinas, alcornoques y otros Quercus en España”, J.J. Tuset y G. Sánchez (coords.), texto desigual pero que contiene un buen análisis, acaso algo excesivo por entusiasta y unilateral en sus conclusiones, sobre la gran calidad de la selvicultura tradicional, realizada antaño por carboneros, porqueros, corcheros, podadores y otros, a la que califica de “natural, artesanal, diversificada, estable y prudente”, insinuando que su extinción en los últimos 50 años es de primera importancia en el desencadenamiento de “la Seca”. Similares loas a la selvicultura popular se encuentran en “El encinar en el centro y suroeste de España”, de C. Fuentes Sánchez, lo que requiere alguna matización. Con los cambios forzados introducidos por la revolución liberal (liquidación definitiva de la soberanía del municipio, sustitución del derecho tradicional popular por la ley estatal positiva, incremento notable de la fiscalidad, particularización de comunales, agriculización, colapso de la cabaña ganadera, crecimiento rápido de las ciudades y áreas industriales), la actividad del mundo rural tradicional se hace cada vez más mercantil, de manera obligatoria, lo que daña gravemente al medio natural. Un ejemplo es el carboneo, que desde mediados del siglo XIX (e incluso desde antes en las áreas de abastecimiento a las grandes poblaciones) se hace en condiciones adversas, pues se destina a los mercados ciudadanos e industriales, lo que impedia, como se solía hacer en el pasado conforme a lo prescrito por el derecho consuetudinario, o “costumbre de la tierra”, plantar tantos árboles como se talasen o dañasen irreversiblemente en dicha faena. De la misma manera las actividades pastoriles, muy particularmente las vinculadas a las dehesas, fueron adquiriendo un sesgo cada vez más productivista y artificializador, convirtiendo a aquéllas en monocultivo de quercineas esclerófilas, lo que unido al alejamiento de una proporción creciente de la población de las tareas rurales, al habitar en las ciudades, originó males de diversa naturaleza. La reflexión final es que si bien hay mucho que aprender del mundo rural tradicional, su cosmovisión, agronomía y su sociedad no son los modelos exactamente a seguir para establecer un nuevo orden popular, integrado en la biosfera y democrático, en el futuro.

La dedicación de más tierras a los cultivos de regadío, en ocasiones gracias al “ahorro de agua” promovido desde arriba, así como el avance de la desertificación, está reduciendo bastante el espacio ocupado por los sabinares³. Los bosques de ribera, con la desaparición de las corrientes acuáticas superficiales menos caudalosas durante el estío, la extinción de la mayor parte de los manantiales y la conversión de los cursos mayores de agua en cloacas, atraviesan una situación difícil. A todo ello se une que continúa la destrucción del monte para establecer nuevas áreas de cultivo, asunto vinculado por lo general al sistema de incentivos de la política agraria comunitaria. Al mismo tiempo, no cesa la extensión, artificial y forzada, del pinar, a pesar de todas las denuncias y protestas realizadas y a pesar de los elevados costes ocultos que tiene este tipo de plantación arbórea, por los muchos recursos dinerarios que se han de dedicar a la prevención y extinción de incendios, tratamientos contra plagas, acidificación del suelo, etc. Algo parecido puede decirse del eucalipto y el chopo.

Antes de seguir hay que desmontar uno de los tópicos más infundados pero más extendidos sobre la mengua de los bosques, que sostiene que son (o fueron) los pastores, e incluso los campesinos en general, quienes han provocado y provocan los incendios de las masas forestales, así como su tala y destrucción a gran escala, por puro odio al árbol, así como por la supuesta irracionalidad e incultura que son innatas, según los sostenedores de la hegemonía de lo urbano y lo moderno, a la rural gente. Esta malévolos especie, acuñada, al parecer, por Pomponio Mela, sigue apareciendo en algunos libros académicos con apariencia respetable, aunque nunca logran presentar casos concretos bien documentados, ni siquiera uno solo, a fin de que pueda estudiarse el fenómeno general en sus manifestaciones singulares, como exige una gnoseología realista. Para avanzar con buen paso en la investigación tomaremos un texto de valía y confiabilidad, “El saber ecológico de los ganaderos de la Sierra de Madrid”, de J.C. Barrios, M.T. Fuentes y J.P. Ruiz (Madrid 1992), obra que traslada al texto escrito

3 En “Los Llanos de Albacete: la tierra y el hombre”, D. Sánchez Ortega, Albacete 1995, se ofrece un testimonio gráfico patético, la fotografía del último ejemplar de sabina de la sierra del Chortal, cuando existen pruebas documentales de que antaño las sabinas, junto con los robles y las encinas, constituían bosques extensos y densos en esa comarca. Las evidencias que este buen libro ofrece del grado descomunal que ha alcanzado la deforestación, erosión, desaparición de humedales, brusca merma del caudal de los ríos y desertificación en Los Llanos conmueven casi hasta el llanto. Vivimos un tiempo en que, para alcanzar algún alivio y mantener la disposición anímica al esfuerzo desinteresado hay que recordar lo que expone, en “Tratado de la tribulación”, Pedro de Rivadeneira como consuelo, “es mejor la adversidad que la prosperidad... porque las cosas prósperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas, por el contrario, la purifican con el dolor”.

los sólidos conocimientos de los ganaderos tradicionales serranos, antes de que el paso del tiempo nos prive de ellos por óbito de quienes los atesoran, sin continuadores debido al triunfo de la ganadería industrial⁴.

Lo primero que destaca en la obra es la íntima vinculación a la observación y a la experiencia de tales saberes⁵, lo que contrasta fuertemente con el carácter verbalista y libresco, impreciso y superficial, irresponsable y presuntuoso, de las obras de agronomía, selvicultura o veterinaria escritas por académicos y doctores. El conocimiento que manifiestan los ganaderos de los yerbíos, o pastos, conmueve favorablemente por su carácter concreto, dialéctico y detallista, pero lo que importa aquí es su posición ante el arbolado. Los autores puntualizan que “en contra de muchos tópicos fomentados a veces de forma interesada por los responsables de repoblaciones forestales indiscriminadas, el ganadero tiene una actitud básica de respeto y atención por el monte”, lo que es correcto con una puntualización. Las repoblaciones forestales del franquismo (y también las actuales), no sólo fueron “indiscriminadas” sino que se hicieron muy a menudo sobre terrenos de uso comunal, prohibiéndose a los vecinos entrar en ellos, lo que equivale a su expolio, y utilizando especies arbóreas extrañas al medio, malas para la ganadería (“con el jaburdo no crece la hierba” dice un pastor, refiriéndose a la acícula caída de los pinos), de donde resultó no un monte sino una ruina, medioambientalmente empobrecedora y feísima plantación de coníferas destinada a beneficiar a la industria maderera y papelera a costa de la declinación del mundo rural,

4 Una reflexión objetiva sobre ésta, que ha de ser necesariamente crítica, no es difícil, dado que día a día se desacredita con sus prácticas y sus productos, lo que valida el dicho de que “por sus frutos los conoceréis”. Su fijación verbal es la eficiencia, la competitividad, el sempiterno mito salvacionista de la economía política de los siglos XVIII y XIX, en tanto que ideología, de lograr el máximo con el mínimo. Pero ello queda puesto en entredicho cada día por la ínfima calidad de sus productos, por la creciente cantidad de trabajo humano, energía, agua y otros recursos naturales, productos químico-farmacéuticos y medios técnicos que necesita, por la degeneración de las especies animales concernidas y por los enormes costes ocultos que origina, lo que lleva a los observadores más sensatos a diagnosticar “la inviabilidad de la producción ganadera intensiva”. Con todo, no faltan textos visionarios que promueven la cría industrial, como “Producir carne de cerdo en el siglo XXI, generando un Nuevo Orden Zootécnico” (director y coordinador Prof. Dr. Antonio Muñoz Luna). Bastaría con que el Estado y la U.E. dejaran de subvencionar, de las muchas maneras como lo hacen, a la ganadería industrial, con que se exigiera a ésta la satisfacción de sus colosales costes ocultos y con que hubiera libertad de expresión suficiente para debatir los asuntos concernidos para que el pomposo “Nuevo Orden Zootécnico” se viniera abajo, aunque acaso sería suficiente con que los seres-nada que consumen forzosamente sus infra-productos recuperaran en algo el buen gusto y la sensibilidad para que se alcanzase el mismo resultado. Ahora bien, la ganadería ecológica sólo se diferencia de la industrial en que no se sirve de hormonas, mientras la imita en todo lo demás, lo que explica el creciente número de críticas que está recibiendo.

5 El vasto patrimonio cultural y de saberes atesorados por el pastoralismo se expresa bien, así mismo, en “Vida pastoril”, escrito por el ganadero Manuel del Río, año 1828, con edición moderna, Almazán (Soria), 1978. Sorprende en él el conocimiento que tenían aquellas gentes de las dolencias del ganado, así como los, en ocasiones, eficaces remedios que utilizaban.

lo que es literal, pues los plantíos tenían quizá como principal meta, en muchos casos, provocar la emigración a las ciudades. Por ello, ante los incendios el vecindario se inhibía, lo que no sucedía en el pasado, cuando el comunal era eso, comunal, bienes del común de los vecinos políticamente organizados en concejo abierto.

Continúa el texto exponiendo que el arbolado le es imprescindible al ganado para protegerse del frío y las heladas, así como de los rigores del sol. Añade lo ya sabido sobre su función como fuente de recursos alimenticios, bellota y ramón, o forraje arbóreo. Al respecto, uno de los ganaderos pronuncia una frase magnífica, “una finca con barda de fresno tiene dos pisos: el suelo y el monte”, que expresa la importancia que tenían las fresnedas como abastecedoras, las cuales proporcionaban forraje de gran calidad, muy del gusto del ganado. Se expone que el derecho consuetudinario popular vedaba arrancar o cortar por pie cualquier acebo, encina, roble, quejigo o fresno de las áreas pastoreadas, advirtiendo que en las dehesas ganaderas la densidad de los árboles ha de ser de unos 20 pies por ha. Pero esta cifra es poco creíble, si se traslada al pasado, pues antaño los árboles citados eran imprescindibles para alimentar a la cabaña ganadera a finales de verano, cuando la hierba escaseaba a causa del estiaje y, sobre todo, en tiempo de fuertes nevazos, en el caso de las especies de hoja perenne o marcescente.

En consecuencia, antaño, cuando las nieves eran más, y cuando el comercio de piensos y forrajes era menor, seguramente se exigiría a las dehesas pastoriles una densidad bastante mayor del arbolado, quizá hasta 8, 14 ó incluso 20 veces más, aún si la sombra de las copas bajase en algo la cantidad y calidad de la hierba en las estaciones soleadas, lo que hacía de los pastizales bosques ahuecados. Por ello los autores del texto reproducen las declaraciones de un testigo en 1584 que advierte que “faltando los montes faltarían los ganados”, lo que refuta la majadería sobre la incompatibilidad entre ganadería y bosque y exculpa a los pastores de la imputación de haber sido ellos los deforestadores por excelencia. Se insiste, empero, en que para mejorar la calidad de los pastos se acudía al fuego, cosa improbable pues la óptima valía de aquellos, con evitación del temido embastecimiento, resultaba del apropiado manejo de los ganados, que llevados a los pastaderos según épocas y especies, mejoraban la calidad

de los yerbíos sin necesidad de valerse del fuego, mucho más debido a que éste, al eliminar los microorganismos y la pequeña fauna del suelo lo empobrece en nutrientes y reduce la calidad de los pastos.

Lo expuesto es también reconocido por ciertos autores, como C. Rodríguez que en 1905 publica un texto de valía, “Prados arbóreos”, en el que, apoyándose en el saber popular, se expone la importancia cardinal que el árbol dador de ramón tiene para la ganadería. Como más principales en esa función cita el haya, roble, olmo, almez, aliso, serbal, sabina, fresno, encina, alcornoque, sauce, abedul, acebuche, avellano, álamo, tejo, enebro y algunos más, si bien Rodríguez se olvida del acebo, el quejigo, el algarrobo, el castaño, el tilo⁶ y el majuelo, entre otros. El conjunto abarca a lo más significativo de la flora arbórea peninsular, de manera que la verdad está en que los pastores eran defensores genuinos del bosque y el árbol, lo que queda demostrado por un hecho bien documentado: cuando las desamortizaciones redujeron drásticamente la superficie forestal en el siglo XIX, la cabaña ganadera decayó de manera radical, pues los rebaños ya no podían mantenerse como antaño en las dos épocas críticas del año, lo más agobiante del estío (el árbol soporta mucho mejor la sequía que la hierba, y que el cereal) y lo más helador y nivoso del invierno. Se puede comprobar, todo hay que decirlo, que entre las especies útiles a la ganadería no está citado el pino, ni tampoco el eucalipto⁷.

6 Veamos algo sobre este magnífico árbol, como ejemplo de las especies eurosiberianas autóctonas que están siendo extinguidas por la reducción de las precipitaciones, el ascenso de las temperaturas, la expansión de la sequía estival y las talas codiciosas. Es de los que más agua transpira a la atmósfera, y llega a alcanzar los 40 metros de altura. En “Usos tradicionales de los árboles en el occidente de Asturias”, L. Merino, se lee lo que sigue sobre su utilidad, en el sentido más noble del vocablo, “los tilos son árboles muy melíferos que producen miel monofloral... Sus hojas proporcionan un buen forraje para los animales. Las semillas contienen un aceite aromático parecido al de la oliva. Con sus flores se prepara una infusión”, y a continuación refiere las interesantes propiedades medicinales de la albura, las flores y las semillas, todo ello sin dejar de lado que “la madera se emplea en carpintería fina...la corteza de las ramas es...utilizada en cordelería. A partir de la madera se obtiene carbones para dibujo. Proporciona una leña buena”. Es probable que tal exposición haya sorprendido a quienes creen que el único aprovechamiento de los árboles es la madera, error que resulta de la ruptura entre ganadería y selvicultura (una vez que la primera pasa a ser cebada con piensos de importación a base de soja y maíz), por un lado, y entre flora silvestre y alimentación humana, por otro, de donde resulta que el árbol casi sólo tiene hoy una utilidad, el ser cortado para beneficiar la madera, lo que lleva a la destrucción del bosque, al contrario de los otros usos, que exigen su conservación y fomento. Pero, con mucho, la utilidad mayor del tilo, y de los demás árboles de gran porte, reside en la exhibición de su majestuosidad, vitalidad y belleza inmarcesibles, proporcionando al espíritu humano un ejemplo de la grandeza y excelencia de la naturaleza, a imitar con una vida hecha de energía interior, afectuosa sociabilidad, aplicación intelectual al desvelamiento de la verdad concreta posible y lucha por la libertad.

7 Acerca de la función del ente estatal en la introducción a gran escala del temible árbol, consultar “El papel del Estado en la creación e industrialización de las masas forestales. Los eucaliptales del suroeste y la Empresa Nacional de Celulosas de Huelva, 1940-1975”, E. Rico, en “Historia y economía del bosque en la Europa del sur (siglos XVIII-XX)”, J.A. Sebastián y A. Uriarte (Edts.)

Igual criterio se encuentra en “Recopilación del conocimiento ganadero tradicional de la comarca de la Sierra de Cádiz y su validación para la reconversión e implantación de la ganadería ecológica”, VVAA (Córdoba 2004), que, así mismo, recoge el conocimiento popular sobre los ganados. En él se otorga una importancia de primer orden al arbolado como protector de los animales, en el verano, del calor y de los rayos del sol, hasta el punto de que en los pastizales arbolados aquellos pueden pastar más tiempo cada día, lo que mejoraba su engorde (“con un buen aguadero y una buena sombra los cerdos estaban en rastrojera las 24 horas”), e incluso incrementaban su ritmo reproductivo (“si se tenía una sombrita buena no era problema que hubiera partos en verano”), no sucediendo esto último, con daño para el ganadero, en los espacios deforestados. Una aserción firme de un pastor aclara uno de los puntos en controversia, “el fuego nunca se ha usado, ni había gente mala que lo hiciera”, a lo que añade “los ganaderos eran clientes de un año para otro de las rastrojeras. No se quemaban los rastrojos”, verdad de sentido común, pues su incendio cundió al separarse la agricultura de la ganadería, en la segunda mitad del siglo XX, como obra de agricultores mal aconsejados por ingenieros y otros expertos, hasta que la proliferación de grandes fuegos en los campos llevó a su prohibición⁸. Así mismo, en el régimen ganadero tradicional los pastizales se mantenían y mejoraban, evitando su embastecimiento, con el adecuado manejo de los ganados, no con el fuego.

8 Cuestión con alguna similitud es el sistema de rozar porciones de monte, sobre el que se han acumulado numerosas imputaciones por, supuestamente, arrasar los bosques. Una descripción confiable de él se encuentra en un documento de 1821, “Memoria sobre los Montes de Toledo” (hay edición actual, de 1984), el cual niega que porciones de monte fueran incendiadas, pues el procedimiento era arrancar “arbustos y matas” (pero no árboles, ni juveniles), en primavera, dejándolas secar en montones hasta finales de verano, cuando se prendían fuego de manera controlada. La ceniza se distribuía, no se labraba el terreno y la semilla se esparcía a voleo, metiendo ganado para que la semi-enterraran con las pezuñas. Tras unos pocos años de cultivo, el terreno era de nuevo abandonado al bosque, que se recuperaba en él con notable rapidez. Ello permitía vivir a gran cantidad de gentes dentro de los bosques, combinando los frutos y plantas silvestres, la miel, el ganado, la caza y la pesca con una cierta cantidad de cereal conseguida por las rozas y algún cultivo hortícola. Solían hacer cabañas con junco y jara pringosa, lo que las hacía impermeables a las precipitaciones, unas circulares y otras de planta cuadrangular, algunas con un pequeño zócalo de mampostería y otras sin él, aunque también había chozos todos ellos edificadas en piedra. Agrupadas en núcleos de una docena y habitadas cada dos de ellas por una familia, debieron de proporcionar antaño a los bosques una gran carga poblacional, formada por gentes que vivían en íntima comunión con la naturaleza. Como lecturas introductorias a los tipos citados de edificaciones populares propios de un poblamiento muy disperso, puede ser útiles, “Parque nacional de Cabañeros”, VVAA; “Criterios para el inventario y la protección de los chozos extremeños”, en “Piedras con raíces” nº 14, 2006. Aquella fusión íntima con la naturaleza tuvo que proporcionar a quienes la vivieron una gran cantidad de satisfacciones, emociones y saberes auténticos, sobre sí mismos, sobre los otros y acerca de la naturaleza, que el individuo contemporáneo, atrapado en esos campos de internamiento que son las ciudades y convertido en sujeto neo-ignorante dotado, además, de facultades intelectuales, sensoriales y emocionales atrofiadas, no puede ni imaginar.

Finalmente, la imputación de que el ganado es inconciliable con el monte⁹ porque, según se decía, devora los brotes y plántulas, ha decaído casi por completo, hasta el punto de que incluso los productos más farragosos de la sapiencia académica admiten que en el bosque “el pastoreo estimula la producción (se trata de la célebre “paradoja pastoral”)”, de manera que ya no se culpabiliza a los rebaños de devastar el arbolado, más bien al contrario, por la función limpiadora que realizan en las selvas y forestas, la cual reduce el peligro de fuegos y por su aportación al mejor estado general del bosque, de donde resultan bosques silvopastorales¹⁰. Mejor así. Pero esto los académicos lo han aprendido de los más humildes pastores que, desde siempre han negado la pretendida exclusión existente entre monte y ganados, en particular las cabras. Un ejemplo se encuentra en el delicioso librito “En la reserva del Saja”, de A. Rodríguez San Juan y A. Zavala, donde el primero de ellos, agricultor y ganadero cántabro, expone que “las cabras hicieron el monte (de hayas) de Saja”, lo que argumenta a continuación con rigor lógico y abundancia de datos. Ahora bien, todo lo dicho no impedía que en caso de incendios de mucha gravedad, se acotaran los terrenos dañados 2 ó 3 años al paso del ganado, para su recuperación arbórea.

En resumidas cuentas, la malévola fabulación que hace de la rural gente la responsable de la falta de arbolado ha servido, y sirve, para exculpar a quienes son los culpables del gran ecocidio perpetrado con el bosque en nuestro país, en primer lugar el Estado, para expandir más y más sus intereses fundamentales, en segundo lugar los técnicos, en concreto el fatídico cuerpo de ingenieros de montes, que son quienes en sus escritos han difundido los mencionados embustes y calumnias, en tercer lugar el capital, que considera el árbol como madera¹¹, por tanto como realidad

9 Fue Lucas de Olazábal, ingeniero de montes y alta autoridad estatal en selvicultura, quien creó y difundió coercitivamente la enormidad de que el monte alto no es compatible con la ganadería, por tanto, con la sociedad rural popular. Sobre él, en “Ciencia y política de los montes españoles (1848-1936)”, Josefina Gómez Mendoza.

10 Tomo esta hermosa y sugerente expresión de “Pastoralismo mediterráneo”, José Miguel Montoya.

11 El ecologismo ha urdido un modo de mantener, encubriéndolo, este fatal estado de cosas, que es la certificación forestal. Como es sabido, para alcanzar la “ordenación sostenible” de los bosques, se establece un sello que, pretendidamente, garantice al consumidor que la madera, o los productos de la madera, que está adquiriendo hayan cumplido las normas de impacto ambiental, y otras de tipo social. Existen varios certificados, el otorgado por la ONG conocida como FSC y el sistema español de certificación forestal, PEFC, aprobado por la Unión Europea en 2002. El sello tranquiliza la conciencia del consumidor (el mundo “verde” abunda en compradores de buena conciencia al precio monetario que sea, siempre que ello no culmine en un compromiso

beneficiable sólo por medio de la tala. Pero no nos engañemos, el orden político y económico actual daña y niega al bosque de diversas maneras, de tal modo que la conjunción de ellas determina que aquél y el mundo contemporáneo no puedan convivir. Enumeremos las expresiones señeras de ello, algunas ya consideradas y otras que lo serán más adelante.

La ruptura entre selvicultura y actividades pecuarias condena al árbol, lo mismo que el que éste ya no sea fuente importante de productos para la alimentación humana, ni de materias primas diferentes de la madera, lo que equivale a exponer que un régimen alimenticio como el vigente, basado en el cereal, las grasas, la carne, los azúcares, los alcoholes y los productos de placer (café, cacao y chocolate, té, azúcar, también tabaco), hace del bosque la primera víctima, después del propio ser humano. El monte que ha llegado hasta nosotros está muy antropizado desde hace milenios, y al cesar, hace unas pocas décadas, las labores de mantenimiento que se hacían en él, se está colapsando, con la agravante de que hoy ya apenas queda quien sepa realizar aquellas como es debido. Un ejemplo es los males que han resultado del cese del pastoreo tradicional en las áreas arboladas, pero lo mismo puede decirse de la casi finiquitación de las actividades de poda, siembra metódica de bellotas en las dehesas, ramoneo, extracción de leñas, recolección de frutos y otras.

La fijación en el riego, con aguas superficiales o subterráneas, de trasvase o desaladas, perjudica al poco bosque autóctono que aún sobrevive, no sólo porque esquilma las aguas freáticas sino, y sobre todo, porque arrincona y nulifica la noción fundamental, a saber, que es el bosque el que debe ser promovido para lograr un medio natural fertilizado por las lluvias y las nieves, y sólo de manera secundaria, para ciertos cultivos, por las aguas del regadío natural, no del riego forzado que resulta de los grandes embalses, las colosales perforaciones y los descomunales complejos de desalación o depuración. Las ciudades, con sus áreas periurbanas de devastación medioambiental y degradación civilizacional, que se expanden cada año unos cuantos kilómetros en un dilatado frente circular, cuyo centro es la urbe, impiden que las gentes participen regularmente en tareas de restauración forestal, de manera que lo poquísimos que se hace

personal de tipo vivencial, de donde resulta una de las formas peores de hipocresía) al mismo tiempo que se continúan talando los bosques, ahora a velocidad mayor, dado que es un hecho bendecido por el aparato de poder ecológico-institucional.

corre a cargo de grupos concienciados, beneméritos y admirables pero muy reducidos, de unas pocas hazas subvencionadas para ser reforestadas (a menudo, con pinos) y de ciertas actividades institucionales realizadas con trabajo asalariado, que por su misma naturaleza es inadecuado para el fin que pretende, como lo indica el altísimo porcentaje de marras, del 80-95%.

La sociedad urbana y técnica actual no aprecia el árbol, y no lo comprende ni valora, es más, en general nada sabe ni desea saber de él. A la juventud se la adoctrina para que se prosterne ante el automóvil, los ordenadores, internet y todos los cachivaches técnicos de última generación, pero no para que ame el árbol, que aparece ante la gran mayoría como una realidad incomprensible, un residuo de una época premoderna y pretécnica, maldita por ello mismo, que tiene que desaparecer, sin que eso tenga ningún significado negativo. A ello se une que el ecologismo sostiene que son los acuerdos entre gobiernos los que pondrán fin al calentamiento global, y que la restauración forestal es un asunto casi sin significación en tal materia, a pesar de que el arbolado es un vigoroso fijador de anhídrido carbónico. Finalmente, la política agrosilvopecuaria de la Unión Europea, como es admitido ya por muchos, está dañando de manera grave y constante al bosque autóctono, por su avidez productivista y, también, porque aplica criterios que no se adecuan a nuestras concretas condiciones edafoclimáticas.

Una última reflexión en este apartado, donde tan profusamente ha sido citado de manera positiva el mundo popular rural tradicional, desaparecido en el último tercio del siglo XX por la acción combinada del Estado y del mercado, es que tal formación social debe ser considerada en su complejidad y en sus contradicciones internas, como un agregado de elementos positivos y negativos, además de como un orden social que surgió y se desarrolló en una fase de la historia muy diferente a la actual, lo que afecta también a su agricultura, ganadería y selvicultura. A menudo el ecologismo lanza flores a lo rural popular¹², si bien partiendo de un co-

¹² Así, Montse Arias, en "The Ecologist", nº 6, 2001, preconiza "recuperar los valores de la sociedad tradicional", proposición bienintencionada que se agradece, pero que está falta de profundidad y rigor, por lo que viene a significar muy poco. El conocido agroecólogo M.A. Altieri sostiene que "la alternativa está en reconstruir los sistemas de producción tradicional", en "La fertilidad de la tierra" nº 5, 2001, pero ello es al mismo tiempo imposible y no deseable, pues convertiría al futuro en una repetición del pasado, sin creatividad, sin avance, sin formación de lo nuevo. Por lo demás, en la práctica, Altieri apoya en todo el programa de la agricultura ecológica, que está bastante por detrás del de la agricultura tradicional popular.

nocimiento muy escaso, tópico y bastante distorsionado de su condición y naturaleza concretas. En ello hay un fondo positivo y esperanzador, pero se ha de señalar que: a) aquella sociedad fue derrotada por el Estado, tras siglos de brega, a causa de sus propios errores y debilidades internas, que ahora no conviene copiar; b) la simple imitación de lo que fue es siempre inadecuada, pues se trata, ante todo, de instituir lo nuevo, acudiendo a la creatividad que resulta de un esfuerzo intelectual persistente; c) el pasado ha de servir al futuro, en tanto que fuente de experiencias, positivas y negativas, pues únicamente el futuro llama a la acción y al esfuerzo, mientras que lo que fue invita más bien a la reflexión, e incluso a la melancolía, estados del espíritu que son saludables siempre que formen parte de una cosmovisión combatiente y esforzada que tenga el mañana como propósito.

Ahora bien, en oposición a quienes, sea o no pertinente, previenen contra la “idealización del pasado”, se ha de replicar llamando a no idealizar el presente (y, menos aún, el futuro), que es el peor modo de escapismo y ensoñación de nuestra época, y el que practican como vicio secreto los que se muestran “escépticos” respecto al pasado rural popular. En cualquier caso, el presente es horrible, así que resulta comprensible que algunos huyan de él idealizando ciertas épocas del pretérito que, con todas sus limitaciones, eran incomparablemente mejores que lo hoy existente, cuestión nada difícil pues el presente, en efecto, es lo horripilante en desenvolvimiento ascendente, al parecer, sin final ni límites.

De manera que, no obstante lo expuesto, hemos de poner nuestras esperanzas en el futuro.

LA PERTURBACIÓN DEL RÉGIMEN DE LLUVIAS

Con todo, el problema inmediato número uno que enfrenta hoy el bosque en la gran mayoría de la península Ibérica es la sequía estival, cada vez más aguda en la ausencia de pluviosidad y más extensa en el tiempo. De resultas, plántulas y juveniles quedan tan debilitados que sólo con grandes dificultades logran superar los ataques de plagas y enfermedades, e incluso parecen directamente por los golpes de calor. Así mismo, los plantones y semillas de las escasísimas repoblaciones que se realizan con “especies nobles” (no llegan a 2.000 has. anuales en todo el país, menos de lo destruido sólo por los incendios) tienen muchas dificultades para salir más o menos indemnes de la gran escasez de agua, muy altas temperaturas, excesiva luminosidad, ardientes vientos desecadores y baja humedad relativa del aire cada vez más propias del verano peninsular. Se aduce que, más o menos, siempre ha sido así, haciendo de la sequía estival una realidad atemporal e idéntica a sí misma, lo que está bastante alejado de la verdad.

La existencia de hayedos en los Montes de Toledo en el siglo XVIII está bien probada documentalmente ¹³. Es probable que también los hubiera en el siglo XVI en La Mancha misma, pues Cervantes se refiere a ellos en diversas ocasiones en su conocida novela¹⁴, del mismo modo que Garcilaso cita hayas en las orillas del Tajo en lugares próximos a la ciudad

13 Para las fuentes, “Etnobotánica en el entorno del Parque Nacional de Cabañeros”, VVAA, y “Tres artículos sobre Mazarambroz”, VVAA.

14 Se ha pretendido que Cervantes confundió alisos con hayas, en “Flora literaria del Quijote”, R. Morales, pero ello, además de improbable, cambia poco lo que aquí se sostiene, pues los alisos son también bastante exigentes en agua, lo que es un argumento a favor de la reducida importancia del fenómeno de la sequía estival en ese tiempo. Hoy las escasas alisedas que sobreviven se encuentran en áreas montañosas o en las proximidades de los grandes ríos, estando la llanura manchega, que es donde presumiblemente Cervantes sitúa las hayas, desprovista de alisos, como se expone en “La vegetación protegida en Castilla-La Mancha”, J. Martín Herrero y otros. En “Ruta y patria de Don Quijote”, R. Serrano Vicens presenta a La Mancha como bastante forestada en tiempos de Cervantes, con extensas formaciones de roble, encina, haya, castaño, olmo, etc., además de abundancia de bosques ripícolas dada la notable extensión que en ella tenían los sistemas lagunares, humedales, trampales, tremedales y similares. Apunta este autor que en la postguerra, a partir de 1939, se destruyó una notable cantidad de bosque autóctono en la plana manchega, para poner raquíticos pinares propicios a las plagas y a los incendios. La devastación ha continuado con el parlamentarismo, como muestra “Los nuevos regadíos de Ruidera: un modelo de desarrollo insostenible en el Campo de Montiel”, de M. Velasco, esta vez a costa de miles de has. de sabinares y encinares, arrasados como consecuencia de la política agraria comunitaria, texto que es complementado por “De la noria a la bomba. Conflictos sociales y ambientales en la cuenca alta del río Guadiana”, VVAA. Es dado añadir que los muchos años de gobierno del PSOE en Castilla-La Mancha en nada han mejorado la situación medioambiental precedente, antes al contrario, como se deduce de los datos proporcionados. Con él, el desarrollo de la agricultura industrial, consumidora de enormes cantidades de agua fósil, se ha acelerado, lo que se pretende ocultar bajo publicitadas acotaciones de ciertas áreas excepcionales como espacios protegidos, que no podrán sobrevivir por mucho tiempo, desgraciadamente, al agravamiento año tras año de la sequía estival.

de Toledo, también en ese siglo. El haya necesita, en nuestras latitudes, 800-1.000 mm de precipitaciones y una débil o inexistente sequía estival. Se admite, por lo general, que los abedulares relictos de algunos puntos, ya muy escasos, del área manchega fueron no hace tanto formaciones más extensas y más vigorosas. Yendo más allá en el tiempo, estudios polínicos realizados en la villa de Madrid señalan que en el siglo X existían en su término extensos tilares, abedulares, castañares y otras agrupaciones de monte alto que hoy no podrían superar la sequía estival. En los años finales del siglo XV el viajero alemán J. Münzer “dirá que en su recorrido desde el Pirineo catalán hasta el estrecho de Gibraltar pasó bajo una bóveda continua de arbolado”¹⁵, situación poco compatible con la aridez veraniega aguda. En suma, la realidad de tal arbolado prueba que la actual forma concreta que adopta la sequía estival ha de ser tenida como una afflictiva realidad que se ha ido formando paso a paso en los últimos 250 años, y con especial gravedad en los últimos 50, debido a la imposición de la agricultura intensiva, hasta llegar a la penosa situación actual en la que sólo el 15% de la superficie del país está forestada, porcentaje en el que se incluyen las indeseables plantaciones forestales de pino, eucalipto y chopo.

Para el siglo XVIII la duración aproximada de la sequía veraniega, en ciertas áreas concretas, nos la proporciona el lapso de tiempo en que estaba prohibido hacer lumbre en los montes. Para la vertiente sur de Sierra Morena, era desde el 26 de junio al 8 de septiembre, en total 74 días (en las áreas al norte sería algo inferior), lo que es bastante menos que la sequía estival actual que suele abarcar la casi totalidad de junio, los meses julio, agosto, septiembre al completo la mayoría de los años y parte de octubre, en total 100-130 días, siendo la tendencia a ampliarse cada vez más. Lo observado lleva a la conclusión de que plántulas y juveniles no soportan 120 días sin precipitaciones de cierta entidad. Sobre la intensidad de ésta es mucho más aventurado hacer comparaciones. Ahora el agua de los cada vez más escasos chaparrones y tormentas de verano no suele llegar, para las áreas de clima semiárido, al 15% de la recogida (unos 70 mm), proporción harto insuficiente, porque cada año disminuye el total

15 Estos bosques eran abundosos en fauna mayor. Así, en el año 1433 las grandes nevadas hicieron salir del monte de Garcimuñoz (Cuenca) numerosos venados, jabalíes, cabras montesas y otros, de los que los vecinos capturaron 1.400. Citado en “Historia de Guadalajara y sus Mendoza”, tomo I, F. Layna. Ello muestra también que el monte natural se regenera sin dificultad con una carga notable de herbívoros, por tanto, de ganado si llega el caso.

caído y porque las precipitaciones tienden cada vez más a darse en otoño, primavera e invierno. Posiblemente, sin alcanzar un mínimo de 140 mm entre el 15 de junio y el 30 de septiembre, con una reducción de las temperaturas máximas en ese tiempo de 4-6 °C, la foresta mediterránea, tan eficaz en otras circunstancias creando biomasa de gran calidad y diversidad, no pueda sobrevivir. Ahora bien, dado que la sequía estival extrema que hoy padecemos es una realidad históricamente constituida, quizá pueda revertirse. Para ello es necesario profundizar en sus causas.

Otro grave problema que padecen los bosques es el gran descenso de la capa freática como consecuencia del descomunal gasto de agua en regadíos, pues la actual agricultura de Estado-mercado, volcada en el logro de la ganancia máxima, utiliza el 80% del líquido elemento consumido. Veamos algunos datos. En la vega del río Jarama en 1972 se regaba desde manantiales que brotaban espontáneamente, pero en 1980 ya había que profundizar 3 metros, alcanzándose en el 2005 los 95 metros. En la comarca de Mazarrón y Águilas (Murcia) el caudal mensual de descarga de los acuíferos a través de manantiales era de 350.000 metros cúbicos en 1960, quedando reducido a 40.000 en 1999, lo que significa que en 39 años ha disminuido a casi la décima parte. En la comarca del Vinalopó (Alicante) el 20% de los pozos de riego tiene, al menos, 475 metros de hondo. En Daimiel (Ciudad Real), los pozos tradicionales tenían unos 6 metros de profundidad, pero la capa freática comenzó a declinar en 1974, de manera que 20 años después el nivel del acuífero local había descendido 21 metros, tendencia que continúa, al parecer, hasta el presente¹⁶.

16 En "Agua, regadío y sostenibilidad en el Sudeste ibérico", J. Martínez y M.A. Estévez. Quizá pueda argüirse que eso sucede en las áreas de regadío intenso, en la llamada "agricultura de los 100 metros", debido a que son tierras que están por debajo de esa altitud, y próximas al mar. Pero no es así, pues en la meseta norte tenemos una situación similar, debido en buena medida a uno de los cultivos industriales más absurdos y dañinos, el de la remolacha, gran consumidor de agua, además de insumos químicos, para proporcionar un producto tan inútil y pernicioso como el azúcar. En el bien construido "Minguela, un pueblo muerto en su juventud", J.M. Viloria, se estudia este despoblado del siglo XVII, situado en el valle del Valcorba, famoso antaño en la tierra de Cuellar (Segovia) por sus manantiales, fuentes y ojos de agua, hoy transformado en un lugar reseco y desolado debido al fuerte descenso de la capa freática. De su flora higrófila, otrora rica, hoy apenas queda nada. Para el caso manchego, "La quimera del agua. Presente y futuro de Daimiel y la Mancha Occidental", J. Serna y M. Gaviria. Hoy estamos acostumbrados a considerar que los malos años agrícolas resultan de la sequía, pero no siempre ha sido así, en "Clima y producción agrícola en Andalucía durante la edad moderna (1578-1729)", F. Sánchez, texto contenido en "Naturaleza transformada", VVAA, se muestra que para el lapso de tiempo examinado una parte notable de los años con cosechas deficientes resultan de "lluvias intensas y persistentes", más que de su escasez .

Ello tiene una significación aciaga para el arbolado natural, pues su sistema radicular muy improbablemente es capaz de descender, en los veranos más secos, a las grandes profundidades que hoy pueden estar algo húmedas. Al haber disminuido radicalmente las surgencias, aguazales y manaderos naturales, la flora no xerófita con dificultad puede sobrevivir a las nuevas condiciones, lo que está originando que una parte de ella, tan valiosa en todos los sentidos, se sitúe en peligro de extinción. Además, ello contribuye a crear otra de las realidades más afflictivas del estío actual, la baja humedad relativa del aire, lo que, junto con las altas temperaturas nocturnas, hace poco probable que se den los fenómenos de precipitación oculta (rocío y niebla, sobre todo), de escasa significación cuantitativa, pero capaces de proporcionar un alivio muy real al monte y a la vegetación en la estación más crítica. Así mismo, el paisaje, desprovisto de las fuentes, arroyuelos y manantiales de antaño, donde hasta en los periodos más abrasadores del verano había hierba verde, se elevaban ufanos algunos álamos, sauces, chopos o fresnos y acudía a refrescarse la pequeña fauna local, se ha afeado lastimosamente¹⁷. Y no es menos importante el que en una parte de tales puntos de agua, modestos pero bastante numerosos, se cultivaran pequeños huertos que, establecidos de manera dispersa, proporcionaban interesantes recursos alimenticios a los humanos y a los ganados. Hoy, seco el campo al completo en la estación tórrida, sólo allí donde se emplea el regadío abastecido con agua subterránea extraída con mucho gasto de maquinaria, equipos y energía, es posible la horticultura, siempre concentrada y a gran escala, para el mercado y no para el autoabastecimiento, productora de valores de cambio y nunca de valores de uso.

La recuperación de la cubierta forestal espontánea de toda condición, no sólo arbórea, demanda, como circunstancia inexcusable, que suba y se rehaga la capa freática. Ello exige poner fin al régimen actual de regadío. Lo razonable es eliminar los 2/3 del actual (unos 3,6 millones de has.) para retornar a los llamados “regadíos históricos” aquellos que resultan de las condiciones naturales favorables y no del forzamiento de las aguas freáticas o de las corrientes superficiales, que eran los existentes antes de la redacción del primer plan nacional de obras hidráulicas en 1902, en

¹⁷ Una cuidada y detallista descripción de ello para el término municipal de Illescas (Toledo), tal como aún existía en los años 50 y 60 del siglo XX, cuya lectura más que melancolía causa angustia, aunque sólo en las mentes que aún conserven esa importante facultad, se encuentra en “Historia de Illescas”, por F. Romo de Arce.

torno a 1,2 millones de has., cifra que quizá debería aumentarse en algo. De ese modo la agricultura intensiva de exportación quedaría desarticulada. Esto significaría, además, desmantelar las grandes presas, unas 1.100, situadas en los principales ríos. De todo ello ha de resultar una naturaleza restaurada, al quedar emancipada de los imperativos productivistas de un tipo y de otro, así como de la sinrazón del Estado-mercado. Por tanto, la polémica entre los partidarios de los trasvases y los de la desalinización a gran escala ha de ser zanjada señalando la falta de sentido de unos y otros, para propugnar que lo decisivo es la salvaguarda de la cubierta vegetal reduciendo a sus naturales límites el regadío, mucho más cuando ni unos ni otros, unidos por el gran mal del productivismo, se ocupan del futuro del bosque y de la flora, dado que la cubierta vegetal espontánea en nada será remediada en sus actuales congojas ni por los trasvases ni por la desalinización. Es a destacar que la legislación fundamental en curso sobre aguas, el Plan Hidrológico Nacional, de 2001, y la Ley de Aguas, también de 2001, no contemplan la restauración forestal como procedimiento número uno para mejorar la cantidad y calidad de los recursos hídricos. Lo mismo acontece con la legislación de la Unión Europea, particularmente nefasta en esta materia.

Otro motivo para poner fin a la agricultura de exportación es que a través de ella grandes masas de agua son extraídas de las zonas más áridas, en particular del sureste, donde las precipitaciones apenas alcanzan los 300 mm. España exporta anualmente unos 12 millones de Tm. de frutas y hortalizas, de las que el 80-95% es agua, que ya no realiza su ciclo sobre el terreno. Esta pérdida, año tras año, es un factor no despreciable de desecación en áreas pre-desérticas, situación que puede ser superada aplicando el principio de que cada municipio, y cada comarca, ha de vivir en lo principal de sus propios cultivos, reduciendo la salida de frutos a lo mínimo imprescindible para conseguir por intercambio equitativo lo necesario no producible.

La cerealización ha contribuido poderosamente a la reducción de las precipitaciones, a la ampliación de la sequía estival y al incremento de las temperaturas máximas en tiempo de canícula. Para la expansión del cereal las selvas y forestas han de ser desmontadas, cortando los árboles, extrayendo con gran esfuerzo los tocones del suelo, destruyendo el sotobosque

y roturando la superficie ya despejada. El conjunto de tales operaciones es un gran trauma para la flora y la fauna. Con ello la emisión de vapor de agua a la atmósfera cae de manera significativa pues la transpiración por las estomas de las plantas ya no tiene lugar, al no existir aquellas. Al mismo tiempo, la erosión eólica e hídrica se multiplica, lo que hace que la tierra vaya perdiendo buena parte de los nutrientes. Sembrada de cereal, dado que éste posee un sistema radicular débil, que no llega a los horizontes algo profundos del suelo, sólo es capaz de bombear una cantidad limitada de agua a la atmósfera, y ello en las épocas en que, para los años más o menos normales, menos se necesita, la primavera. Cuando se van reduciendo las precipitaciones, aumenta el calor y con él la evapotranspiración, el cereal se seca y es extraído de los campos de cultivo, con lo que éstos reducen en mucho el vapor de agua que emiten, más aún si han sido tratados con herbicidas y las adventicias no están presentes, las cuales, aunque sea de manera muy mínima, transpiran y humedecen algo el ambiente.

A la vez, el sol calienta a placer los suelos desnudos, dañando a los microorganismos que lo hacen fértil y elevando las temperaturas máximas y mínimas veraniegas, reduciéndose la formación de rocío y niebla. Sin arbolado (o con éste escaso, como acontece en la dehesa cultivada) las tierras de cereal no pueden contribuir a difundir vapor de agua en el aire cuando ello es más urgente, ni pueden operar como sustentadores de núcleos de condensación. Al mismo tiempo, los cultivos se hacen mucho más vulnerables, pues mientras una primavera seca daña al cereal por causa de su raquíptico sistema radicular, afecta en muy poco a los árboles, por ejemplo, al *quercus ilex* L. subespecie bellota, variedad de encina que proporciona las bellotas mejores para la alimentación humana. En ese contexto el ciclo del agua queda alterado de forma negativa, pues dado que las tierras de labor infiltran menos y peor el agua que las de monte, matorral o pastizal lo que se incrementa es la escorrentía, causante de mayor erosión hídrica y reductora del porcentaje de humedad de los suelos. Así mismo, el cambio climático que la destrucción de los bosques ocasiona, reduce las precipita-

ciones en forma de nieve, que son las que mejor hacen penetrar el agua en lo profundo de los suelos, humedeciendo éstos como no logra hacerlo la lluvia, y reduciendo a su mínima expresión el arrastre de nutrientes¹⁸.

Por tanto, el agravamiento de la sequía estival es directamente proporcional al aumento de la superficie destinada a cereal, que pasó, para todo el país, de 6,1 millones de has. en 1800 a 9 en 1860. Un clima como el mediterráneo necesita numerosos bosques bombeando el agua de los horizontes medio y profundo del suelo por las estomas de las hojas en el verano, para mantener la humedad relativa del aire alta, para favorecer la condensación y precipitación del vapor, para reducir de manera apreciable las temperaturas estivales con su efecto termorregulador y para proteger a la tierra de los agresivos rayos del sol. Aquellos, al mismo tiempo, frenan los vientos, tan desecadores en esa estación, y con la hojarasca y las deposiciones de la fauna que los habita, proporcionan nutrientes a todas las tierras, también a las de cultivo. Se necesitan bosques de tilos, que transpiran 8 veces más agua que los pinares, de robles, de hayas, y no plantaciones arbóreas desecadoras como los eucaliptales, o acidificantes de los suelos y muy escasamente emisoras de vapor, como sucede con el pinar cuando se le pone fuera de su marco natural.

Una función similar a la del cereal, en relación con el ciclo del agua y la sequía estival, desempeñan los cultivos leñosos que sustituyeron, en régimen de monocultivo, al bosque y pastizal originarios, el olivo, la vid,

18 Lo expuesto justifica la condena, contenida en "Casos y cosas de Soria", VVAA, de la "plaga de cereal que enferma a la provincia", lo que es muy exacto, pues el campo soriano tiene, de manera natural, vocación forestal y ganadera, siendo el cereal, en particular el trigo, una gran desgracia que ha empobrecido a aquellas zonas en que señorea, envileciendo el paisaje, degradando los suelos, reduciendo las precipitaciones y haciendo más extremo el clima. S. Araúz de Robles, en "Los desiertos de la cultura. Una crisis agraria", apunta que "la ruina económica" de Castilla en la edad contemporánea resulta de la expansión lunática del cereal, lo que ha sucedido por "Real Decreto", por imposición estatal. Exacto. Ya Pio Cerrada en "La riqueza agrícola y pecuaria de España", libro publicado en 1896, deplora "el delirio de roturaciones" resultante de las desamortizaciones, señalando como efectos de ello los muy bajos rendimientos por unidad de superficie (asunto de una enorme importancia, que casi todos olvidan y sobre el que se ha de volver), la reducción de la cabaña ganadera y la pobreza del campesinado. Para ese tiempo la sequía era ya el problema principal de nuestra agricultura, según Cerrada, lo que difícilmente podría haber sido afirmado con tanta rotundidad sólo cien años antes. Apunta que la falta de precipitaciones proviene de la falta de bosques, y que el remedio es poner fin a los desmontes y realizar una extensa restauración forestal. Pero no sólo el cereal fue responsable del cambio climático. La demanda industrial de resina en el siglo XIX hizo que apreciables extensiones de robledales, quejigares y otras especies de notable poder transpirante y potente capacidad de creación de biomasa fueran repobladas de pino negral, rodeno o resinero, lo que lleva a la creación de La Unión Resinera Española en 1898. Esto elevó el número de pinos resinables de los 2,5 millones que había en esa fecha a 13 millones en 1910. Cuando en los años 60 del siglo XX la demanda de resina cesó, ahí quedaron los artificiales pinares, como monocultivos dañinos y peligrosos, pues la foresta primigenia no ha sido recuperada, asunto que evidencia al mismo tiempo el colosal poder destructor de la industria moderna y la enorme magnitud de los costes ocultos que ocasiona.

el almendro y algunos otros tenidos, cada vez más, en régimen de monocultivo, aunque acaso su existencia sea un poco menos dañina para el clima (no para los suelos), dado que conservan verde su sistema foliar en el verano. Yendo ya a la cuestión fundamental, la de las causas de las lluvias, hay que empezar admitiendo que se sabe poco sobre ello. En el presente las precipitaciones se asocian a la llegada desde fuera de la península Ibérica de grandes frentes nubosos que descargan agua, en más o menos cantidad dependiendo del factor relieve, por lo que se tiende a negar casi toda significación en la determinación de los valores termoplumiométricos a que los suelos posean o no cubierta arbórea y vegetal. Sólo algunos textos, de mala gana, se avienen a admitir que las áreas bien forestadas pueden incrementar las precipitaciones en un 10% respecto a las partes rasas¹⁹. Como mucho, se asigna al bosque alto una función de condensación de la humedad del aire, pero apenas se reconocen sus prestaciones como gran bomba natural extractora de agua de los horizontes profundos del suelo para lanzarla a la atmósfera. Más comprensión encuentra otra función del arbolado, hacer que las aguas se infiltren mejor, fluyan más pausadamente y sean embebidas en mayor proporción por las tierras ricas en humus, de donde resulta una recarga más eficaz de los acuíferos, una humedad mayor de los suelos y un mayor caudal en manantiales, arroyos y ríos. Pero incluso sólo con el raquítrico incremento del 10% en las precipitaciones tendríamos que, puesto que el total de aquellas en el país es de 350.000 millones de metros cúbicos, caerían cada año 35.000 millones más, cifra nada desdeñable, pues se aproxima al total del agua recogida en presas y embalses a final de año.

¹⁹ Así se expone en "La ingeniería en los procesos de desertificación", F. López Cadenas de Llano, coord. Pero eso es confuso, pues se refiere al incremento observable de la pluviosidad en un bosque más o menos extenso en comparación con las tierras no forestadas próximas en las condiciones climáticas actuales, cuando lo interesante es calcular cómo aumentaría la cantidad de agua caída y su distribución estacional en caso de proceder a una arborización general del país, pongamos por caso, 20 millones de has. en 40 años. De la relación entre el clima y el bosque Platón se ocupa en "Critias", aunque lo que dice es confuso y poco concluyente en lo más principal. José Brugat en "Influencia de los montes en la hidrología del país" (Zaragoza 1879) sostiene que, taladas las forestas, hay ausencia o escasez de agua en verano, menos manantiales, falta de líquido elemento en los abrevaderos, sequías frecuentes y pastos más escasos, pobres e irregulares, además de más inundaciones en tiempo de lluvias. Pero termina con una expresión inapropiada, que la función de los bosques es más "la de condensar que la de evaporar". A pesar de ello, aporta, aunque confusamente, una fórmula de valía: montes en las alturas y cultivos en las tierras bajas. En "La fertilidad de la tierra", E.E. Pfeiffer, se lee que "una región pobre en bosques es pobre en agua", formulación que establece adecuadamente la relación entre causa, la ausencia de árboles, y el efecto, la aridez. A algunos contemporáneos de las grandes roturaciones y destrucciones de bosques realizadas por la aplicación de la ley de desamortización civil de 1855 no les pasó desapercibido la disminución del caudal de los ríos y, por ejemplo, E. Azaña, en "Historia de la ciudad de Alcalá de Henares", publicada en 1882, hace notar que el Henares lleva "mermada hoy su corriente".

En ese sistema explicativo, que se sirve del universal abstracto “clima mediterráneo” para formular una teoría de carácter atemporal, determinista y fatalista, hay árboles porque llueve, pero no admite que llueva porque exista arbolado, de donde resulta que el único remedio a la aridificación es el riego. Tal explicación, como suele suceder, es una transposición de los intereses del capital, que está ansioso por convertir en gran negocio el suministro de aguas, especialmente en las zonas costeras a través de la desalinización, lo que le lleva a desdeñar la restauración forestal, por “el desmesurado coste de la plantación” y porque los resultados son necesariamente lejanos, imprecisos y de escaso interés crematístico, ya que la salvación del bosque, monte y pastizal autóctonos, que hoy aportan una cantidad mínima a la formación del PIB, no es negocio y tampoco es prioridad estratégica. Pero, como se dirá, el riego es negativo, por su función salinizante de los suelos y porque puede trasladar numerosos tóxicos a éstos. Sólo el agua de la lluvia está libre de tales inconvenientes, aunque no del todo a causa de la creciente contaminación atmosférica.

La política como espectáculo y como ejercicio de la tiranía del partido único de partidos que padecemos ha venido a asignar a la derecha la defensa de los grandes trasvases entre cuencas, y a la izquierda la de la desalación a gran escala. Consecuentes con esta postura J.M. Naredo y A. Estevan han publicado el ya citado “Ideas y propuestas para una nueva política del agua”, dirigido a pergeñar un programa hidráulico de sesgo “ecologista”. Su idea es, con el argumento de ahorrar agua, sustituir la habitual línea de oferta casi ilimitada a bajo precio, gracias a los grandes gastos no reembolsables que el Estado realiza en enormes infraestructuras de trasvase y regadío, por otra en la que lo dominante sea una política de demanda caracterizada por precios realistas, esto es, elevados, con escasas infraestructuras nuevas de tipo antiguo, acudiendo más bien a la desalación de agua de mar a gran escala, así como a la reutilización de aguas residuales previamente depuradas, tareas para las que lo esperan todo del “avance de las tecnologías”. Como dicen los autores, “se trata, en suma, de utilizar adecuadas combinaciones de planificación, gestión y mercado, en el marco de una clara y renovada regulación estatal” para lograr un “uso eficiente del agua”, asunto en el que “un personal técnico más diverso”, pero no la gente común, el pueblo, ha de hacerse cargo de decidir y dirigir, pues hemos de tomar conciencia de que “ya no hay agua para todos”.

Lo que ello significa es un intervencionismo estatal renovado, que pondría en manos de expertos la dirección de la política hidráulica. En segundo lugar, esa política de agua cara pondría el líquido elemento en manos del gran capital más de lo que ahora está, constituyendo “aguateros” (ellos lo denominan “instalar bancos y mercados de agua”, curiosa expresión en quienes alardean de “anticapitalismo”), aquellos capaces de pagar los nuevos precios, sin que ello redujera en nada, antes al contrario, el consumo, pues en las actuales condiciones institucionales se ha de tender a gastar toda la existente, con la particularidad de que ello lo harían quienes están en condiciones de pagarla, los más activos empresarios de los agronegocios, los promotores inmobiliarios más poderosos y la industria turística más rentable. Los precios elevados no han de reducir el consumo sino convertirlo en un negocio aún más lucrativo, por lo que aquél se incrementará y, por tanto, los ingenuos que se creen la consigna de “ahorro de agua” para destinarla a fines medioambientales quedarán, una vez más, burlados. Al mismo tiempo, Naredo y Estevan velan por los intereses económicos del Estado (“los poderes públicos”, en su jerga oficialista), pues desean que éste recupere lo invertido en grandes obras hidráulicas, ya hechas y por hacer. En realidad, lo que proponen, aunque evitan decirlo con claridad, es una política neoliberal de privatización pura y simple del agua, que entregue ésta a quienes tengan más solvencia económica, dejando de lado el anacrónico paternalismo actual y, de paso, privando de agua al pequeño agricultor.

Al ser más cara el agua se gastará en cada unidad de consumo con más parsimonia, sí, pero sólo para incrementar, quizá prodigiosamente, el número de dichas unidades, de tal manera que la destructividad inherente al modo capitalista de usar el líquido elemento se multiplicará. En efecto, con la “política de ahorro” propugnada se tendrá agua para poner en explotación nuevos regadíos que dismantelen nuevas tierras y contaminen más las corrientes de agua, los acuíferos y el mar, como está ya sucediendo; para establecer nuevas urbanizaciones y complejos turísticos, para abrir nuevos campos de golf. Ello creará una situación de creciente desastre ambiental, pues, pongamos por caso, si cada campo de golf ahora existente ahorra el 50% de agua, ello permitirá doblar su número, lo que multiplicará al menos por dos la cantidad de agentes químicos, tan abundantes como tóxicos, por aquellos utilizados que serán vertidos al medio ambien-

te. También, cierto es, se doblarán, o quizá triplicarán, los beneficios de las grandes compañías promotoras, así como los ingresos fiscales del aparato estatal. Ello no significa que haya que defender la arcaica política de gestión del agua a través de la oferta, hoy superada, sino que viene a decir que cualquier solución en el marco del sistema constituido es negativa, y que han de ser rechazadas todas ellas, sin etiquetar ninguna como “positiva”. Lo que Naredo y Estevan hacen es modernizar, en el sentido de adecuar a las presentes circunstancias, la política oficial del agua, mientras que la solución es repensar el orden vigente para establecer otro que apueste por el incremento de las lluvias y la suavización de la sequía canicular a través de una restauración forestal a grandísima escala.

Cuando la propuesta alcanza el tono más demagógico es al prometer “recuperar la calidad del agua”. Ello es imposible porque la racionalización capitalista de su uso que preconizan lleva directamente a una caída aún mayor de la calidad. Así es, al forzar un consumo más concentrado, cada unidad de volumen de aquella recibirá, al ser consumida, una cantidad mayor de contaminantes de uno y otro tipo. Es cierto que una parte de los solutos puede eliminarse por depuración, pero no todos y quizá no los más tóxicos, como algunas sales, los nitratos, los pesticidas, diversos hidrocarburos, ciertos éteres, las dioxinas, los metales pesados y tantas otras sustancias nocivas sutiles que, por cientos, cuando no por miles, emponzoñan las aguas. Éstos, una vez diseminados en los flujos acuáticos son muy laboriosos, y costosos, de extraer, por lo que permanecen allí, contaminan las tierras, envenenan los alimentos y, sobre todo, hacen aún más insalubre el agua del mar y las criaturas que la habitan. De manera que cuando proponen desalar ésta²⁰, ¿se eliminarán también los cada vez más numerosos y más concentrados productos nocivos que contiene?

²⁰ Uno de los particulares menos aceptables del texto es los procedimientos de que se sirve para confundir al lector poco advertido pues, por ejemplo, tras triturar verbalmente la política de trasvases, pasa a proponer el “reforzamiento del acueducto Tajo-Segura con aportaciones complementarias (Zorita, Jarama, etc.)”. Esto es, sabedores de que las necesidades de agua del sureste, para seguir incrementado el vertiginoso desarrollo capitalista en el área, son insaciables (por ejemplo, la agricultura murciana de exportación crece al 18% anual, y desea seguir haciéndolo, siendo el agua el principal factor limitante), se proponen añadir a los caudales ya arrebatados ilegítimamente a otros territorios nuevas aportaciones, para lo cual los autores dirigen sus codiciosas miradas incluso hacia el río Jarama, ya exhausto y muy contaminado, preconizando lo que vendría a significar su liquidación virtual como corriente de agua digna de tal nombre. No menos repelente es el apoyo que, entre líneas, otorgan a la agricultura bajo plástico almeriense, esa aberración agronómica, civilizacional y social mimada por la socialdemocracia desde el gobierno de Andalucía, que hace que la provincia de Almería gaste cerca de 500 hectómetros cúbicos anuales de agua con una aportación por las precipitaciones de poco más de 200. Lo mismo puede decirse respecto de la fresa (el “oro rojo”) del litoral de Huelva, que está vaciando los acuíferos Almonte-Marisma y Ayamonte-Huelva (consume casi 30 millones de metros cúbicos anuales de

Pero al ocuparse de ese asunto lo que más atrae su atención es elaborar “un programa específico de reducción de costes”, sin que la cuestión de la salubridad les preocupe. Ésta, además de por la situación concreta de las aguas marinas, está amenazada por las técnicas mismas de desalación, que se sirven de productos tóxicos. Según “Agua y agronomía”, F. Martín de Santa Olaya, P. López y A. Calera, las sustancias añadidas en el proceso son: metales pesados (Cu, Fe, Ni, Cr, Zn), fosfatos, ácido málico, cloro, ácidos grasos, sulfuro de sodio, ácido sulfúrico y otros productos. Ello, desde luego, es bastante desasosegante. Del mismo modo, las esperanzas depositadas en la reutilización previa depuración, de las aguas negras y grises de las ciudades, deben ser puestas en entredicho, pues su uso más común, para riego, contribuye a la degradación de los suelos hortícolas con los productos químicos y residuos persistentes, a menudo bioacumulativos, que contienen. Por tanto, la batería de proposiciones del ecologismo más innovador no sólo no presenta soluciones concretas mejorantes, al menos de manera parcial, sino que, en este caso, lo preconizado resultará en un empeoramiento de las condiciones medioambientales, más aún si se considera que las desaladoras consumen bastante energía. La posición apropiada está recogida en “Agua, ¿mercancía o bien común?”, R. Germinal y otros, donde se demanda que el agua sea un bien comunal y autogestionado, no una mercancía ni un recurso gobernado por el Estado, tampoco una combinación de lo uno y lo otro, como proponen Naredo y Estevan.

El proceso de artificialización de la conducción y consumo del agua, que cada vez necesita de más tratamientos, esto es, de más gasto de medios técnicos, energía, recursos naturales y trabajo humano, ejemplifica lo que es el orden social actual. En éste todo ha de convertirse en negocio, por tanto, en consumo creciente de bienes de la naturaleza y de tiempo de trabajo de los seres humanos. Antaño, beber, asearse, abrevar, regar, hacer funcionar máquinas de agua, como molinos y batanes, eran operaciones sencillas que se realizaban con un esfuerzo mínimo y que tenían un sustancial componente de informalidad, simplicidad e inocencia. Hoy no es así, pues el simple acto de beber un vaso de agua demanda un despliegue

agua), que se asienta sobre terrenos otrora comunales y arbolados, hoy particularizados y deforestados, y que tiene como insumos el letal bromuro de metilo (en la actualidad prohibido, al parecer, pero usado), fertilizantes inorgánicos, fitosanitarios, plásticos de diverso tipo, estructuras metálicas y energía, todo para lograr un producto insípido y tóxico que devoran con fruición, sobre todo, los consumidores del centro y norte de Europa.

de medios técnicos, productos químicos y esfuerzo laboral que anonada, además de que el acto de beber va siempre asociado a la inquietud por la incertidumbre sobre la salubridad de lo ingerido.

Las utopías tecnológicas de la izquierda, que prometían una sociedad del ocio gracias al supuesto potencial multiplicador de la máquina en el post-capitalismo (que es, en realidad, el capitalismo más perfecto), se han realizado como su negación, pues el uso creciente de medios técnicos y productos químicos, por sí mismos y por sus efectos colaterales, está creando una sociedad en la que el tiempo de labor se alarga cada vez más. Expone Juan de Mariana que los tiranos hacen trabajar sin descanso a sus sometidos para que éstos no puedan concebir, por ausencia de tiempo para la reflexión, el ideal supremo de la libertad, ni unirse para planear la lucha por recuperarla, de tal manera que uno de los síntomas de toda dictadura es el incesante laborar de quienes la padecen. En consecuencia, recuperar la libertad política y civil es retornar a la simplicidad, lo que en el caso tratado equivale a hacer del agua un recurso natural que ha de ser objeto de una gestión comunal y no un producto de la industria, lo que es posible aún, fomentando la lluvia con la multiplicación excepcional del arbolado.

Volviendo al examen concreto de los problemas hídricos, tenemos que incluso un modesto incremento en el 10% en las precipitaciones lo situaría, de media, por encima de los 730 mm anuales, desde los 670 actuales, aunque la situación es muy diversa, pues aquellas oscilan entre los 300 mm de ciertas áreas en el sudeste, Zamora y del valle del Ebro a los 1.400 de algunos espacios del norte y de las cumbres montañosas del interior. Claro que el meollo de la cuestión está no en lo que caiga todo el año sino en el agua que cae en el estío, de la que depende el futuro del medio natural en los 4/5 de la península Ibérica. En puridad, las precipitaciones totales aquí no son escasas en términos absolutos, como se comprueba al comparar con la media de las recogidas en Alemania, 770 mm anuales; Suecia, 700 mm; Francia, 806 mm; o Finlandia, 660 mm. Pero, en la península Ibérica, llegado junio, el sol calienta con tal fuerza que multiplica el agua perdida por evapotranspiración, lo que ocasiona una desecación descomunal, mantenida por un lapso de tiempo excesivo. Ello sólo tiene un remedio posible, constituir una cubierta vegetal que proteja a los suelos

de los rayos solares, que haga descender las temperaturas y que al mismo tiempo humedezca y refresque la atmósfera con el vapor emitido por los estomas, haciendo más fácil la lluvia, explícita y oculta. Una demostración de ello son ciertos datos sobre humedad relativa del aire que, si en terrenos rasos es, por ejemplo, del 50%, en el bosque cerrado se eleva al 69% y en el bosque abierto al 56%, si bien tales cifras están desfiguradas porque se refieren a espacios a pequeña escala en un contexto de deforestación general muy grave, siendo otros datos, mucho más favorables a las zonas arboladas, los que resultarían en el caso de que la vegetación de todo el país fuera abundosa hasta lo lujuriante.

Esta reflexión tiene un sólido basamento histórico. Recuperada la naturaleza de la destrucción medioambiental ocasionada por los tres imperios, el romano, visigodo e islámico, se crea una sociedad de más que suficiente abundancia material debido, en buena medida, a que al basar su economía en el monte, las plantas y frutos silvestres y los ganados, más que en la agricultura y los cultivos, lograba mantener unas condiciones hídricas, climáticas y edáficas óptimas, lo que explica la notable carga poblacional que seguramente, tuvo la península Ibérica todavía en el siglo XV. La situación cambia por un factor político, la emergencia de la atroz idea del imperio, a partir de los Reyes Católicos. La agresión imperial, en América y, sobre todo, en Europa, se financia también, y quizá sobre todo, con la tala de grandes extensiones de bosque, cuyas tierras se destinan al cereal y al viñedo, proceso que, en el final del siglo XVI, culmina con la desamortización de baldíos (cuya etimología viene de que eran usadas “de balde”, sin pago, al ser comunales) y el ascenso de la agricolización, en donde está una de las causas (ciertamente, existen otras) de la decadencia y pobreza observable en el siglo XVII. Ello es examinado con penetración en una obra señera, “Restauración de la antigua abundancia de España”²¹,

21 La edición actualizada, hecha en Madrid en 1975 a cargo de J.P. Le Flem, tiene un divertido “lap-sus” en la portada, donde campea el título “Restauración de la abundancia de España”, sin el “antigua” de la edición de 1631, aunque luego en el interior el título es correcto. En la mentalidad progresista y modernizante a ultranza de los editores es inconcebible que en España haya habido “antigua abundancia”, pues según tal credo en el pasado sólo ha existido, y sólo podía existir, escasez, pobreza, hambre y muy escasa población, de tal manera que es en el futuro, y sólo en el futuro, donde ha de estar, de manera además necesaria conforme a las leyes de la historia y gracias a los avances de la ciencia, la técnica, el parlamentarismo (“democracia”, en su impúdica logomaquia) y las ciencias sociales, la más grande plétora de bienes materiales y, con ella, la dicha y felicidad perpetuas. Todas estas desmesuras han impedido hasta hoy una lectura imparcial de la obra de Caja de Leruela, al que se pretende descalificar por su condición de funcionario de la Mesta, denuncia realizada por profesores funcionarios del Estado que nunca admiten su parcialidad objetiva, ni mucho menos la habitual falta de libertad intelectual que preside su quehacer profesional. Por lo demás, Le Flem, en la “Advertencia preliminar” que acompaña a la edición citada, manifiesta haber entendido muy poco de lo propuesto por Caja, pues se

editada en 1631, cuyo autor es Miguel Caxa de Leruela. Parte de lo obvio para todos en ese tiempo, la escasez de los productos de primera necesidad, la carestía de los precios y la despoblación, que resultan del “rompimiento (labranza) de dehesas y pastos comunes” consecuencia de las medidas fiscales y privatizadoras tomadas por Felipe II en la segunda mitad del siglo anterior.

El efecto de ello es “la ruina de los ganados”, hecho al que Caxa presenta como primera causa de pobreza y declive demográfico. Advierte que los terrenos labrados dan “los tres o cuatro primeros años” buenas cosechas pero, luego, agotadas las tierras y sin estiércol suficiente para el abonado, decaen rápidamente, hasta el punto de que una buena parte de ellas han de ser abandonadas, de manera que ya no sirven como espacios de labor y tampoco resultan utilizables como anteriormente, en la forma de dehesas y pastaderos, por la degradación edáfica acaecida. Lamenta, además, que desde 1603 los ganados estantes, que es los que Caxa considera, con acierto, más beneficiosos, hayan sido excluidos de los privilegios de la Mesta, lo cual ha acelerado su decadencia y mengua, de donde resulta que cada vez hay menos “bueyes para arar y ovejas para estercolar”, y aduce que en la agricultura el estiércol y el agua hacen milagros, y que, por el contrario, “sin ganados no hay pan ni vestidos”, lo que muestra que las “pastorías” son la clave de bóveda de un orden económico satisfactorio.

Lo deseable, continúa, es la unión entre “labranza y crianza”. Ello, además de una gran verdad, es una crítica a la Mesta, tal como se constituye definitivamente en el siglo XVII, pues ésta rompe la relación entre el ganado y la agricultura, al destinar aquél a producir un único bien, mercantil y exportable, la lana (lo que desdeña la carne, leche, cuero y, sobre todo, el estiércol), asunto que quita la razón a quienes, con gratuita malicia, ven en el alegato de Caxa una defensa corporativa del régimen mesteño, cuando es lo que su título dice, una reflexión sobre la pobreza y la riqueza consideradas en términos de bienes necesarios, no de los tesoros ensangrentados llegados de las Indias. Añade que “la destrucción de los

limita a repetir la torpe dogmática neomalthusiana (que yerra siempre porque todo lo enfoca desde la ortodoxia de lo agrícola entendido al modo burgués, es decir, como lo decisivo) arguyendo que la causa última de las roturaciones fue “el exceso de población”, a pesar de que Leruela demuestra que los hechos sucedieron de otro modo: las exigencias económicas del Estado castellano imperial, y no la mucha población, llevaron a masivos rompimientos de tierras, de donde resultó decadencia pecuaria y agrícola, escasez y declive poblacional, siendo el factor demográfico el efecto, no la causa.

montes”, realizada desde mediados del siglo XVI, es lo más a deplorar, pues aquellos son imprescindibles para el ganado y “el labrador, sin ganado, es perdido”. Vitupera también la tendencia a la conversión de los pastos en viñedos, asunto más a repudiar por cuanto se buscaba producir más vino para que sirviera de elemento narcotizante de la conciencia popular, matiz que no escapa al autor. Advierte que otro mal resultante de “la ruina de los montes” es “la falta de caza” y termina advirtiendo contra la tendencia en ese tiempo en Castilla a anteponer la labranza a la crianza de ganado.

Caxa, con la cautela necesaria, se atreve a condenar el imperialismo castellano, en el que entrevé la causa última de los males que denuncia²², por lo que exhorta a renunciar a la conquista de tierras ajenas para vivir de y con lo propio, sin sacrificarlo a un lunático programa de dominio mundial. Ello muestra que este autor se sitúa muy por delante del ambientalismo y ecologismo contemporáneos, pues comprende lo decisivo, que es el Estado, en su afán expansionista, el que carga a la agricultura y ganadería con exigencias tan descomunales que terminan por devastar el medio natural, de manera que si se desea consecuentemente su recuperación no hay “apoliticismo” posible. Finalmente, Caxa presenta su conclusión, recuperar la antigua abundancia de la península Ibérica por el procedimiento de poner en explotación “pocas tierras labrantías”, cuya proporción parece situar -aquí el texto es algo confuso- en un 1/6 del total, quedando el resto como bosque, dehesas y pastaderos.

Hasta aquí hemos tratado de los aciertos de Caxa, pero no se pueden ignorar su deslices y errores. Apenas presta atención al cambio climático que estaban ocasionando los rompimientos a gran escala de tierras vírge-

22 La investigación histórica no deja dudas sobre que la idea del imperio, al realizarse, fue la causa primera de la destrucción del medio natural desde el siglo XVI en adelante, pues con la tala de los montes y las roturaciones de los suelos vírgenes se financió principalmente la política militar de los Austria primero y de los Borbones después, hasta finales del siglo XIX. De manera similar, el neo-imperio español actual, manifestado en las empresas multinacionales (Repsol-IPF, Aguas de Barcelona, los grandes bancos, Telefónica, y tantas otras, ya más de 1.000), en las intervenciones militares en el exterior y en la agresiva diplomacia española, aunque depende mucho menos de los recursos naturales endógenos para financiarse, si hace de la agricultura y del bosque un rehén que se ha de someter a sus directrices estratégicas, con lo que el daño es similar al del pasado. Es a destacar que el auge definitivo de las empresas multinacionales españolas tiene lugar bajo la dirección de los gobiernos de la izquierda, pues el PSOE, tras ganar las elecciones en 1982, aplica una activa política de promoción de la gran empresa, forma concreta que adopta la pulsión izquierdista sobre favorecer a toda costa “el desarrollo de las fuerzas productivas”, lo que realiza con tanto éxito que, en 1996, cuando la derecha expulsa del gobierno al PSOE, las multinacionales españolas ya estaban operando a pleno rendimiento. Ello muestra, una vez más, que la izquierda es la expresión superior y más efectiva de los designios del capitalismo. Consultar, “El auge de la empresa multinacional española”, Mauro F. Guillén.

nes, lo que, además de la escasez de abonos, tuvo que originar un descenso de los rendimientos agrícolas, pues en las condiciones concretas de clima mediterráneo, si hay buena cubierta vegetal, la producción de biomasa es óptima²³, por la conjunción de agua, suelos vivos y sol (este último escasea en el clima atlántico, lo que hace bajar la cantidad y, sobre todo, la calidad nutricional y organoléptica de lo cosechado), pero si la vegetación arbórea se deteriora más allá de un punto se produce con rapidez la desertificación y la decadencia de los cultivos. También es recusable la superficie que pretende destinar a la agricultura, dado que un 17% parece poco, habiendo que elevar la proporción al 20-22% (hoy es del 37% de la superficie total). Así mismo, no se comprende por qué un tratadista tan erudito, que cita a un sinnúmero de autores clásicos, nada diga sobre la función de los frutos y hierbas silvestres (amén de la miel, tan decisiva antaño) en la alimentación humana, a pesar de que aquellos exponen que los pueblos prerromanos de la península Ibérica se alimentaban de pan y otros preparados de bellota los dos tercios del año. Esto es primordial, pues actúa como punto de bifurcación, teniéndose que escoger entre, por un lado, la agricultura de Columela y, luego, Alonso de Herrera, que es la antecesora de las oficiales hoy, y, por otro, la de los pueblos anteriores a la llegada de Roma, que al atender a los frutos silvestres, resulta ser bastante más adecuada a la peculiar realidad peninsular, en lo que toca a clima y pluviosidad.

También, Caxa desacierta en la centralidad que otorga al estiércol como abono, quizá inducido por la conocida frase de los “Proverbios”, sobre que “del vigor del ganado depende la abundancia de las cosechas”, o tal vez por el dicho “el labrador, antes sin orejas que sin ovejas”, o acaso por este otro, reciamente asertivo, “más vale cagajón de borrico que bendición de obispo”, pues fundamental, como abono, ha de ser la hojarasca de los montes que, arrastrada mansamente por las aguas de la lluvia y las aguas nivales es óptima para fertilizar de manera espontánea las áreas bajas y planas, que es donde han de estar los cultivos. Se admite que bosques con una superficie cubierta superior al 70% tienen una pérdida de suelo de 3 toneladas por ha. y año, lo que en éste caso es positivo, pues tal parece ser inferior a la cantidad anual de suelo que se forma, de modo

²³ Un dato que avala lo expuesto es que en la península Ibérica hay unas 7.500 especies vasculares, entre 4 y 6 veces más que en los países europeos de clima atlántico. En éstos los productos agrícolas tienen más agua y menos materia seca, por debilidad relativa del calor y la luz solar, lo que hace que su capacidad nutricional y cualidades organolépticas sean inferiores a los de las áreas mediterráneas.

que hay excedente de nutrientes para las superficies agrícolas. Incluso los pastizales permanentes, que ceden 7 toneladas por ha. y año, están dentro de lo admisible, y también proporcionan materia orgánica a los campos de labor. Otra cosa son los cultivos herbáceos de secano, con 29 toneladas de pérdidas. Por tanto, las tierras de cultivo han de depender más del bosque que de los ganados para su fertilización, y alcanzar tal situación es la clave de una buena ordenación del trinomio bosques, ganados y agricultura. Ello viene a significar que es el monte la clave de bóveda de un sistema agrosilvopastoril óptimo, pues con su plétora garantiza el agua, lo principal del abono, el mantenimiento de la fertilidad de las tierras, los frutos y materias primas, para los seres humanos y para los rebaños, caza, pesca²⁴ y un clima moderado. Lo expuesto no debe entenderse como una descalificación del estiércol y del ganado sino como un juicio que los sitúa en un segundo, aunque importante, lugar.

Pero, a pesar de sus desaciertos, la formulación nuclear de Caja de Leruela, mucho monte, pastorías y praderas y pocas tierras de labor, es correcta, para el tiempo en que fue expuesta y más aún para hoy, dado que existe un problema añadido, la general devastación en crecimiento imparable, hasta el presente, del medio natural. La reducción radical de las tierras de labor para favorecer las de vegetación espontánea queda avallada por ciertos datos de la agricultura contemporánea. Hoy el 10% de la

24 Hasta hace menos de 50 años, antes de que se culminara la descomunal red de más de 1.100 grandes presas que desnaturalizan y asfixian nuestros ríos más caudalosos, la pesca de aguas dulces fue un recurso alimenticio de notable significación. Un ejemplo era el río Tajo, hoy gravemente contaminado y eutrofizado, además de tener muy disminuido el caudal, a su paso por La Puebla de Montalbán (Toledo), donde todavía a mediados del siglo XX “más de cuarenta familias” se dedicaban a ella como ocupación principal, siendo famosa esa zona por la calidad de las anguillas, en “Así era La Puebla”, J. Martín y A. Adrada. Más cercano en el tiempo es el caso del río Bullaque, afluente por la derecha del Guadiana, nacido en los Montes de Toledo, donde hasta hace sólo unos años la ictiofauna era tan abundante que permitía la existencia de pescadores (“peceros”) profesionales, además de los muchos comarcanos que practicaban ocasionalmente la pesca, lo que ofrecía a todos unos productos alimenticios de notable calidad y virtualmente inextinguibles, mientras las capturas se realizaban al modo tradicional. No sólo se beneficiaban los peces (con 10 especies autóctonas) sino también los cangrejos y, al parecer, ciertos moluscos. Hoy, debido a las presas, a la sinrazón de las “correcciones de cauces” y al funesto monocultivo del maíz, que hace retornar al río una parte de las aguas de riego contaminadas por potentes agrotóxicos, aquel ya no es lo que era; en “Los peces del río Bullaque”, Quercus nº 240, 2006. Por tanto, la reducción de la fauna fluvial es uno de los muchos costes ocultos de la agricultura y ganadería intensivas. Un texto que ayuda a comprender los efectos de las grandes obras hidráulicas, así como a conocer las muy escasas providencias adoptadas para reducirlos, es “Impacto de las obras hidráulicas en la ictiofauna”, VVAA. Ahora está de moda en los ambientes ecologistas referirse a una próxima demolición de presas y obras hidráulicas, una vez que las autoridades han comprendido su nocividad, pero conviene advertir que ello no está sucediendo, pues sólo se están dando de baja unas pocas, por defectos técnicos insuperables o por colmatación. Desde luego, la red de grandes embalses que abastece de agua a Madrid, así como las que se la proporcionan a otras ciudades, por no citar las centrales hidroeléctricas de gran producción y las presas dadoras de agua para riego, no van a ser desmontadas hasta que no desaparezcan las grandes megalópolis, se proceda a una desindustrialización a gran escala y se eliminen los 2/3 de las actuales tierras de regadío. En éste como en tantos otros asuntos cierto ecologismo debería poner algún límite a la demagogia.

superficie destinada al trigo se riega y produce el 28% del total. Es cierto que ello se realiza en las mejores tierras, pero con un régimen de lluvias mejorado y con unas tierras fertilizadas de manera natural, probablemente bastaría con la mitad de la superficie sembrada de ese cereal para alcanzar una cosecha semejante a la actual²⁵.

Ello se puede pronosticar para todos los cultivos, pues las tierras irrigadas, que hoy son el 15% de la superficie agraria útil, aportan el 65% de la producción final, lo que viene a probar que en caso de una mejora de los índices de pluviosidad y, sobre todo, de una reducción de la duración e intensidad de la sequía estival, se alcanzarían interesantes incrementos en los rendimientos, pudiéndose realizar horticultura de secano, como era relativamente común no hace tanto, que, además, proporciona productos de una calidad muy superior a la de regadío. Hay que tener en cuenta, así mismo, que ahora los logros del secano en los espacios con clima mediterráneo son la mitad de los alcanzados en las zonas atlánticas, diferencia reducible con las medidas preconizadas.

25 La idea de volver a hacer montañas una parte de las tierras de cultivo actuales no es ajena a la agronomía actual. Por ejemplo, E. Nadal y M. Lacasa, en "El agua y el regadío en el futuro del mundo rural" exponen que "las fuertes roturaciones llevadas a cabo a lo largo del siglo XX y la deforestación consiguiente han aportado una significativa masa de tierras de labor de carácter marginal que a nuestro criterio deben ser devueltas al Bosque". Hay que advertir que ciertos entendidos sostienen que, a partir de 1960, hubo en España un "monumental desmonte", coincidiendo con la implantación por el franquismo de la agricultura científica, intensiva, mecanizada, quimiquizada y mercantilizada.

LA FERTILIDAD DE LAS TIERRAS

Ya se ha tratado bastante, en los apartados precedentes, sobre los factores que influyen, en un sentido positivo o negativo, sobre la calidad de la tierra. Por ello ahora se trata de completar el análisis. El carácter particularmente montañoso de la península Ibérica y su elevada altitud media (la mayor de Europa después de Suiza) hacen aún más inadecuada la extensión excesiva de la agricultura en ella, por las muchas tierras en pendiente que, incluso si reciben un laboreo especial, propenden a denudarse debido al fuerte arrastre hídrico, cuando no a erosionarse de manera grave o muy grave, dejando al descubierto la roca madre y quedando estériles no sólo para los usos agrícolas sino para cualquier otro, de manera que en vez de enviar nutrientes a las tierras bajas, mandan cascajo estéril que, poco a poco, va anegando el terrazgo laboreado, el cual queda inficionado por su esterilidad, al mismo tiempo que carecen de capacidad para mantener y retener el agua, por lo que ésta, en tiempos de lluvias, corre tumultuosa erosionando, y en la canícula no aparece en la forma de manantiales o fuentes. Por tanto, lo prudente aquí es convertir los terrenos escarpados, abruptos y en pendiente en espacios forestales y pecuarios, lo que es un argumento añadido a la propugnada reducción de las áreas cultivadas. La agricolización, realizada siguiendo servilmente modelos europeos, fue un colosal error que culminó con el empobrecimiento general del país.

Para volver a tener suelos vivos es necesario que el porcentaje de materia orgánica húmica crezca considerablemente. Se admite que a principios del siglo XX los suelos europeos tenían un 3%, mientras que un siglo después contienen un 2% de humus, considerándose muy buen suelo a aquel que supera el 7%. Hay acuerdo general en que existe un umbral crítico por debajo del cual las tierras de labor reducen de manera significativa los rendimientos, pero no es fácil decir cual es éste; algunos autores lo sitúan en el 1,5%, si bien la experiencia lo rebaja considerablemente, acaso al 1% o menos. El confiable estudio contenido en “Metales pesados, materia orgánica y otros parámetros en la capa superficial de los suelos agrícolas y de pastos de la España peninsular”, 2 vols., M. López y J.M. Grau (coordinadores), indica que el 50% de los suelos están por debajo del 1,7% de materia orgánica, con provincias en situación preocupante, como Almería con el 1,06%, Badajoz, 1,68%; Guadalajara y Segovia 1,76%, Sevilla

1,86% o Cáceres 1,99%. Una situación particular la ofrece Madrid, con 1,5%, siendo una de las medias más bajas, lo que ha de achacarse a la funesta significación medioambiental de la gran megalópolis y capital del Estado que hoy es la otrora pequeña villa de la Extremadura castellana. La ruptura entre ganadería y agricultura que hace que los rastrojos (y los viñedos, los plantíos de frutales, los olivares) ya no sean pastizales, con algunas excepciones, lo que supone que los suelos laboreados no reciben las excretas del ganado; la reducción de los bosques; la sustitución del abono orgánico por el químico; el uso universal de potentes herbicidas; la utilización de variedades de cereal con muy poca caña; la acidificación de los suelos e incluso la reducción del barbecho (por más que este sea un mal, excusable sólo cuando las áreas cultivadas no son fertilizadas lo suficiente por otros procedimientos) explican tales cambios a peor sin que la agricultura ecológica, como se trató, sea remedio a tal situación.

Con la deforestación y la labranza llega el desmantelamiento de los suelos, y con éste el semidesierto, todo es cuestión de tiempo. Los cinco factores contrarrestantes principales que pueden, incluso, llegar a anular el proceso son la fertilización continua y espontánea por medio de la hojarasca de los montes, la utilización de abonos orgánicos, la integración agricultura-ganadería, la reducción a gran escala de las fuentes (industria y transportes) de emisión de gases acidificantes, así como de metales pesados, y unas técnicas agronómicas apropiadas, con la advertencia de que cada uno de ellos no es una medida técnica sino una proposición política con unas derivaciones técnicas que sólo pueden realizarse, en las presentes circunstancias, a través de una revolución política. Ello es así porque la relación del ser humano con la naturaleza, al contrario de lo que precognizan interpretaciones ingenuas y simplonas unas veces, otras mendaces y maquiavélicas, no es un proceso biológicamente determinado que tiene como meta satisfacer las necesidades naturales, sino que su condición concreta depende de los fines fundamentales de cada formación social, por tanto, de la naturaleza singular de ésta, del tono moral prevaleciente, de la calidad media del sujeto y del grado de libertad existente, o bien, como es hoy el caso, de la falta de ella.

Puesto que el ser humano no es sólo, ni siquiera principalmente, una realidad biológica, su relación con el medio natural y con la tierra no puede ser pensada según patrones biológicos, como preconizan las diversas agronomías en curso, todas “apolíticas”, aunque eso sí, sin cuestionar nunca la asfixiante subordinación actual del agro al Estado, dado que éste es presentado por ellas ¡como una realidad natural! Pero si se admite que el ser humano es un “animal político”, según la definición aristotélica, entonces resulta que la política y sus factores concomitantes en las diversas esferas de la vida social constituyen un gran bloque causativo, del que depende el trato otorgado a los suelos, el destino de los bosques, el porvenir de las aguas y, dentro de ciertos límites, las características del clima, en suma, la forma específica de la agricultura, ganadería y selvicultura. Las agronomías actuales, todas oficialistas, todas dependientes al ciento por ciento del ministerio de Agricultura y de los organismos correspondientes de la Unión Europea, se presentan a sí mismas como independientes de toda política, como meras respuestas técnicas, la únicas posibles, a la cuestión del cultivo de la tierra, pero eso no es creíble. Mostremos un caso particular.

Bajo la modernidad, el destino ineluctable de los suelos es la acidificación²⁶, esto es, la pérdida de fertilidad también por disminución del pH. Ello resulta, sobre todo, de la emisión a la atmósfera de óxidos de nitrógeno por los tubos de escape de los automóviles (unos 0,35 g/km), así como de óxidos de carbono, que, en contacto con la humedad del aire se convierten en sustancias ácidas que van cayendo en cantidades ínfimas sobre las tierras, pero día tras día, año tras año. También acidifican los fertilizantes nitrogenados de síntesis. La industria, además, emite óxidos de azufre y de nitrógeno, así como ácido fluorhídrico, cierto es que menos por unidad de producto que hace unos años debido a los sistemas de depuración establecidos, pero como, en el plano mundial, el número de industrias, así como el número de automóviles, crece de manera rápida, resulta que la carga ácida anual que han de absorber los suelos se incrementa con el paso del tiempo. Admitamos por un momento que la in-

26 En “Tratado de la contaminación atmosférica. Problemas, tratamiento y gestión”, M. Seoáñez Calvo, Doctor ingeniero de montes, se expone que los suelos europeos se están acidificando, hasta 70 cm de profundidad, al menos desde 1925, y que cuando el pH desciende por debajo de 3,5 se hacen estériles, además de liberar metales pesados a las aguas subterráneas. Por lo demás, este librote, de 1.110 páginas, es tan superficial, vacío y simplón que ofrece un acabado ejemplo de cual es la naturaleza concreta de la sabiduría oficial, mera verborrea aleccionadora.

industria existe para colmar necesidades objetivas, independientes del régimen político, pero ello no puede aplicarse al automóvil, ni siquiera en un primer análisis²⁷. Éste es un artefacto mecánico que satisface necesidades ideológicas y políticas conforme a lo que el régimen de dictadura vigente en la modernidad demanda, pues a los por completo sometidos, degradados y desposeídos les otorga una engañosa ilusión de libertad, vitalidad y posesión, de funciones narcotizantes, dándoles además un motivo para vivir (tener y conducir el auto) cuando sus existencias han sido desposeídas de todo motivo, sentido y metas específicamente humanas.

Así mismo, una sociedad estatuida, en la esfera de los disvalores, sobre la centralidad de lo material y la magnificencia de las cosas tangibles, que desprecia y persigue los valores espirituales y la significación de lo inmaterial en la vida humana, ha de acudir a un llamativo objeto físico, bien visible, audible y palpable, resultante de la última modernidad técnica e industrial, para homogenizar adoctrinadoramente a los seres-nada que la constituyen. Ciertamente, todo iría mucho mejor sin el automóvil, todo menos el poder de las elites, y por ese motivo, los suelos han de acidificarse más y más, de manera que únicamente un régimen democrático, que no necesite de artefactos mecánicos por millones cumpliendo funciones legitimantes del “statu quo” podrá reducir el número de vehículos a motor a sus proporciones razonables, quizá la centésima parte de lo hoy establecido, salvando con ello la fecundidad de las tierras.

La salinización es otro de los procesos de degradación edáfica en rápido ascenso, pues se admite que en ciertas zonas peninsulares hasta una cuarta parte de las áreas regadas la padece ya, lo que primero ocasiona

27 Es recomendable la lectura de “Contra el automóvil”, A. García Calvo y otros autores. Sobre la objetividad de la existencia de la industria actual, algunas consideraciones de sentido común pueden poner las cosas en su sitio. La industria contemporánea trabaja, en primer lugar, para el ejército, en una proporción mucho mayor de lo que aparece a primera vista y de lo que se cuantifica en las estadísticas oficiales, que ocultan este asunto con meticulosa eficiencia. Además, opera para el automóvil, que absorbe, él solo, una parte sustancial de la producción de acero mundial, tanto como de otros varios productos intermedios esenciales. Así mismo, proporciona los objetos y sistemas técnicos imprescindibles para la continuidad de la estatuida sociedad del adoctrinamiento y la manipulación de las conciencias, destinada a negar la libertad espiritual, o de conciencia. También sirve maquinaria y equipos, a menudo para perfeccionar el control sobre los trabajadores en la unidad de producción, en la industria y en la agricultura. Una proporción menor satisface las falsas necesidades lúdicas, hedonistas y de diversión. Esos cinco sectores, cada uno de ellos de una complejidad colosal y dotados de ramas auxiliares y complementarias de embrollada naturaleza, absorben lo más principal de la producción industrial, de la que sólo una pequeña parte (pongamos, aunque ésta es una cifra harto imprecisa, el 15-20%) va a cubrir demandas realmente objetivas de la población, que se podrían satisfacer por medio de otros sistemas productivos menos reificantes, contaminantes e ineficientes, dado que tales necesidades son pocas y la elaboración de los productos que las satisfacen está exenta, en general, de complicaciones técnicas.

descenso de los rendimientos y después la infertilidad de los suelos, que han de ser abandonados. Decir regadío, sobre todo si se hace con caudales subterráneos²⁸, es decir salinización, mientras que el agua de la lluvia realiza funciones de lavado de las tierras que se están cargando de sales, regenerándolas, de manera que a más lluvias mejores suelos (excepto por la acidificación). El retorno a los regadíos tradicionales, que solían usar aguas de buena calidad, extinguiendo la agricultura capitalista de exportación y de abastecimiento a las grandes ciudades, es otro remedio a este mal, hoy todavía inicial pero temible a medio plazo, dado que progresa inexorablemente, en particular con los nuevos sistemas de cultivo hortofrutícola de alta productividad que, en contra de lo que se dice habitualmente, consumen bastante más agua que los precedentes y, por tanto, depositan más sales.

La compactación afecta a la calidad física de los suelos, y tiene como consecuencia el descenso de la fertilidad, así como la formación de costra, lo que origina inundaciones y coladas de barro, males muy poco comunes sólo hace unos decenios, que resultan del uso a gran escala de maquinaria pesada en las tareas agrícolas y silvícolas. Es a resaltar que la agricultura ecológica es tan tecnoentusiasta, al menos, como la convencional, pues se sirve de maquinaria sin limitaciones, lo que la hace, así mismo, bastante dependiente del consumo de energía. Conviene hacer observar que la vilificación física de los suelos por la descomunal utilización de maquinaria pesada es uno de los muchos problemas sin solución mientras una proporción enorme de la población esté confinada en las ciudades, modo de existencia que hace imposible su participación en las tareas agrícolas, lo que deberá ser universal en una sociedad bien constituida, en la que cada individuo apto ha de ocuparse de laborear esa media ha. anual que, según se dice, puede satisfacer sus necesidades, extensión a la que hay que añadir quizá otra media para proporcionar recursos a quienes no pueden trabajar (niños, enfermos, ancianos). Con ello la utilización de grandes máquinas, así como el acudir a los herbicidas, se hará innecesario, y se podrá unificar agricultura, ganadería y selvicultura. También el uso destructivo

28 Este tipo de aguas, en los tiempos que corren, resultan problemáticas, pues además de su alto contenido en sales, suelen, cada vez más, llevar compuestos organohalogenados, organofosforados y orgánicos de estaño, aceites minerales, hidrocarburos, amoniaco y nitritos, compuestos orgánicos de silicio, fluoruros, cianuros y, cómo no, metales pesados, que pasan a los cultivos y llegan a los seres humanos. Particularmente contaminante de las aguas fósiles es la industria metalúrgica donde se fabrican las máquinas agrícolas y los equipos de transporte que utilizan las agriculturas convencional y ecológica.

del bosque dejará paso a tareas metódicas de siembra de semillas y puesta de plántones en cantidad siempre superante de lo talado o dañado, en las que participaría de manera habitual toda la población con capacidad física para ello, con el municipio soberano constituido en asamblea como elemento rector y organizador del quehacer restaurador forestal.

La contaminación por metales pesados, sobre todo por cobre (Cu), cromo (Cr), níquel (Ni), cadmio (Cd) y zinc (Zn), es creciente y se ha convertido en otro de los grandes problemas de los suelos en la edad contemporánea. El asunto es tan inquietante como se desprende del ejemplo que sigue, demostrativo de su letalidad. Al resultar también tóxicos para los microorganismos que realizan la asimilación y degradación oxidativa de la materia orgánica contaminante contenida en las aguas negras urbanas sometidas a depuración, hacen que, si su presencia supera cierto umbral, ese proceso se detenga. Los metales pesados se introducen y acumulan en la cadena trófica, y en la atmósfera están en las partículas sedimentables producidas por cierto tipo de fábricas, en particular fundiciones, y en los fluidos y basuras urbanas, donde alcanzan concentraciones elevadas. Son un factor limitante (o deberían serlo) en el uso de aguas reutilizadas para riego y de lodos de depuradora como fertilizante, debido a su generalmente preocupante impregnación, sobre todo por Cd. Los residuos de la ganadería industrial, en especial el purín del porcino, son una fuente más de ellos, en especial Zn y Cu. El cobre es, así mismo, bastante usado en la agricultura ecológica oficialista, como se dijo. Con todo, el creíble análisis antes citado, sobre contaminación por metales pesados de los suelos peninsulares, califica los contenidos detectados en 2005 de “moderados”, lo que si por el momento alivia la tensión, deja pocas esperanzas para el futuro, pues el proceso de emisión de aquellos y de impregnación de aires, suelos y aguas avanza a buen ritmo.

POR UNA REFORESTACIÓN GENERAL DE SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA

Llegados a la afflictiva situación actual, parece que no queda otra salida que aplicar el dicho sobre que “a grandes males, grandes remedios”, dejando en el lugar que corresponde la mezquina panoplia de recetas fáciles, ilusiones estadistas y paños calientes, que muy poco o nada pueden resolver, preconizada por el ecologismo y los expertos. Por tanto, hemos de abordar la cuestión medular, un plan para realizar una reforestación de una parte decisiva de la superficie de la península Ibérica, quizá 20 millones de has. , con especies autóctonas, en un plazo razonable pero concreto de tiempo, como remedio mayor, aunque desesperado, para garantizar la continuidad del mundo natural en aquella, dado que la regeneración natural del bosque ya no es, ni de lejos, suficiente. Por supuesto, 20 millones de has. es una cifra sólo indicativa, algo así como una parábola numérica extraída de sumar a la actual superficie en cultivo la que está sepultada bajo las ciudades y zonas habitadas, o bien cubierta por la industria, por el negocio turístico y de ocio y por infraestructuras, a la que es necesario oponer una equivalente extensión forestada. La importancia de la cifra propuesta se aquilata mejor al saber que en el presente la superficie forestal es de 14 millones de has. , agrupándose en ella indiscriminadamente coníferas y frondosas, verdaderos bosques y cultivos arbóreos.

Los 50 años preconizados resultan del pronóstico sobre el tiempo máximo disponible para realizar tal tarea, antes de que la ampliación descomunal de la sequía estival, la reducción de las precipitaciones, los incendios (cada año se quema el 0,5% de la superficie arbórea) y el cambio climático en general devasten hasta el límite los montes autóctonos, de los que han de proceder las semillas, haciendo ya muy difícil, o casi imposible, alcanzar éxitos. Sin duda, arbolar 400.000 has. por año es una tarea descomunal, aún contando con las condiciones políticas, económicas y de concepción del mundo óptimas para ello, que son las principales, pero el lector o lectora ha de comprender que lo que está leyendo es una exhortación a una tarea imposible²⁹, sí, aunque del todo imprescindible, contradicción interna que marca la propuesta y que sólo el tiempo dirá como puede o no puede resolverse.

²⁹ Nada tan ligado a nuestro mundo rural en la mitad norte del país que el arte románico rural. De él se pueden extraer inspiraciones y recomendaciones útiles en la terrible hora presente. Por ejemplo, en la rústica iglesia de San Pelayo, siglo XI, de Puentevedy, pequeña población de la comarca burgalesa de Las Merindades,

Dependiendo de las condiciones edafoclimáticas, sería conveniente establecer entre 400 y 1.500 unidades por ha. , mitad árboles y mitad arbustos, esto es, no tanto como los 2.000 pies por ha. que tuvieron antaño los castañares de la cornisa cantábrica, cuando eran gestionados popularmente, pero algo más de lo que los ingenieros pusieron, 200, tras el arrasador paso de la tinta. Conforme a las condiciones, o a las preferencias de los vecinos comprometidos, se puede emplear la siembra de semillas, la puesta de plantones de una o dos savias, o una combinación de ambas. El acto de introducir la semilla o colocar el plantón debe hacerse con herramientas manuales, no con maquinaria, acto sencillo y poco fatigoso en sí mismo, pero recoger semillas, prepararlas y trasladarlas a los espacios escogidos, más aún el establecer viveros para tener plantones, complica bastante la tarea, más teniendo en cuenta que estamos considerando poner cada vez unos 400 millones de unidades, mitad árboles mitad arbustos, en total.

Lo peor ha de ser, no hay duda, el muy bajo índice de supervivencia y la gran proporción que han de alcanzar las marras, en las presentes condiciones. La experiencia actual con personas concienciadas y activas, que trabajan desinteresadamente en terrenos no demasiado degradados, ofrece un porcentaje de marras del 60-70% (para la orientación norte y este, pues la oeste y, sobre todo, la sur, da un índice de fracasos que tiende a ser del 100%), lo que equivale a decir que, en años sucesivos, habría que proceder a 3 ó 4 reforestaciones más para alcanzar la densidad propuesta. Esto hace la tarea bastante dura, máxime si se considera que en terrenos más degradados y con precipitaciones inferiores a los 400 mm, acaso sea necesario repetir entre 6 y 10 veces. Tal descarnada realidad explica que

cuna de Castilla y área aún rica en bosques de haya y roble, el timpano de la entrada ofrece una singular representación. Una figura humana con espada y escudo combate a una gran serpiente, de descomunales dientes. La composición no es naturalista, la espada es casi tan grande como el cuerpo del luchador, y su brazo es, así mismo, desproporcionadamente largo, equiparándose a la filiforme estructura del monstruo. El rostro de aquel es singular, con forma poliédrica, lo que le da un aire como de felino. El conjunto, inspirado quizá en el mito de los trabajos de Hércules, aunque adaptado a la cosmovisión cristiana, representa bien la noción agonista de la vida, como esfuerzo y lucha, y la de ser humano como combatiente por el bien que se construye a sí mismo de tal manera que es capaz de resistir todas las pruebas. Dicho sea de paso, es a lamentar que el ecologismo, en tanto que reduccionismo biologicista, manifieste un nulo interés por todo lo que sea, o parezca ser, ajeno a su mutiladora especialización, como el arte y la historia, por no hablar de la política en su más elevada acepción, muy diferente del sempiterno lloriqueo implorante al Estado, propio del ecologismo. Antaño, con las revoluciones liberales, todos debían ser ciudadanos, esto es, sujetos no especializados que se ocupaban de la totalidad de lo que afectase a la sociedad; hoy todos han de ser "profesionales", es decir, neo-siervos adscritos a su profesión, como los esclavos de la Antigüedad tardía lo estaban a la gleba, asunto en que se maniñéstale colosal salto atrás que ha dado la vida social. Lo que ha resultado de ello son seres de una única capacidad, en el mejor de los casos, sujetos monomaniacos que exhiben con orgullo sus carencias, mutilaciones y neo-ignorancia, con olvido grave de que si bien es cierto que la aprehensión de lo general ha de asentarse en la experiencia de lo particular, el conocimiento cierto de la parte demanda un saber sólido sobre el todo finito.

hoy no se esté haciendo apenas nada, ni por las instituciones ni por los particulares con ánimo de lucro, pues con los criterios actuales, que exigen rentabilizar, bien en el mercado o bien según los designios estratégicos del ente estatal, todo gasto realizado, la tarea de dotar de cubierta vegetal a la península Ibérica es irrealizable, más aún considerando que los resultados tangibles tardarían, si es que llegan, entre 15 y 25 años. Empero, quizá se pueda acudir al uso de arbustos o incluso árboles de cultivo como plantas nodrizas, para proteger del sol y del calor a plántulas y plantones, e incluso se podría estudiar dar unos riegos en lo más asfijante de la canícula, si ello es posible, aunque tal actuación sólo es pertinente en condiciones extremas.

Las tierras utilizadas con tal fin serían: eriales, áreas de matorral, superficies hoy cubiertas por plantíos de coníferas y eucaliptos, pastizales desarbolados y dehesas de quercíneas envejecidas, zonas recuperadas al cultivo de cereal (trigo, cebada y maíz), al olivar y al viñedo³⁰, a la hortifruticultura forzada de exportación, así como espacios rescatados por desindustrialización, desurbanización y desturistización. En las zonas destinadas a ser sembradas lo adecuado es intercalar bosquetes y espacios de matorral, situados en las partes elevadas, oteros, collados, cerros, colinas, tolmos y muelas, así como en alcoces, promontorios, cabezos, montañetas y sierras, la mayoría de ellas hoy atrozmente rasas. La íntima conexión entre vegetación silvestre y laboreada es muy probable que establezca relaciones alelopáticas beneficiosas entre una y otra, como sucede, así mismo, en las asociaciones de cultivos, tan importantes en el pasado y hoy casi desaparecidas por causa del monocultivo arrasador.

Sobre la disponibilidad de tierras para forestar, hay un asunto que se ha de considerar. En la actualidad la dieta media contiene 3.300 calorías, cuando lo apropiado está en las 2.500. Si se pusiera fin al régimen actual de comer por gula y golosería, sin autodominio ni respeto por sí mismo, de una forma que ya no es humana, podría ahorrarse la cuarta parte de lo ingerido, de manera que una porción igual de las tierras de cultivo

30 Es una sinrazón que en la Mancha haya 600.000 has. de viñas, para producir, en general, un vino de baja calidad, del que una parte se destina a la destilación obligatoria. Bastaría con dejar unas 150.000 has. de viñedos, dedicando a re-arbolado a las 350.000 restantes, buscando mostos, vinos y vinagres de cierta calidad. En el resto del país, de las 700.000 has. de viñedos sobran, probablemente, unas 300.000. Además, el cultivo de la vid, como lo fue antaño, tiene que hacerse disperso, y no concentrado, para poner fin a las colosales zonas de monocultivo, limitar el comercio y mejorar el autoabastecimiento local en régimen de economía natural. Por tanto, de este sector se pueden destinar a ser forestadas unas 650.000 has.

serían liberadas de sus funciones agrícolas, además de que una dieta hipocalórica, basada en la noción ética de frugalidad y preeminencia de lo espiritual, es la más pertinente. Por tanto, las actuales condiciones, tan críticas, exigen no sólo un cambio en el exterior del sujeto, en el orden político, sino también en su interior, en el orden moral. Ello será, además, un gran alivio para el mundo natural. Otro tanto resultaría de la renuncia a los productos de placer, casi todos exóticos, como el café, el té, el cacao-chocolate, el azúcar (a cuya producción España destina 175.000 has.), los destilados o el tabaco, que ocupan millones de has. a nivel mundial, que podrían dedicarse a cultivos de primera necesidad o devolverse al bosque. Los pueblos del Tercer Mundo han de liberarse de esos cultivos de exportación, diversificando su agricultura y eliminando la producción de tales bienes degradadores, en vez de reivindicar, pongamos por caso, un “comercio justo” de café, pues se trata de utilizar los cafetales para cultivar alimentos básicos, y para reforestar. Ello equivale a renunciar al consumo aquel y a admitir como norma que el único “comercio justo” es el comercio mínimo entre iguales.

Retornando al trabajo forestador una primera conclusión es que, además de garantizar unas condiciones climáticas, edáficas e hídricas más benignas, tiene que originar un orden económico y social en el que los productos arbóreos formen parte significativa de la dieta humana, así como de la de los ganados. Vivir, en buena medida, de los árboles, en vez de como ahora, del cereal y de las carnes que resultan del complejo soja-cereal, así como de los cultivos leñosos, ha de ser la condición necesaria para que el arbolado sea considerado un elemento decisivo de la existencia humana, por tanto, apreciado, respetado y promovido. Al mismo tiempo, las hierbas y frutos silvestres provenientes de arbustos tanto como de árboles, han de integrarse en nuestra dieta, de la que siempre debieron formar parte. Ello sería una ampliación espectacular de las especies vegetales consumidas, lo que es la tendencia opuesta a lo que hoy acontece. Así mismo, la ganadería quedaría ampliamente complementada con la caza³¹ y pesca, tanto como por los productos de la apicultura, tan decisivos en la alimentación humana hasta la generalización del azúcar.

³¹ Expone F. Le Play en “Campesinos y pescadores del norte de España”, que en el segundo cuarto del siglo XIX era usual que un varón adulto consiguiera 80 kgs. de caza menor al año, cantidad creíble, aunque no tiene en cuenta la caza mayor en ese tiempo aún bastante abundante en ciertas zonas, ni los esquilmos de los palomares, tan comunes. Todo ello se alcanzaba con poco trabajo.

Profundicemos en esta cuestión. En su conocida obra “Plantas medicinales. El Dioscórides renovado”, P. Font Quer suele apuntar, en cada especie, su utilidad alimenticia al lado de la curativa. Ejemplos de ellos son la cita del adagio de Provenza, “gente de roble, pan de bellota”, en referencia al amplio consumo de tan interesante alimento allí. Se refiere, así mismo, al fruto del almez, hoy ignorado como comestible humano, advirtiendo que es “dulce, y de paladar gratísimo” y recuerda que con la savia del abedul, recogida al final del invierno, se elaboraba antaño un vino de abedul, ligero y de atrayente sabor, lo cual trae a la memoria otro delicioso producto arbóreo, el jarabe y azúcar de arce. Ciertamente, el consumo de frutos y verduras silvestres decayó bastante deprisa desde el siglo XVIII, pero Font argumenta que incluso un arbolito silvestre de fruto ligeramente venenoso para las personas (no para los animales) como el cornejo, da semillas con un 20% de aceite, que antaño fue utilizado en el alumbrado, el cual en el futuro quizá pueda servir como producto energético en una economía descentralizada y a pequeña escala. Se sabe que hasta no hace mucho en Europa se tomaban habitualmente unas 150 plantas silvestres, de las que se aprovechaban alguno, varios o todos los integrantes del conjunto formado por raíces, hojas y brotes, savia, flores y yemas, bayas y drupas, frutos, nueces y semillas, además de los hongos, las setas y las algas.

De particular interés, en esa dirección es “Alimentos silvestres de Madrid. Guía de plantas y setas de uso alimentario tradicional en la Comunidad de Madrid”, J. Tardío, H. Pascual, R. Morales, que cataloga 4 especies de finales de invierno; 80 de primavera, 26 de verano y 28 de otoño, en total 138 entre verduras, frutos y setas. Igualmente orientador es “Aprovechar los recursos silvestres. Del bosque frutal a la ecología en la mesa”, de M. Chaudière, y “Botánica popular alavesa”, por G. López de Gureñu, así como “Fruits i plantes silvestres comestibles”, Núria Duran, o “Plantas silvestres comestibles”, D. Lánská. En el presente la alimentación humana en los países ricos se basa casi exclusivamente en lo cultivado, de donde resulta un gran daño para el medio ambiente, pues la agricultura (más aún la brutal e irracional que ahora se practica) se aviene mal con la buena conservación de los suelos y con las óptimas condiciones de clima y precipitaciones. Por tanto, reducir en alguna proporción lo cultivado para incluir en la dieta una cierta cantidad de alimentos silvestres

recolectados es una proposición razonable, que además mejoraría la salud humana. Para eso, claro está, la condición inexcusable es poner fin a las ciudades. Los frutos silvestres se caracterizan, en general, por ser de difícil almacenamiento y conservación, lo que los hace poco apropiados para ser comercializados, particularidad que contribuye a explicar su práctica desaparición de la dieta humana, de la misma manera que, en el presente, las especies cultivadas que peor se prestan a ser mecanizadas también están siendo preteridas.

Pero los principales obstáculos que se oponen a una reforestación suficiente de la península Ibérica son de orden político, económico y de cosmovisión. Aunque casi todos ellos ya han sido considerados, quizá sea conveniente presentarlos ahora de manera sinóptica. El primero es la concentración, forzada y obligatoria de hecho, de la gran mayoría de la población en las ciudades y áreas superpobladas de alta rentabilidad monetaria, industriales, de servicios o turísticas, tantas veces deplorada, de donde resulta un número muy bajo de población activa agraria, 1,1 millones (el 6%), frente a 2,2 en la construcción, 3,5 en la industria, y 10,5 millones en los servicios.

El régimen de propiedad privada absoluta vigente ocasiona que, por un lado, las tierras comunales, las más aptas para la arborización, estén reducidas ya a muy poca cosa, además de conocer un acelerado proceso de liquidación, y que, por otro, se esté produciendo una rápida concentración de la propiedad, de donde está resultando un latifundismo de nuevo tipo, mucho más funesto que el antiguo³². Ello impide que la tierra esté

32 Como es sabido, los datos que proporcionan los sucesivos Censos Agrarios no permiten conocer el estado de la propiedad agraria, pues éstos se refieren a explotaciones y no a propiedades. Pero todos los observadores admiten que se está produciendo, en los últimos años, una intensa concentración de la propiedad de la tierra, sobre todo por la desaparición natural de quienes practicaban agricultura a tiempo parcial, debido a que emigraron del campo a las ciudades en los años 50-70 del siglo pasado, así como por la evolución del capitalismo en el agro y, también, por la liquidación de facto de lo que aún subsiste de propiedad comunal. Ahora es el tiempo en que las sociedades mercantiles, los bancos y las grandes firmas de los agronegocios están haciéndose con enormes propiedades, que someten a una explotación científica perfeccionada, esto es, destructiva en grado superlativo. A la vez, debido al carácter tan degradado del trabajo agrícola hoy, al estar falto de libertad, al ser monótono y sin creatividad, al no tener más meta que el dinero, al atar al agricultor a las máquinas y a las "recomendaciones" perversas de los ingenieros, al darse en una formación social asombrosamente aculturada y olvidada de sus raíces, los agricultores (hoy simples "asalariados con tierra") y ganaderos con medianas y pequeñas haciendas difícilmente encuentran continuadores en las nuevas generaciones, lo que hace que la población activa agraria esté bastante envejecida. De tal situación, muy probablemente, derivarán cuantiosas ventas de tierras, de donde resultarán inmensos latifundios trabajados con mano de obra inmigrante. Es instructivo que la izquierda, que hasta hace unas pocas décadas, tronaba contra el latifundismo "semifeudal", urdiendo en torno a él un sinfín de teorías, a cual más ridícula, ahora guarde un silencio aprobatorio, si no admirativo, hacia el actual latifundio capitalista, bastante más virulento, por antisocial, despótico y ecodica.

disponible para ser reforestada, dado que cada propietario considera sus fundos como capital productivo, del que obtener la mayor rentabilidad posible, lo que resulta incompatible con el gran acto restaurador forestal, según se expuso. El remedio es la comunalización de las grandes propiedades, que han de pasar a depender de la asamblea vecinal municipal, de manera que sólo sean posibles dos formas de propiedad, la privada que no se sirva de trabajo asalariado y la comunal.

La agricultura de exportación, resultante sobre todo del actual regadío hiper-extendido, es otro de los obstáculos, considerando que tal estado de cosas resulta del afán de beneficios de lo más granado del capital de los agronegocios. Así mismo, es un impedimento el pseudo-bosque formado por especies de crecimiento rápido, extraviado remedio a la aguda escasez de pasta de papel y madera que padece el país, lo mismo que la Unión Europea, lo que se resuelve importando notable cantidad de maderas de valía, a costa de los bosques del Tercer Mundo (España adquiere fuera 26 millones de toneladas anuales, mientras produce sólo 15, en general de ínfima calidad, al ser casi todas ellas de cultivos forestales). La consideración utilitaria de la naturaleza, que hace de ésta una fuente de ventajas físicas y ganancias monetarias aunque no el marco imprescindible para la realización de la esencia concreta humana, es también un grave inconveniente. Pero, sobre todo, la consideración del ser humano como un ente biológico que se realiza, en primer lugar y sobre todo, con la satisfacción de las exigencias somáticas, de manera que las necesidades espirituales forman lo derivado y subordinado de su condición, lleva a la nulificación de las fuerzas, de naturaleza espiritual, necesarias para abordar empresas al mismo tiempo sublimes y desesperadas, por imposibles a la vez que imprescindibles, como lo es la de reforestar la península Ibérica.

La nulificación de la soberanía del municipio por la constitución española vigente, de 1978, niega el fundamento orgánico imprescindible para realizar una empresa de tan colosal envergadura, la junta o asamblea de vecinos en cada localidad, con atribuciones soberanas en todo y, por tanto, también en la gestión del terrazgo comunal, que, al ser elemento esencial para la vida económica local (tal significa, entre otras cosas, la soberanía del municipio) tiende a ser cuidado con amor y mimo, lo que significa, en primer lugar, su reforestación a gran escala. Otro obstáculo de

primera significación es el actual dominio de los técnicos sobre lo agrosilvopecuario, de donde resultan los peores dislates y sinrazones en curso. La solución es el retorno, pero a un nivel superior y mejor a la del pasado, a una agricultura popular, realizada por la gente corriente desde la experiencia reflexionada, elaborada y puesta en común; agricultura sin académicos fatuos e ignorantes, sin sabidillos multititulados, sin expertos atiborrados de bibliografía en inglés, causantes todos de desastres mil.

La cosmovisión propia de la urbana gente, con su desconocimiento, por alejamiento físico y mental, del mundo natural y su forzado aferramiento a la máquina y a la técnica, al cemento y al asfalto, crea condiciones psíquicas inadecuadas para el esfuerzo restaurador. Así mismo, el estado de ánimo perezoso, blando y apático que resulta del hedonismo, la ideología estrella de la modernidad, así como la pérdida mentalidad egoísta de recibir y ser servido, en vez de dar y servir a los iguales, empeora la situación en este ámbito. Lo mismo puede predicarse de la glotonería en curso, del gusto enfermizo por los alimentos de agradable sabor, que se consumen sin tasa, hasta las 3.300 calorías diarias por persona, cuando basta con 2.500. Pero el inconveniente principal es la falta de libertad de conciencia propia del mundo contemporáneo, donde el adoctrinamiento impera. Hoy no es posible un debate libre sobre ninguna cuestión importante, tampoco sobre los acuciantes problemas del futuro del mundo natural y el bosque, pues no existe libertad de expresión, ya que una minoría de agrónomos doctorados, intelectuales verbosos, historiadores de grado, altos funcionarios y comunicadores muy bien remunerados monopolizan todos los medios de expresión, no dejando espacio para que las opiniones no ortodoxas, o simplemente diferentes, se expresen. De ese modo se ha constituido un estado de cosas que hace imposible la formación de un estado de conciencia objetivo, libre, ponderado y comprometido sobre la cuestión considerada.

La concepción, propia de todas las formas de productivismo, del árbol como nada más que madera, y no como dador de una diversidad de alimentos humanos y de forraje para el ganado, de agua, de frescor y de hojarasca fertilizante, pero sobre todo, testimonio vivo de grandeza, elevación, vitalidad y belleza, hace aún más difícil el magno acto forestador preconizado.

Con todo, el obstáculo principal es la existencia y persistencia del Estado.

Pasemos a un nuevo asunto. No es el momento de indagar en los orígenes de la agricultura, asunto de lo más complejo y embrollado, pero sí de pergeñar algunas consideraciones, parciales e incompletas, sin duda, pero que quizá llamen a una reflexión alejada de los habituales tópicos sobre la cuestión. Los tratadistas antiguos presentaban la agricultura como expresión de civilización mientras que reducían a mera manifestación de “barbarie” el alimentarse de productos silvestres, y modernamente, como no podía ser menos en una sociedad enferma de economicismo, se apunta que sólo la agricultura a gran escala puede abastecer a la gran población humana actual, la mayor de la historia, según sostiene esa interesada concepción, sin proporcionar pruebas de ninguno de los dos asertos, mucho más en la fase actual, en que los destructivos efectos de la agricolización extrema sobre las tierras, las precipitaciones y el clima vuelve a poner en debate tales cuestiones.

Ciñéndonos al caso de la península Ibérica en tiempos históricos, parece indudable, pues se manifiestan en el registro arqueológico, que algunos cereales, en especial la escanda, la avena, el mijo y la cebada, fueron conocidos y utilizados para la nutrición humana miles de años, lo que significa que entonces existía ya alguna variante de agricultura. Ello no tiene nada de especial, pues lo importante es conocer qué proporción existía entre alimentos cultivados y silvestres en el pasado, que es donde está el meollo de la cuestión. Los historiadores romanos y griegos que narran la laboriosa conquista de Hispania por el imperialismo romano, como Tito Livio, Estrabón o Apiano presentan a la península Ibérica de los siglos III-I antes de nuestra era como cubierta de enormes y continuos bosques, formados por grandes árboles. Ello no era obstáculo para que estuviera habitada por pueblos vigorosos, buenos metalúrgicos (en algún caso, como los celtíberos, de la Meseta oriental, mejores que los romanos), y con notable potencial demográfico, como lo atestigua, por un lado, su capacidad para librar guerras muy sangrientas y de larga duración con Roma y, por otro, los resultados de las investigaciones arqueológicas más recientes, que localizan muchos núcleos poblacionales con miles de habitantes, cuestión poco novedosa por otro lado, pues ya los historiadores

antiguos proporcionan largas listas de las “ciudades” de aquellas gentes, las cuales no formaban “sociedades primitivas” sino formaciones sociales bastante complejas, opulentas dentro de su proverbial frugalidad, estables y en un buen número de asuntos superiores netamente a la potencia conquistadora, sólo más eficaz en el terreno militar y organizativo, al ser una sociedad con Estado.

Interesante es el caso de los vascones que, según se admite, se alimentaban de “pan de castaña y de bellota” al mismo tiempo que eran capaces de resistir durante siglos, casi cada verano, las durísimas entradas de los ejércitos visigodos del reino de Toledo, continuador de Roma y el más potente del occidente europeo en ese tiempo, lo que prueba que tal régimen alimenticio, inevitable por lo demás en un terreno poco apto para los cereales panificables, les permitía mantener un notable vigor demográfico, poniendo sobre las armas ejércitos populares siempre imbatidos a fin de cuentas y que, en réplica a las agresiones provenientes del sur, llegaron en alguna ocasión a amenazar a Zaragoza³³. Similar era el caso de los cántabros.

Por tanto, esa relación íntima que establece la demografía actual entre agricultura y elevada población, no es tan cierta como nos quieren hacer creer. La Celtiberia, en el siglo II antes de nuestra era, estaba, según Tito Livio, cubierta por “espesos bosques”, lo que no era óbice para que destinara una parte de las tierras al cultivo del cereal³⁴, como las mismas fuentes antiguas señalan. El testimonio arqueológico pone en claro que en la “ciudad” celtíbera de Numancia (Soria), con unos 8.000 habitantes, el 42% de los molinos de mano encontrados se destinaron a la molienda de la bellota, y otra parte algo menor al cereal, lo que sirve bastante bien para establecer la proporción entre alimentos silvestres y cultivados en

³³ No puede dejarse en el olvido que, a partir del siglo XVI, los cuatro fueros territoriales del País Vasco, mantenidos hasta el siglo XIX, al limitar y moderar el poder del Estado español, redujeron la presión deforestadora inducida por éste. Así mismo, los fueros locales destinaban mucha atención al mantenimiento en buenas condiciones de las masas arbóreas, imponiendo amplias y constantes campañas de reforestación en el plano local. Además, el temor a que el apoyo popular al carlismo fuera aún mayor limitó (o, al menos, hizo menos destructiva) en Euskal Herria la venta de comunales y, por tanto, el descuaje del monte. Tal explica que hoy una buena parte de Euskadi esté en mejores condiciones, en este aspecto, que otros territorios. Ello permite sostener que si bien es innegable que la lluvia hace al bosque, también es verdad que el bosque atrae y hace la lluvia.

³⁴ En “Molienda y economía doméstica en Numancia”, A. Checa y otros, en “IV Simposio sobre los celtiberos. Economía”, F. Burillo (coord.). Para el notable vigor demográfico de este pueblo prerromano, “Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos”, Zaragoza 1995, y también, “Celtiberos”, A.J. Lorrío.

aquella formación social. Ello nos proporciona la certeza de que más de la mitad de su dieta básica provenía de la bellota, pues ese fruto se consume también crudo, cocido y asado, y una parte menor del cereal, equilibrada y razonable situación que permitía mantener el medio natural en muy buenas condiciones. Así mismo, las fuentes clásicas citan la abundancia en ganado, bovinos, ovinos y caballos, de este pueblo, lo que avala el aserto precedente. Estrabón sostiene que los celtíberos son “numerosos y ricos”, a pesar de habitar en un país “pobre”, esto es, montañoso, muy frío y, probablemente, conforme a la distorsionada concepción de los formados en el ideal greco-latino de amplia supremacía de la agricultura, bastante boscoso, con muchas áreas de pastizal arbolado y con relativamente pocos espacios roturados, que tendrían que proporcionar altos rendimientos, pues Plinio asegura que en Celtiberia se recogían dos cosechas de cebada (probablemente, también de trigo, que cultivaban con cierta profusión, dado que fabricaban con él una bebida estimulante), lo que coincide con lo que se puede esperar de un territorio bien forestado, por tanto, con tierras fértiles, elevadas precipitaciones, ligera sequía estival, pocas heladas tardías y escasez de plagas y enfermedades de los cultivos y los ganados, famoso también por algunas frutas, como la pera numantina, que aquel autor pondera.

Lo sacado a la luz por la arqueología ya era sabido por las fuentes escritas. Estrabón (“Geografía”, 3,4,13) expone la famosa asección sobre que, a la llegada de los romanos “en las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas que secas y trituradas se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo”. Esto es de gran interés, si se considera a la historia como maestra de la vida, pues establece un régimen de alimentación excelente, ya que al depender en buena medida de un producto arbóreo como es la bellota no necesita deforestar y no padece las terribles consecuencias que tal práctica origina. Sin embargo, si en el presente, 2.000 años después, se recorre el solar de los celtíberos, lo que encuentra el viajero es una situación bastante diferente, deforestación y erosión graves, cereal por todas partes, que, como se dijo, “enferma” al territorio, bajos rendimientos de los cultivos, intensa sequía estival y duras heladas, invernales y primaverales, escasez de ganado en los malos pastizales y, sobre todo, desolación y despoblación.

Para los pueblos prerromanos no puede hablarse, en puridad, de paso a la agricultura con la conquista sino, más exactamente, de ruptura del equilibrio preexistente entre recolección de frutos silvestres y cultivados, el ya citado $3/4$ de los primeros y $1/4$ de los segundos, pues todos ellos conocían desde hacía muchos siglos, o incluso milenios, el laboreo de la tierra, y lo practicaban, en mayor o menor medida según las condiciones edafoclimáticas. Lo que, probablemente, sucede bajo el dominio de Roma es que tal relación se va desequilibrando en beneficio de lo cosechado. Averiguar cuáles fueron las causas profundas que impulsan tan desastrosa transformación no es fácil. Para lograrlo, hemos de remontarnos en el tiempo, hasta el interesante ¿mito? del rey Habis, hijo de Gargoris, soberano de Tartessos, que, según el historiador Justino (“Epítome” 44,4,11) enseñó a sus súbditos “a procurarse trigo con la labranza y obligó a los seres humanos... a dejar los alimentos silvestres”, repartiendo, además, a la población en siete clases y prohibiendo que la de los nobles trabajara con sus manos, lo que, al parecer, debió suceder, si es que se escoge dar significación histórica a todo ello, hacia el siglo IX antes de nuestra era, en el solar de Tartessos, la actual Andalucía³⁵. Cuatro conclusiones es dado extraer de tal narración, con todas las reservas adecuadas al caso, que la agricultura es impuesta desde el poder estatal, que el desdén por los alimentos silvestres es inducido políticamente, que a partir de todo ello se forma un régimen de clases sociales, o se favorece su consolidación, con una minoría en la cima que no practica el trabajo manual, y que los tratadistas antiguos consideraban que con ese proceder Habis sacó a sus súbditos del estado de “barbarie” para hacerles entrar en el de “civilización”.

Una versión, bastante más cercana a nosotros y de una veracidad innegable, sobre los orígenes concretos de la conversión de la agricultura en, probablemente, fuente principal de los alimentos para los seres humanos, la ofrece un historiador antiguo que se ocupa de las guerras cántabras, en el 29-19 antes de nuestra era, Floro (“Epítome”, 2,33), quien expone que los cántabros y astures eran “dos pueblos muy poderosos” a los que Augus-

³⁵ Este autor presenta el asunto como un progreso formidable, como el paso de la animalidad a la humanidad gracias a la agricultura, y el poder estatal, punto de vista que es el dominante hoy. Pero no siempre fue así. En el siglo VII antes de nuestra era el poeta Hesiodo, al describir la Edad de Oro en que, supuestamente, la humanidad habitó en el pasado, otorga una significación de primer orden, como alimentos de aquella era, según él, de contento, inocencia y abundancia, a las bellotas y a la miel, en lo cual no va muy descaminado. La miel y los productos elaborados con la bellota para la alimentación, y la lana para el vestido, satisfacen las necesidades básicas humanas.

to decide hacer la guerra. A los astures los presenta como potentes demográficamente, pues en cierta ocasión “habían descendido con un enorme ejército de sus nevadas montañas”, afirmando, así mismo, que Lancia, una de sus poblaciones, era “ciudad muy fuerte”. Vencedora Roma de ambos, “César Augusto, temiendo la confianza que les inspiraban las montañas, en las que se refugiaban, ordenó que habitaran y cultivaran sus campamentos... así pues ordenó que trabajaran la tierra”.

Estrabón aporta un dato de interés, que aquellos pueblos conocían las “competiciones de hoplitas”, esto es, que poseían infantería pesada, lo que indica que fabricaban complejas armas defensivas y ofensivas de hierro y bronce, aunque vivían principalmente en áreas montañosas poco apropiadas para la agricultura. Por tanto, no eran formaciones sociales “primitivas” o “rústicas”, cualquiera que sea el significado que se de a tales vocablos. Tolomeo proporciona el nombre de 8 “ciudades” cántabras, y su potencial demográfico queda avalado por su asombrosa capacidad de sobrevivir a duras guerras (se estima que Augusto lanzó a 70.000 soldados contra ellos, lo que indica que no era una simple operación de policía contra poblaciones dispersas, sin lograr vencerlos del todo), salvaguardando la propia libertad, pues en el año 574 el rey visigodo Leovigildo hace una entrada en Cantabria, tomando la famosa “ciudad” de Amaya³⁶, pero no el resto de Cantabria. Sobre su alimentación, les incumbe lo dicho por Estrabón acerca de la panificación de las bellotas.

36 El manido argumento de que sólo la agricultura puede mantener poblaciones humanas densas ha de ser puesto en cuestión. Por ejemplo, los tratados ortodoxos de historia asignan a los territorios de la corona de Castilla, a finales del siglo XV, no más de 7 millones de habitantes, a pesar de que el único censo realizado fue el de 1482, incompleto y poco fiable, de donde concluyen que la gran extensión que aún en ese tiempo tenía el bosque explica la baja densidad demográfica. Pero olvidan que aquel censo se refiere a las villas, ciudades y algunos lugares, y que no abarca a la población que vivía dispersa en los inmensos bosques de la época, los “serranos” de los diplomas medievales, que no podía ser contada por el relativamente débil Estado de ese tiempo, a la que los demógrafos ortodoxos dan por inexistente. Es sospechoso que la población, según las estadísticas oficiales, crezca bruscamente a mediados del siglo XIX, a pesar de las devastadoras epidemias de cólera (sólo la de 1833-34 provocó unos 100.000 fallecimientos, y la de 1884-85 unos 120.000), de las muchas enfermedades carenciales originadas por el declive de la agricultura debido a las desamortizaciones, de las continuas guerras, de la emigración masiva a América y de otras causas. Pero ¿creció la población o más bien la capacidad del Estado para contarla y censarla? El desarrollo del segundo factor es indudable, favorecido, además, por la creciente ida a las ciudades, villas y pueblos grandes, y por la salida de los bosques, que estaban siendo descujados, de quienes habían vivido en su interior desde tiempos inmemoriales. Sobre la población del siglo XV sabemos muy poco, pero podemos estar seguros que su número era superior a los 6-8 millones generalmente admitidos, dato que resulta del conocido prejuicio ideológico según el cual sólo la agricultura, en particular la cerealista, cuenta, pero no de investigaciones imparciales y extensas. Desde luego, cuando Macías Picabea, en “El problema nacional” da, para el siglo citado unos 40 millones de habitantes, quizá se equivoque, sí, tal vez exagerar, pero ello ha de ser probado, ya que, como crítica, no bastan las mofas y descalificaciones fáciles que resultan de un simple prejuicio político, a saber, el presente ha de ser siempre el orden social mejor y más satisfactorio, lo que lleva a los profesores-funcionarios a arremeter contra el pasado, eficiente manera de promover el conformismo político. No se olvide que el respetado historiador Paulo Orosio, hispano del siglo V,

En síntesis, los historiadores clásicos no presentan la generalización de la agricultura como una exigencia inexcusable para abastecer a poblaciones numerosas, ni sostienen que aquella sea más productiva que el binomio recolección/cultivos, ni presentan a los pueblos que se alimentaban sobre todo de frutos silvestres como míseros y débiles en lo poblacional, ni sostienen que por causa de su escaso aprecio por la agricultura tuvieran unas manufacturas deficientes (al respecto, los historiadores romanos recogen la universal admiración que suscitaron las espadas de los celtíberos, por su excepcional calidad). Lo que establecen, tanto en el caso de Tartessos como en el de cántabros y astures, es una relación de causa a efecto entre cultivo de la tierra a gran escala y docilidad política. A los sometidos y a los vencidos se les impone la agricultura y se les va apartando de los alimentos silvestres. Éstos aparecen como vinculados a la independencia y a la libertad, aquella al sometimiento y la opresión, por decirlo de un modo simplificado y quizá en exceso tajante. Los pueblos del norte y de la Meseta eran, en el tiempo de su legendaria brega con Roma, pueblos sin Estado. Ello aparece con claridad en las fuentes escritas y es avalado por el registro arqueológico, a pesar de que tal extremo es negado por toda la historiografía oficial, mientras que las formas de propiedad entonces en uso no pueden ser conocidas con igual certidumbre. Por tanto, el paso de una alimentación principalmente silvestre a otra esencialmente agrícola (si bien ello no sucedió del todo, ni mucho menos, en el caso de astures, cántabros y vascones, debido a que su conquista por los romanos nunca fue completa) es un proceso paralelo al de la imposición del Estado (como Estado de la potencia colonial) y determinado por éste.

¿Qué cambios políticos y en la calidad del sujeto introduce la agricultura como fuente principal de los mantenimientos? El más visible es que incrementa en bastante el tiempo de trabajo. El trigo exige 10 u 11 operaciones o labores básicas: además de desmonte de la tierra, si está forestada, demanda labranza, siembra, estercolado, escarda, siega, acarreo, trilla, aventado, guarda de la cosecha en la troje y molienda. La recolección de bellota sólo cinco: recogida del fruto, acarreo, almacenamiento, descascarillado y molienda. Por tanto, el tiempo libre es bastante mayor en una sociedad que toma pan de bellota que en otra que se alimente

en su "Historias" expone que en el pasado, cuando la naturaleza estaba mejor conservada, cuando sus fuerzas vitales no habían sido aún maltratadas, la cantidad de seres humanos que habitaban la tierra era enorme. Tal proposición, que cuestiona la teoría del progreso, aún no ha podido ser refutada.

de pan de cereal. Esa libertad quizá sea difícilmente cohonestable con la existencia del Estado, por cuanto éste necesita que los individuos posean poco o ningún tiempo realmente libre, tiempo propio y para sí, pues de él resulta la reflexión, individual y grupal, la toma de conciencia, el acuerdo para rebelarse y la rebelión misma. Es comprensible que Augusto deseara que astures y cántabros, sólo semi-vencidos, pasaran a cultivar la tierra en vez de seguir viviendo de los bosques, de la caza y de los ganados, así como de pequeñas extensiones cultivadas. La cardinal reflexión de Juan de Mariana, antes citada, sobre que los tiranos ansían que sus sometidos se extenúen en el trabajo, para que de ese modo se olviden de la libertad, debe ser tenida muy en cuenta para comprender la historia, en tanto que intrahistoria, y el presente.

Con todo el consumo humano a gran escala de frutos arbóreos, sobre todo castaña y bellota, se ha mantenido en algunas áreas peninsulares hasta mediados del siglo XX. Una muestra de ello es Las Hurdes, donde hasta no hace mucho el plato fuerte era el pote, a base de castañas guisadas con tocino y tasajo de cabra, mientras que el desayuno solía consistir en castañas secas cocidas en leche de cabra y endulzadas con miel. El avance de la tinta, desde principios del siglo XIX, hizo que las castañas fueran parcialmente sustituidas por nabos, patatas, berzas y coles, si bien el aceite de oliva y el centeno formaban parte de la dieta. Posiblemente, la homérica resistencia de los hurdanos a la extensión de la agricultura, que se mantuvo hasta que el franquismo plantó miles de has. de “pinus pinaster”, operación con la que el Estado culminó la desarticulación de la sociedad tradicional hurdana, es una de las causas que explican las tremendas falsedades y calumnias que sobre estas simpáticas gentes han vertido los medios eruditos y oficialistas, durante siglos. Hoy los rendimientos de las glandíferas, en bellota, es de 600/2.500 kgs. por ha. , cantidades inferiores a las que podrían resultar de otras condiciones climáticas y edáficas. La producción anual estimada, para todo el país, es de unas 300.000 toneladas.

Una segunda cuestión es que los cereales son mucho más vulnerables a actos de represalia que el bosque, pues cuando están maduros arden en los campos con gran facilidad, mientras que las formaciones de frondosas, en condiciones de sequía estival débil, lo hacen con mucha más dificultad.

De manera que un pueblo que se ata a los cultivos herbáceos puede ser intimidado con mucha mayor eficacia por un poder dictatorial organizado que, en circunstancias de rebelión o de mera insolencia de la masa popular, está en condiciones de incendiar los campos, o de amenazar con incendiarlos, un poco antes de alzar la cosecha. En tercer lugar, las características mismas del cereal, con su vulnerabilidad a etapas, incluso breves, de sequía y temperaturas por encima de 25° C, al final de la primavera, tiende a romper la autonomía y autosuficiencia de la comunidad rural, que en los años malos ha de demandar ayuda exterior, a menudo otorgada por el Estado, lo que legitima poderosamente la existencia de éste. Con los frutos arbóreos la cosa cambia, pues el potente sistema radicular del arbolado le hace poco sensible a lapsos de tiempo relativamente breves sin precipitaciones.

Además, el cereal es el producto óptimo para almacenar y trasportar, para abastecer los ejércitos y las ciudades, a lo cual la bellota, o la castaña, no se prestan tan bien, al parecer, pues necesitan condiciones especiales de conservación. No se puede olvidar que el aparato militar romano se alimentaba sobre todo de harina de cereal, y que Roma, la Urbe, se abastecía de ésta y, también, de productos susceptibles de ser exportados, aceite de oliva, vino y carne salada, sobre todo de cerdo. Al llegar a este punto hay que advertir que el que Estrabón diga que los pueblos no sometidos de Hispania tomaban pan de bellota las $\frac{3}{4}$ partes del año no debe entenderse como que ello era el todo de su dieta, pues al vivir en un marco natural exuberante y bien conservado necesariamente tenían que consumir una notable cantidad de hierbas, verduras, frutos, brotes, hojas y semillas. En “Etimologías”, San Isidoro de Sevilla admite que antes de la alimentación cerealista los seres humanos se servían de las bellotas, pero no sólo de ellas, por cuanto también se nutrían, añade, con hayucos, piñones, nueces, avellanas, castañas, almendras y otros.

Esa fijación unilateral y reduccionista en la agricultura es lo que va a caracterizar a la agronomía romana, tal como aparece expuesta en “Los doce libros de agricultura”, de L.J. Columela, que ofrece una buena exposición de cómo se realizaba aquella en las grandes haciendas del siglo I de nuestra era, que utilizaban una proporción, decisiva en bastantes casos, de mano de obra esclava. Para este autor sólo cuenta el estercolar, no la

fertilización natural que resulta de los bosques. La meta es producir cereal, aunque también legumbre y forrajes herbáceos. A las viñas y el vino destina el libro tercero, buena parte del cuarto y algo del duodécimo, esto es, mucho más espacio que al cereal y que a cualquier otro cultivo, acaso porque el vino era el narcótico necesario para lograr la docilidad de la plebe y de los esclavos. Se ocupa bastante de los bueyes, como animales de trabajo, mientras que las ovejas le atraen menos. Sobre la aceituna y el aceite trata poco, menos de lo esperado. El olvido más clamoroso es el del árbol (sólo los frutales concitan algo su atención) y el del bosque, del que nada dice, lo mismo que ignora casi por completo la cuestión del agua y las precipitaciones. Una conclusión se impone, que Columela escribe desde un mundo, al parecer, sin árboles y sin bosques y, lo que es peor, sin interés por unos y otros, en el que el viñedo y el cereal, con algo de olivo y legumbres, son lo sustantivo. Las plantas y hierbas silvestres aparecen citadas sólo de pasada, en tanto que productos para el aliño y poco más. Al leerlo, se entiende que sólo 200 años después la agricultura romana estuviera en desintegración.

Si tomamos “Agricultura general”, de Gabriel A. de Herrera, cuya primera edición es de 1513, encontramos diferencias de importancia, aunque no las suficientes. Es cierto que se ocupa bastante de los árboles, de los frutales de huerto y vergel y también de algunos montanos, con observaciones atinadas y pertinentes, pero en definitiva su concepción básica es lograr lo necesario para la existencia de una combinación de agricultura cerealista, horticultura y ganadería (a ésta también destina más atención que Columela), con los frutos, plantas y verduras silvestres teniendo una significación secundaria. Así mismo, sorprende el carácter abstracto del texto, que presta poca atención a las diferencias de altitud, pluviosidad, orientación, tipo de suelos, variedades de especies y otras particularidades, con lo que se encasquilla en ofrecer recomendaciones generales en apariencia válidas para casi cualquier situación, pero en realidad inútiles y quizá dañinas en todas y cada una de ellas en concreto. Tal es el gran mal de las teorías y de los teóricos. Con todo, la obra de Herrera es magnífica al lado de las que la continúan, como “Gobierno político de agricultura”, de Lope de Deza, editada en 1618, en la que sólo hay un cultivo de interés, el del trigo (que esquilma la tierra y que, además, ofrece rendimientos bajos), a realizar en territorios no sólo completamente deforestados sino

casi del todo desprovistos de ganado y caza. El monocultivo cerealista que preconiza Deza es ya la agronomía actual, la ecológica tanto como la convencional.

Una agricultura del futuro, popular e innovadora, ha de expresarse en unos rasgos que, aunque tratados a lo largo de todo el texto, acaso deban ofrecerse ahora en sinopsis. Ha de ser, en primer lugar, silvo-agricultura, proporcionando sólo una parte de la dieta humana y del pienso para el ganado, de manera que estará en cultivo únicamente una proporción pequeña de las tierras, la quinta parte más o menos, quedando el resto como bosque denso o como monte ahuecado para el pastoreo. Tiene que ser la actividad de todos los individuos adultos, desde los 10 años en adelante, la cual debe ocupar un tiempo limitado a cada uno de ellos, para que pueda ser simultaneada con otras labores y oficios, productivos y no productivos. Su fuente de abonos ha de ser en primer lugar la hojarasca de los bosques, llevada por las lluvias, y a continuación el estiércol y el compost. Su fundamento será la policultura, la asociación de especies, la rotación de cultivos y la vinculación a la flora silvestre, especialmente a los árboles, con mínima remoción de la tierra y evitación de suelos desprovistos de cubierta vegetal. Como agricultura de autoabastecimiento, se realizará en el marco del municipio soberano y de la comarca, con una atención mínima a la exportación. El regadío ha de ser disperso, no destinado al mercado y dependiente de las aguas superficiales y de las subterráneas pero sólo hasta profundidades que no pongan en riesgo las surgencias naturales, unos 4-7 metros. La maquinaria y los equipos mecánicos a utilizar han de ser los mínimos, sólo aquellos que demuestren no ser dañinos para la libertad de conciencia, política, y civil, la integridad intelectual y convivencial de los seres humanos y el medio natural. Los productos químicos o naturales a incorporar a las cosechas han de satisfacer rigurosas normas, establecidas conforme al principio de precaución para cada caso y, aún así se han de utilizar en cantidades mínimas y sólo en casos excepcionales. El propósito de tal agricultura es satisfacer un consumo mínimo de alimentos, propio de una existencia frugal, con evitación de todo despilfarro³⁷. El trabajo agrí-

³⁷ Hoy, la cantidad de alimentos en condiciones de ser consumidos que van a la basura es importante, quizá entre el 2 y el 40%. La ideología imperante en las sociedades opulentas considera el despilfarro como un acto lúdico que manifiesta una alegre despreocupación respecto a lo imprescindible. Dado que "somos ricos" podemos despreocupar y maltratar los alimentos, la ropa, los muebles, las viviendas, etc., mentalidad perversa inducida por el adoctrinamiento en curso. Si admitimos que la media de comida en buen estado arrojada al cubo de la basura habitualmente es del 15%, ello indica que en caso de que todo se consumiera respetuosamente,

cola no tendrá ya como meta el deseo de enriquecimiento, sino que será un modo de alcanzar lo necesario para vivir y nada más³⁸. Su fundamento político tiene que ser la democracia, una sociedad sin Estado regida por una red de asambleas soberanas, con el municipio como núcleo primario, siendo comunal la propiedad de la tierra, con una parte de ella en régimen de propiedad privada familiar o personal, sin trabajo asalariado. Al ser una sociedad sin Estado no necesita de las ciudades, ni de la gran industria ni del turismo de masas. Por el mismo motivo alcanzará a ser una sociedad convivencialista, aunque no sólo ello. Al no haber ciudades el trabajo de todos en la agricultura y la atención a los bosques sería posible. Los fines últimos de tal formación social deben ser reafirmar y expandir la libertad equitativa para todos, en primer lugar la libertad de conciencia, y hacer posible que la vida humana se realice en tanto que humana, con las capacidades del espíritu en constante ascenso y desenvolvimiento.

se podría reducir en aproximada proporción las tierras de cultivo, para devolver las así rescatadas al bosque. Por todo ello la consigna "consumo responsable", ahora tan en boga, no puede ser admitida, pues lo apropiado es el consumo mínimo.

38 La riqueza es un mal, de manera que en una sociedad bien constituida la idea de enriquecerse ha de ser reprobada moralmente, refutada intelectualmente e impedida por procedimientos bien meditados de naturaleza estructural, política, económica y jurídica, conforme a las decisiones de las mayorías, en un régimen de asambleas soberanas con libertad equitativa para todos, en primer lugar libertad de conciencia. Una sociedad buena es aquella en que la pobreza decorosa en bienes materiales se combina con la riqueza mayor posible de bienes inmateriales y espirituales.

EL GRAN Y FUNDAMENTAL MAL DE LA CIUDAD

A lo largo del texto se ha ido poniendo de manifiesto las graves incompatibilidades entre la existencia de las ciudades y la recuperación del medio ambiente, así como la formación de una agricultura emancipada de los agrotóxicos y del uso abusivo de máquinas, con preservación de la fertilidad de los suelos. En bastantes ocasiones se ha mostrado en concreto cómo la ciudad, con su mera existencia, hace imposible que los problemas axiales de la naturaleza y de los cultivos hoy encuentren una solución razonable, de tal manera que o se pone fin a la ciudad, o la continuidad de ésta hará crítica y probablemente irreversible la crisis medioambiental en desarrollo que padecemos. No es éste el punto de vista del ecologismo, que preconiza la creación de “ciudades sostenibles”, en lo que es una mezquina y perversa operación de lavado de cara de aquellas, dotando de legitimidad a su existencia, pero sin mostrar consideración hacia el futuro de los bosques, los suelos y los factores hidroclimáticos. Entre las muchas fórmulas hueras acuñadas por un urbanismo que se refugia en el angelismo y en la verbosidad para no asumir las responsabilidades del ecocidio resultante del existir de las megalópolis, destaca la de ciudad-jardín, que si por un lado se reduce, en los hechos, a ampliar en algo los ruines espacios verdes de las urbes, por otro, al mejorar y fortalecer a éstas, realiza una contribución de importancia a convertir las áreas rurales en semidesiertos³⁹. Enseña bastante sobre las características de nuestro tiempo que el nuevo tipo de urbe, la ciudad difusa, sea aún más desastroso en todos los sentidos que la vieja ciudad compacta, dado que consume más suelo, más

39 Entre este tipo de literatura fácil y, para sus autores, muy provechosa, se puede destacar “Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX”, de Peter Hall. En él se examinan muchos tipos de megalópolis, la ciudad de Dios agustiniana, la de “la noche espantosa” del siglo XIX, la de las vías de comunicación abarrotadas, la “ciudad en el jardín”, la invasiva urbe regional, la de los monumentos, la de las torres, “la ciudad de la difícil equidad (sic)”, la de las autopistas, “la ciudad de la teoría”, la urbe de los promotores, la de la “eterna pobreza” e incluso, en un ataque de nostalgia, la ciudad de la “belle époque”, todas menos aquello que constituye la ciudad en su esencia, su función de capital, esto es, como gran área edificada de concentración de los órganos de mando, manipulación de las mentes, supervisión, coerción y represión del Estado. Hall, en vez de las retóricas ñoñeces de que se ocupa, podría haber descrito los diversos ministerios propios de la ciudad cabeza del Estado, que en Madrid son hoy nada menos que 17, con el ministerio de Defensa ocupando el lugar principal (lo que indica que la esencia del Estado es la institución militar, como expone Otto Hintze), cada uno con sus muchas secciones, secretarías generales, direcciones generales y otras, hasta formar una agobiante trama de aparatos de poder y fuerza yuxtapuestos que extraen las materias primeras, alimentos, energía y mano de obra imprescindibles de áreas rurales cada vez más alejadas. El urbanismo más o menos izquierdista se reduce a un desolado recetario de promesas mendaces sobre lo que harán por el bienestar de los habitantes de las urbes los partidos de la izquierda desde los ayuntamientos, de donde resulta el perfeccionamiento constante de las funciones liberticidas, dominadoras y de devastación medioambiental de la ciudad. Desde un enfoque diferente, poniendo el énfasis en “el totalitarismo de la ciudad”, expresión más ajustada a la realidad, el asunto se trata en “Con la comida no se juega”, D. López y J.A. López.

energía, más agua y más materiales, a la vez que refuerza el servilismo y la docilidad, la insocialidad y el solipsismo, las pulsiones hedonistas, destructivas y autodestructivas, y, sobre todo, la deshumanización del sujeto medio. A fin de cuentas, se puede decir que la ciudad hoy, como gran mito del progresismo y el radicalismo burgués; como paradigma de una modernidad cada día más refutada por sus propios logros, y como ilusión, promesa y esperanza de una vida mejor, está acabada (salvo para la patética inmigración del Tercer Mundo a los países opulentos, cuyo único propósito es integrarse en la sociedad de consumo), de manera que la realidad ha terminado por dar la razón a Antonio de Guevara, en su magnífico “Menosprecio de corte y alabanza de aldea”, publicado en 1539.

La ciudad contemporánea no surge, en lo principal, como dicen los panfletos de cierta izquierda inane, del capitalismo (con lo que el remedio al mal resulta ser siempre la acción estatal reduplicada), sino del Estado. Madrid, como espacio privilegiado destinado a albergar la cabeza del Estado español, ha carecido de industria moderna hasta la segunda mitad del siglo XX, y de un aparato financiero de alguna significación hasta la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo ha sido capital del ente estatal desde 1561, cuando los diversos despachos y negociados administrativos, la jefatura del ejército de tierra y de la marina de guerra, el núcleo rector de la diplomacia, la dirección del sistema judicial y policial, el aparato de recaudación de tributos, los departamentos destinados a regir las colonias (luego, las neo-colonias), los diversos cuerpos de altos funcionarios y el cogollo de los organismos de manipulación de las conciencias se trasladan a Madrid, para llevar allí una existencia concentrada que les otorgará un poder decisivo sobre los otros municipios y territorios, es decir, sobre las comunidades humanas asentadas en ellos.

La ciudad es la realización espacial del poder político, en tanto que concentración de éste para dominar y ordenar, pues un poder disperso es un poder débil pero cuando se aglutina en la ciudad se fortalece, de manera que cuanto más se centraliza más se robustece, siendo las otras ciudades (Barcelona, Bilbao, Sevilla, Valencia, Zaragoza, La Coruña, Valladolid) emanaciones de Madrid en las diversas áreas territoriales, por lo que sólo disponen de un poder de mandar vicario y delegado. Todo ello se afina y desarrolla extraordinariamente con la revolución liberal, que asienta en

Madrid el pretendido órgano rector, el gobierno, y el legislador, el parlamento, con su cohorte, los partidos políticos autocráticos, la prensa adocrtrinadora y los intelectuales orgánicos del vigente sistema de dictadura⁴⁰. Así mismo, el desarrollo del capitalismo y el progreso de la técnica, por ejemplo, con el telégrafo y el ferrocarril, que otorgarán a la ciudad-cabeza del Estado nuevas e insospechadas capacidades de mando y dominación, a costa de la libertad y la mismidad del pueblo, sin olvidar la devastación medioambiental que ello ocasiona, pues sólo para la primera tanda de traviesas del ferrocarril en el siglo XIX se taló en torno al 15% del arbolado, en especial robles⁴¹. Al mismo tiempo, en Madrid se establece la cabeza del poder económico capitalista.

En la “Constitución política de la monarquía española”, promulgada en 1812 en Cádiz, documento político-jurídico primordial, que se continúa en la vigente “Constitución española” de 1978, el concepto central que ordena el texto es el de “Nación española” (“pueblo español” en la “ley de leyes” hoy en vigor) que, como el resto de las categorías constitucionales, no es una simple recomendación o exposición de opiniones, sino una meta a realizar, para luego mantener y ampliar, coercitivamente, por la fuerza de la ley, esto es, por la presión de todo el aparato estatal, en última

40 Si antaño fueron los intelectuales de la “generación del 98” los defensores del sistema de ciudades y denigradores de lo rural y aldeano, ahora tampoco faltan pedantócratas aferrados al mismo cuerpo de ideas. Tal es el caso, en Euskadi, de Bernardo Atxaga, porfiado sostenedor de esa colosal sinrazón que es la noción de “Euskal Hiria”, o “Euskadi Ciudad Global”, que se propone transformar el territorio vasco en una megalópolis de nuevo tipo, lo que se llama ciudad difusa, con lo rural y popular ya casi del todo extinguido. Tal proposición es bríosamente repudiada en “Informe sobre los impactos del TAV en Euskal Herria” (marzo 2007), de la Asamblea contra el TAV, aduciendo que, en tal caso, “la calidad de vida se deteriora afectiva y psíquicamente como resultado de la irremediable pérdida de relaciones humanas y del aislamiento que concitan las metrópolis modernas, creando una sociedad de individuos atomizados que desemboca en la desestructuración social y en la alineación psicológica y existencial de muchos”, magnífica forma de exponer uno de los grandes males de las megalópolis. El citado “Informe” añade que en “esa gran ciudad dispersa” que se desea convertir a Vasconia, el euskera tiende a ir reduciendo su presencia en la vida diaria, lo que a medio y largo plazo, pone en peligro incluso su supervivencia.

41 Madrid ha resultado, y resulta, del privilegio, el abuso y la parcialidad. Ahí está, para probarlo, la “Ley de capitalidad y régimen especial de Madrid”, de 2006, que reafirma y expande los formidables privilegios de que disfruta, a costa de las pequeñas poblaciones y áreas rurales. Siempre ha sido así, recordemos la normativa sobre “el pan de obligación”, que empobreció los pueblos cercanos debido a la forzosidad de llevar a diario una cantidad fijada de pan cocido a la capital; el trato político del sistema de precios para que los productos de primera necesidad resulten, por lo general, más baratos para el consumidor en Madrid que en los territorios que los producen; la obligatoriedad de que todas las poblaciones entregaran ciertas cantidades mensuales de trigo al Consorcio de Panaderías de Madrid, para que ésta nunca quedara desabastecida, o la situación actual, en que los impuestos por persona son en Madrid unos 50 euros inferiores a la media del país. Dado los formidables gastos extras que ocasionan las megalópolis, su sola existencia empobrece, amplía el tiempo de trabajo necesario y despilfarra recursos. Por ello Madrid ha de volver a ser lo que era cuando su vecindario elaboró en concejo abierto el fuero de 1202, una villa como otras de la Extremadura castellana, con unos 3.000 ó 4.000 habitantes. Claro que la izquierda socialdemócrata no opina así, pues su propuesta es ampliar y reforzar la función depredadora, despótica, aculturadora y vilificante de la capital, lo que se expresa en, por ejemplo, “Madrid, una megalópolis en busca de proyecto”, J.M. Naredo y otros.

instancia de naturaleza policial y militar. La “Nación española” equivale a una misma legalidad para todos los territorios, promulgada y aplicada por un artefacto estatal unificado cuya cabeza reside en la megalópolis-capital, por eso el art. 5 de la constitución actual proclama enfáticamente que “la capital del Estado es la villa de Madrid”, existiendo además en cada territorio las megalópolis que hacen de sucursales de ésta. La red de urbes que establece el régimen liberal y constitucional, aquí y en todos los países del planeta es, en consecuencia, consustancial a éste y existirá, en ascenso además, mientras aquel no sea desmantelado. Las ilusiones “apolíticas” sobre una “superación” del actual orden urbano carecen de fundamento, pues no hay ni puede haber “Nación” sin cabeza, sin espacio urbano de concentración del poder físico imprescindible para mandar. Además, el crecimiento de las urbes es consecuencia del crecimiento del aparato estatal y tiende a confundirse con él.

Así las cosas, no se trata de hacer, en el presente texto, la crítica de la ciudad en general sino en sus relaciones con la supervivencia de la biosfera y con la superación del actual sistema de las diversas agriculturas en uso. No se pretende, pues, denunciar ahora que el Estado fomenta la concentración de la población en las ciudades para controlarla, adoctrinarla, manejarla y, si llega el caso, reprimirla mejor; ni de deplorar el grado extremo de aculturación, atomización, soledad y desintegración anímica que padece el habitante de las urbes, de donde resulta una salud psíquica media bastante deteriorada; ni de denostar la falta de sentido de lo colectivo y el obtuso egotismo e insocialidad que dominan al sujeto promedio de las megalópolis; ni de deplorar que en ellas el dinero lo es todo y lo puede todo; ni de advertir que la ciudad es tierra fértil para el desarrollo de todas las inmoralidades y vicios⁴²; ni de denunciar que resulta ser el espacio de concentración y acción de la pedantocracia y estetocracia, las castas hiper-privilegiadas aniquiladoras de la libertad de conciencia; ni siquiera

⁴² Dos textos de algún interés, en el sentido fenoménico, sobre esta cuestión, son “Madrid. Casas de lenocinio, holganza y malvivir”, J. Rioyo, y “Madrid. Tabernas, botillerías y cafés”, por L. Díaz. En particular el primero de ellos, que dedica mucho espacio a la prostitución, muestra que la gran urbe es marco de las peores inmoralidades, si bien el autor da al texto un tono jocoso y frívolo, supuestamente malditista, de vanguardia y desinhibido, que evidencia lo deplorable que es la época actual. El segundo, para no ser menos, considera con tono festivo y “avanzado” vicios principalmente urbanos, como la gula, el alcoholismo, la pereza, el parasitismo, el sexo por dinero y la irresponsabilidad, defendiendo entre líneas que llevar una vida de cerdos es delicioso, e incluso “subversivo”.

de asombrarse por su suciedad y fealdad innatas, con una arquitectura que sólo tiene en el presente dos manifestaciones, la extrema ramplonería y la extravagancia “genial” ayuna de buen gusto⁴³.

No. Ahora el objetivo es reafirmar lo ya expuesto, añadiendo algunas cuestiones nuevas. La urbe, al separar físicamente del campo a la mayoría de la población, hace imposible su participación en los trabajos agrícolas, que han de quedar como ingrato oficio de una pequeña minoría de la población activa, armada con la química o la neo-química, la maquinaria pesada y los sistemas de desherbado, térmico o bioquímico, con daño para la biosfera. Similarmente, al estar físicamente alejada de los espacios forestados, y de los que deberían estarlo, la participación de las gentes en la restauración de los bosques, que con la población equilibradamente distribuida por todo el territorio, sería tarea fácil y descansada, al ser efectuada incluso a ratos perdidos, no se puede realizar, salvo (dejando a un lado el loable pero muy escaso voluntariado) con trabajo asalariado, procedimiento carísimo y bastante ineficaz. Por tanto, la separación física entre campo y ciudad condena al primero a la desertificación y a padecer unas técnicas de cultivo cada día más artificializantes de los agrosistemas. Ello da origen a una agricultura y selvicultura de depredación, que toma todo lo que puede del medio natural y le entrega, en la forma de factores de restauración, lo menos posible, y que es muy efectiva talando pero completamente inefectiva forestando. Una consecuencia de ello es que las gentes de las ciudades se ven privadas de la necesaria cantidad de ejercicio físico, imprescindible para mantener buena salud, al no poder trabajar en huertos, tierras labrantías y bosques, de donde resulta la obesidad que afecta a una parte creciente de aquellas en los países opulentos.

⁴³ Al considerar estos asuntos se impone realizar la crítica del “antihumanismo” propio del ecologismo. Se manifiesta en que sólo se ocupa de la crisis de la biosfera, y no de la crisis de la sociedad actual, ni de la crisis de la civilización, ni de la crisis del ser humano, que se expresa como pérdida de su condición a causa del proyecto estatal y capitalista de constituir una subhumanidad estable y funcional, para lograr el máximo de sumisión y docilidad políticas. Al ser un movimiento que resulta del biologismo y el zoologismo, así como de una averiada epistemología asentada en la noción cartesiana de especialización, que es la que inspira el dudoso saber universitario, el ecologismo carece de sensibilidad para lo humano, en sus manifestaciones sociales e individuales. La incoherencia de aquel se manifiesta, verbigracia, en que mientras critica el monocultivo agrícola practica el más dañino de los monocultivos, el del espíritu preso de un solo asunto y obsesionado con él, sin que sus publicaciones, tan numerosas, se ocupen de los trágicos avatares de lo que nos hace humanos, en particular de las agresiones a las facultades del entendimiento, la voluntad, la sensibilidad y la sociabilidad, que están en trance de extinguirse, acaso para siempre. En ello coinciden todos los “ismos” de la última modernidad, meros movimientos sectoriales y corporativos que desean mejorar las condiciones de existencia bajo el actual sistema, pero sin proponer, como meta, su derrocamiento y sustitución por otro superior. Eso equivale a decir que rechazan la noción de revolución, lo que hace de ellos los nuevos movimientos anti-revolucionarios, pues sólo aspiran a perfeccionar y robustecer lo existente.

La concentración en las ciudades hace imposible la alimentación de frutos y plantas silvestres, lo que condena al árbol a ser valorado sólo en tanto que madera, esto es, cuando es cortado, y al resto de la flora espontánea a desempeñar una única función, la de mala hierba a eliminar o a ignorar. De tal resulta la destrucción progresiva de todas las formas de cubierta vegetal para limitar la alimentación humana a unas escasas docenas de cultivos que, por tanto, han de ocupar enormes extensiones en régimen de monocultivo, sin rotaciones, sin asociaciones, sin vinculación alelopática con la flora natural, lo que lleva aparejado un flujo de enfermedades y plagas que se han de combatir con productos tóxicos, de síntesis o naturales, y que tiene su nadir en la pérdida de la fertilidad de los suelos. De ello se deriva uno de los peores males de la hora presente, la agricolización progresiva de las tierras, que en su más infausta expresión, se expresa como cerealización. Similarmente, la cabaña ganadera ha de concentrarse también, para abastecer a las megalópolis, lo que imposibilita que pueda alimentarse con el pasto arbóreo y herbáceo, pasando a depender de los piensos importados. Es indicativo que mientras el ganado disperso produce, como material restaurador de los suelos, el valioso estiércol, al estar concentrado, estabulado y sometido a un antinatural régimen de engorde, sus deyecciones se hacen tóxicas, por excesivas en cloro, metales pesados, etc., de manera que, lejos de ser benéficas, son un problema más, que exige cuantiosos gastos para ser resuelto, siempre de forma precaria.

En el campo siempre hay un grado mayor o menor de autoabastecimiento, pero en las ciudades prácticamente el ciento por ciento de los productos alimenticios y primeras materias han de ser acarreados desde fuera, a menudo desde cientos o miles de kilómetros, lo que exige una quema de combustibles que contribuye de manera significativa a la acidificación de las lluvias primero y de los suelos como consecuencia, además de al cambio climático global. La fabricación de la maquinaria y los medios de transporte utilizados en dichas actividades es una fuente de dispersión, a través de las micropartículas del aire, de metales pesados, que terminan en las tierras, de manera que las ciudades son causa primera de los más inquietantes males que aquellas tienen hoy, la acidificación y la contaminación por metales pesados. Dado que, así mismo, hacen muy difícil el uso del estiércol como abono y que fuerzan un dinamismo fatal que lleva a la destrucción de los bosques, son también causa primera del tercer

achaque que azota a los suelos, la disminución de la materia orgánica. A ello se une que el consumo medio de energía en la ciudad, por persona, es el doble que en las áreas rurales, lo que además de ser un despilfarro, convierte a las megalópolis en potentes centros de emisión de productos tóxicos al aire, que terminan llegando a las tierras de labor y a los bosques, con los efectos negativos ya descritos.

El gasto, tan descomunal, de agua que realizan las ciudades sólo puede mantenerse expoliando a los municipios más o menos cercanos ese vital recurso natural. En el caso de Madrid, utiliza una red de grandes presas, cuya agua es llevada a la capital por el canal de Isabel II, constituido en 1851. Las más importantes, de las 14 existentes, son la de Valmayor, Manzanares el Real (un pequeño mar interior de agua dulce), Pinilla, el Atazar y Pedrezuela, contando el conjunto con una capacidad de 950 hectómetros cúbicos, que se realiza a través de una red de distribución de 12.000 kilómetros. Los pueblos afectados por los embalses han visto como sus mejores tierras quedaban anegadas, y como sus aguas se iban fuera porque así lo exigían, sin contar con su voluntad, las poderosas fuerzas políticas y sociales establecidas en la capital, lo que impuso la decadencia poblacional, la ruina material y la degradación paisajística de la sierra, convertida en un feudo de Madrid.

Si ésta, como es de justicia, tuviera que abastecerse con las aguas de su término, no podría tener más allá de unos pocos miles de habitantes, de manera que la abolición definitiva de la soberanía del municipio que realiza la revolución liberal fue la condición político-jurídica necesaria para que la aberrante megalópolis pudiera expansionarse sin tasa, expoliando a otros agua y, antaño, también madera, leña y carbón vegetal (los bosques en un radio de unos 100 kilómetros de la capital perecieron o fueron desnaturalizados, convertidos en pinares, por ese motivo a partir del siglo XVIII), así como piedra y demás materiales de construcción⁴⁴. Por tanto, restaurar la soberanía del municipio equivale a devolver a la potestad de los vecinos de la sierra los recursos que Madrid expolia, lo que, presumiblemente, llevaría al cierre y desmantelamiento de presas y

⁴⁴ Las preocupantes consecuencias medioambientales que se derivan de los flujos físicos de toda naturaleza, combustibles, productos de cantera, materiales renovables, metales y otros que llegan a las ciudades, así como los desechos, escombros y basuras que salen de ellas, unos y otros manifestados en cantidades colosales y aún así siempre crecientes, se exponen en "El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)", O. Carpintero.

embalses. Sobre el agua, una reflexión más. Su potabilización con cloro crea productos tóxicos, pero si la población estuviera dispersa y se eliminara el regadío abusivo podría abastecerse de manantiales, con aguas que no necesitan ser tratadas. Pero no sólo consumen las ciudades enormes cantidades de agua y energía, sino también de infraestructuras, medios de transporte, sistemas técnicos, recursos físicos primarios y otros, de manera que bastaría con su liquidación para que el tiempo de trabajo necesario medio en el país bajara apreciablemente, quizá 1-2 horas diarias.

Las aguas que afluyen a las ciudades han de salir de ellas, llegan limpias y parten contaminadas. Los procesos de depuración a que se someten eliminan la materia orgánica, pero respecto a los contaminantes más letales son ineficientes, de manera que las ciudades bombean a las corrientes superficiales y las aguas freáticas un flujo constante de tóxicos, que se van acumulando. Dado que tales productos actúan en proporción a su concentración, resulta que las urbes, por si mismas, ocasionan en torno a sí espacios particularmente dañados, que se expanden cada año que pasa. La utilización de esas aguas para riego, y de los lodos de depuradoras como singular compost, llevan a difundir más y más una buena parte de los peores tóxicos medioambientales, en las tierras y en los alimentos.

Siendo las ciudades consumidoras puras de alimentos y de productos en general de la agroindustria, que han de ser transportados hasta ellas, se ocasiona una grave contrariedad con los envases, que sería mucho menor si los bienes básicos se consumieran en el lugar donde se producen, o en su entorno comarcal, de manera que la recogida y eliminación de envases y envoltorios origina despilfarro de materiales, gastos suplementarios y muchas horas de trabajo humano añadido⁴⁵. Similarmente, los deshechos orgánicos no pueden ser utilizados como abono de manera inmediata, por

45 Un estudio remarcable del problemas de los deshechos y escombros urbanos en Barcelona es, de J. Martínez Alier y M. Orta, "Barcelona insostenible", en "Noticiari Enciclopèdic" nº 31, 2006. Los autores, en vez de llegar a la conclusión que se desprende lógicamente de lo expuesto, que las megalópolis deben ser desmanteladas, se aferran a la consigna oficial, la de constituir ciudades "sostenibles", para lo cual presentan su crítica, a la espera, al parecer, de que las autoridades tomen nota e introduzcan las reformas pertinentes, si es que existen, pues ellos mismos apenas son capaces de balbucear soluciones aquí-y-ahora, más allá de demandar "asentamientos urbanos de mediana densidad", con olvido de las funciones estatales y de dominación política que toda gran urbe, Barcelona también, está obligada a desempeñar y desempeña. El ecologismo oficialista, aferrado a sus dogmas sobre que todos los males tienen remedio en el seno de la actual formación social, a través de la intervención creciente del ente estatal, actúa aquí, una vez más, como una corriente reaccionaria, preocupada por resolverle al orden establecido los cada vez más graves problemas urbanos. Es significativo, así mismo, que estos autores estén preocupados, sobre todo, por el presente y futuro de la ciudad, y no por los bosques y los árboles. Cada cual se desvive por lo que aprecia y ama.

lo que se suelen acumular en extensas áreas dedicadas a basureros, o incinerar, con emisión de compuestos bastante tóxicos. Su transformación en compost tiene los mismos problemas de difusión de la contaminación que el uso agrícola de los residuos líquidos de las ciudades, antes citados, además de requerir cuantiosas inversiones. Es a señalar que todas las correcciones que el ecologismo preconiza para remediar -paliar, como mucho- los males de la ciudad preservando su existencia en tanto que ciudad llevan aparejados fuertes gastos (que exigen nuevas sobre-explotaciones de la biosfera y de las clases trabajadoras) y una gran inversión de tiempo de trabajo suplementario, además de ofrecer resultados medioambientales decepcionantes, cuando no desembocan en situaciones más funestas que las iniciales.

La conclusión es que la ciudad, si se desea restaurar la naturaleza y realizar una agricultura de nuevo tipo, ha de ser desarticulada, abandonada voluntariamente y destruida.

De mucho interés, pensando con perspectiva estratégica, es el movimiento, aún muy débil en lo numérico pero no por ello menos esperanzador, de abandono de las ciudades, emprendido por quienes se sienten incapaces de vivir en ellas y marchan al campo, a menudo a lugares apartados. Quienes así actúan pueden ser divididos en dos facciones, los que lo hacen con la intención de dotarse a sí mismos de mejores condiciones de existencia, sin atender a ningún proyecto de superación revolucionaria de la vigente sociedad, y aquellos que van a las zonas rurales como parte de un plan, mejor o peor pergeñado por el momento, para desafiar y golpear al sistema de dominación⁴⁶. Respecto a los primeros poco hay que decir, sus fines son vulgarmente particulares y egoístas pero con su obrar evidencian la insostenibilidad de las megalópolis, y eso ya es algo⁴⁷. El segundo bloque es mucho más interesante.

46 Al respecto, un texto de interés que, por desgracia, no ha tenido continuación, es "Colectividades y okupación rural", que recoge los debates habidos en un encuentro de comunidades e individuos de la nueva ruralidad que tuvo lugar en 1996. Sobre la despoblación de aldeas en los años 60-70 del siglo XX, dos textos de interés son "Pueblos abandonados, ¿un mundo perdido?", de J.L. Acín y V. Pinilla; y "Burgos, los pueblos del silencio", por E. Rubio.

47 Sobre esta corriente de retorno al campo un texto representativo es "Nuevos vecinos en zonas rurales. Abrazar la tierra: un camino hacia pueblos con vida", VVAA.

Si se trata de acumular fuerzas para la transformación del orden político constituido desde las áreas rurales, procediendo a la formación de asentamientos, la tarea ahora es meditar sobre cuáles deben ser sus fines y cuál ha de ser su estrategia. En primer lugar, como cuestión básica pero no la más importante, se sitúa la subsistencia material. Las condiciones actuales, con una población rural casi por completo aculturada y convertida a la cosmovisión urbana, con una agricultura dominada por el productivismo, una pérdida ya muy grave de los saberes tradicionales y con el dinero señoreándolo casi todo, también en el campo, la simple supervivencia física es dura o incluso muy dura, en particular en los casos de ocupación de tierras o aldeas deshabitadas. La meta, en esto, ha de estar en que el esfuerzo por subsistir no llegue a ser tan agobiante e intenso que prive de tiempo y energías suficientes para la reflexión personal, el debate colectivo, la escritura y la lectura. Es conveniente, por tanto, poner unos límites temporales al trabajo productivo y de recuperación, que deberán ser observados con rigurosidad, pues si se relega la actividad intelectual y de cultivación del espíritu se terminarán por negar los fines emancipadores inicialmente fijados. En la vida humana, lo más esencial es la conciencia, por lo que ejercitar todas las capacidades de la mente resulta ser lo más necesario, sobre todo en condiciones difíciles.

Lo mejor es obrar en colectividad, pero en el presente, cuando la convivencia entre las personas ha llegado a ser un problema más que grave, no es fácil mantener un grupo unido y activo por tiempo suficiente, pues la experiencia muestra que los asuntos de relación terminan por ser la dificultad mayor, que da al traste con un buen número de proyectos, algunos incluso antes de ponerse en práctica. No casualmente la formación popular rural tradicional extinguida hace unos pocos decenios fue una sociedad convivencialista, en la que el supremo bien era tratarse afectuosamente unos a otros, con servicio a los demás por convicción interior, equidad correspondida y mutua ayuda, meta a la que se destinaba lo primordial de los desvelos de sus integrantes, partiendo de una cosmovisión compleja del amor de benevolencia como valor decisivo, el cristianismo revolucionario. Hoy es precisamente ese el saber tradicional principal que se ha perdido, y no, como creen algunos, los conocimientos sobre agricultura, construcción, ganadería, recogida de plantas silvestres o cualquier otro de

los atesorados por las gentes de la ruralidad del pasado inmediato, por lo que los seres humanos ya no sabemos estar juntos, servirnos unos a otros y tener paciencia con los defectos del prójimo tanto como con los propios.

Todo ello no tiene un tratamiento fácil, ni mucho menos, pues rehacer la trama de argumentos y proposiciones a favor de una sociabilidad renovada llevará tiempo y muchos esfuerzos. Se ha de hacer a partir de dos fuentes, una es la experiencia actual, la otra los textos clásicos que se ocupan de ese asunto, poco asequibles y bastante olvidados⁴⁸, ya que los autores contemporáneos se concentran en azuzar a unos seres humanos contra otros, pues bien saben que de la universalización de la hobbesiana guerra de todos contra todos resulta el máximo de poder para las élites poderhabientes actuales, de manera que en esto no son de ninguna ayuda. También puede actuarse de manera solitaria, al modo de los eremitas de antaño, que huían de las ciudades para llevar una existencia aislada en los “desiertos”. No es el mejor modo, pues la vida en común, compartiéndolo todo en la alegría de estar juntos, es el marco más apropiado para el perfeccionamiento de las capacidades del ser humano, pero como punto de partida puede valer. Ahora bien, a largo plazo, sería triste que, resultando ser la soledad y el individualismo intolerante uno de los rasgos más aflictivos del universo urbano, se manifestaran tales lacras así mismo en los nuevos asentamientos rurales que dicen querer superarlo.

Una tercera cuestión es llegar a un acuerdo sobre los fines y propósitos del acto de asentarse en el campo. Si no es la búsqueda de una salida personal con fines egoístas, si se desea que llegue a convertirse en una contribución a la transformación de la sociedad y de los seres humanos, es imprescindible el establecer metas, en el plano estratégico y en sus concreciones a corto plazo. La que exige el sentido común es hacer de cada asentamiento o colectividad la negación de las lacras y taras propias de la gran ciudad, de manera que habría que empezar alcanzando un acuerdo sobre los grandes males de ésta, seguido por la decisión de evitarlos, para

48 Entre los que sí son aún algo leídos y reflexionados está “La democracia en América”, por A. de Tocqueville, que ofrece una explicación de la insociabilidad que va más allá de lo psicológico para hacerse política, la cual encaja perfectamente con la realidad actual. Argumenta del modo que sigue, “el despotismo, que por su naturaleza es tímido, ve en el aislamiento de los hombres la garantía más segura de su propia duración y procura aislarlos por cuantos medios estén a su alcance. No hay vicio del corazón humano que le agrade tanto como el egoísmo; un déspota perdona fácilmente a los gobernados que no le quieran, con tal de que ellos no se quieran entre sí”. Muy cierto, y ello se ha de aplicar a la comprensión y superación del estado de insociabilidad y atomización actuales.

constituir un orden superior de vida y convivencia que sea algo así como una contra-ciudad. Ello demanda, como siguiente paso, el pensar en positivo, estableciendo, frente a los males de las megalópolis, las cualidades y capacidades del colectivo (si es el caso) y de las personas que se desea tenga el nuevo orden cuya edificación se está realizando.

Como consideraciones normativas es dado advertir, a partir de las diversas experiencias habidas, lo que sigue. Una, ya expuesta, es dejar tiempo para el estudio y la reflexión regularmente realizadas, tanto como para el desarrollo de la vida interior de cada una de las personas, en soledad, y para el debate o análisis colectivo de los grandes problemas de nuestro tiempo, y no sólo los del proyecto y su entorno. Eso exige hacer un programa y cumplirlo luego con firme determinación, pues de ello, y de la cuestión de la convivencia, depende sobre todo el futuro del proyecto. A ese par ha de unirse un plan de perfección personal como aspiración íntima de cada cual a mejorarse y superarse día a día en el terreno moral, lo que, además de dar solidez al conjunto y perfeccionar la convivencia, satisfaría sobremanera a cada uno de los participantes, al mejorar la calidad de sí, lo que es imprescindible en una situación tan dura, difícil y compleja como suele ser la marcha al campo desde la ciudad⁴⁹. Un asunto más es establecer relaciones con otros colectivos o personas en situación similar y animados por los mismos designios, para intercambiar experiencias y ayudarse unos a otros.

Naturalmente, la recuperación de los saberes tradicionales, aunque con una mentalidad selectiva, mejorante y creativa, es otro de los propósitos, lo que significa que se ha de buscar una selvicultura, agricultura y ganadería nuevas, diferentes a las intensivas tanto como a las ecológicas. Una penúltima consideración es llegar al acuerdo de depender de sí mismos y no de la corruptora ayuda institucional. Finalmente, el estudiar la experiencia del monacato revolucionario de la Alta Edad Media, que recupera los valores de la civilización desde las áreas rurales, una vez que el universo urbano, víctima de su propia sinrazón, depravación y despotismo, se vino abajo en el Bajo Imperio romano, es de no desdeñable importancia, si se ha de extraer toda la significación de la formulación

⁴⁹ Como guía para este importante asunto, puede valer el “plan de mejora moral” que desarrolla Benjamin Franklin en “El libro del hombre de bien”, el cual, como es natural, ha de ser actualizado y adecuado a las condiciones de nuestro tiempo y a los fines perseguidos en este caso particular.

clásica sobre que la historia es la maestra de la vida. Con todo ello los nuevos asentamientos rurales pueden llegar a constituirse como centros de elaboración y difusión de ideas subversoras de lo existente, así como una muestra, modesta si se quiere pero muy real, de lo que debe ser una nueva sociedad emancipada de las megalópolis, del Estado, de la codicia, del individualismo egotista, de la neo-ignorancia académica, de la devastación medioambiental, de la vida sin sentido, volcada en la mentira, la barbarie, el hedonismo, la perpetua agresión al otro y la irracionalidad, propia del mundo contemporáneo.

* * *

El lector o lectora que haya tenido la paciencia de llegar hasta aquí habrá captado el meollo de lo que se preconiza, un programa estratégico para la recuperación suficiente de la naturaleza dejando de lado las incoherencias e insustancialidades del ecologismo, así como los remedios, tenidos por insuficientes, mal orientados y dependientes en todo de la voluntad de las instituciones, de la agricultura ecológica. Pero lo propuesto no es ninguna forma de utopía, y no se dirige a diseñar un nuevo paraíso natural o sociedad ideal-maravillosa en el que regocijarse y disfrutar. No, pues lo limitado, por finito y falible, de la condición humana, así como el carácter contradictorio internamente de todo lo real, lo hacen imposible, además de que ello es indeseable. Por tanto, el presente texto no es un narcótico espiritual, de los tantos que se han fabricado en los últimos 250 años. Lo propuesto es sólo una solución mejor, esto es, que acaso sea mejor y es de esperar que resulte mejor, que las otras preconizadas pero que posee sus debilidades y puntos negativos, en parte por sí y en parte por los errores que contiene, que el tiempo se encargará de ir poniendo en claro.

Lo primero que es necesario advertir, como resultante, es que nunca se logrará una relación perfecta con la naturaleza, ni podrá establecerse un medio natural situado más allá de sus propias contradicciones internas, ni existirán individuos purgados de errores y debilidades, ni será hacedero conformar una sociedad sin taras ni lacras. Pero precisamente por ello, los seres humanos, así como la sociedad, pueden mejorarse de una manera ilimitada si se acepta como criterio axial mantener sin desmayo el esfuerzo y la lucha por mejorar y mejorarse, lucha trágica a la vez que épica en la que

se ha de gastar lo mejor del impulso hacia delante que el ser humano es capaz de desarrollar. La creencia en estadios de llegada perfectos y definitivos resulta negada por experiencias históricas dramáticas en sí y más dramáticas aún porque somos incapaces de explicarlas, como es el caso (cada vez más pertinente como materia de reflexión en la actual coyuntura histórica), de la crisis del siglo XIV, quizá el acontecimiento más misterioso de la historia de Occidente, que contiene un componente medioambiental de primera importancia, si bien éste no parece ser el fundamental, y culmina en una tragedia que liquida a la mitad de la población de ciertas áreas de Europa en muy poco tiempo, partiendo de una situación que parecía más que buena, magnífica, sólo cien años antes. Reflexionando sobre ello, en relación con el momento presente, el ánimo se abruma por lo escaso de nuestros conocimientos, lo limitado de nuestras capacidades y lo inseguro de nuestras formulaciones, sobre el pasado tanto como sobre el presente y el futuro. Por ello, sólo el esfuerzo y la lucha sin fin, con incertidumbre y dolor, nos pueden hacer y rehacer como seres humanos.

Madrid, villa de la Extremadura castellana, otoño de 2007